

MOTECUHZOMA
Y
CUAUHTÉMOC

los últimos emperadores
aztecas

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ RODRÍGUEZ

Biblioteca
IBEROAMERICANA



ANAYA

MOTECUHZOMA Y CUAUHTÉMOC

 Motecuhzoma –"Señor sañudo"– y Cuauhtémoc –"Águila que desciende"– se han vuelto respectivamente símbolos de la pusilánime sumisión fatalista y de la heroica resistencia juvenil ante el invasor: veinte años contaba éste cuando se puso al frente de su pueblo como señor de México-Tenochtitlán para defender su ciudad sitiada. Frente a ellos, la figura desmesurada de Cortés, encarnación mítica, pero demasiado humana, de los negros augurios que envenenaron las postrimerías del imperio azteca e hicieron posible que unos pocos europeos se apoderaran de él.



ANAYA



MOTECUHZOMA Y CUAUHTÉMOC

*los últimos emperadores
aztecas*

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ RODRÍGUEZ



ANAYA

Biblioteca

 IBEROAMERICANA 

BIBLIOTECA IBEROAMERICANA

Editor: Germán Sánchez Ruipérez
Director ejecutivo: Antonio Roche
Director de producción: José Luis Navarro
Director de edición literaria: Enrique Posse
Director de edición gráfica: Pedro Pardo
Jefe de fabricación: Pablo Marqueta

Equipo editorial: Alberto Jiménez, Hipólito Remondo,
Katyna Henríquez, M^a Angeles Andrés

Editores gráficos: Manuel González, Jorge Montoro,
Teresa Avellanosa,
Almudena Grandes (pies de fotos)

Documentación gráfica: Fernando Muñoz, Luis Polanco,
Víctor Díaz, Cristina Segura

Maquetación: Manuel Franch

Producción: Antonio Mora

Diseño de cubierta: Roberto Turégano

Asesor editorial: Enzo Angelucci

Coordinación científica: Manuel Lucena Salmoral
José Manuel Rubio Recio
Juan Vilà Valentí

© Ediciones Anaya, S. A. 1988. Josefa Valcárcel, 27. 28027 Madrid
Para esta edición:

© Ediciones Anaya, S. A. 1988

© Sociedad Estatal para la Ejecución de Programas del Quinto Centenario
Avda. Reyes Católicos, 4. 28040 Madrid

Fotografías: AGE: 51, 95. AISA: 2, 13, 16, 17, 18, 19, 21, 28-29, 30 (sup.),
31 (sup.), 40-41, 56, 80, 102, 106-107, 117, 120-121. Anaya: 20 (sup., inf.),
38-39, 71 (sup.), 77 (sup., inf.), 79, 96, 126. Ediestudio: 30 (inf.), 31 (inf.), 32,
59 (sup.), 61, 79, 87, 91 (sup., inf.). Firo-Foto: 6, 11, 35, 43, 48, 66, 97,
100-101, 114-115, 118-119. Flash-Press/Oronoz: 50, 52, 59 (inf.), 85, 99.
Fototeca: 69. Index: 12, 23. J. Montoro: 70-71, 110-111. Oronoz: 88-89.
X. Quirarte: 82. M. Vautier: 55. Vautier/Decoll: 67. Vautier/De Nanxe: 8,
9, 14-15, 24-25, 27, 33, 34, 44, 46-47, 57, 63, 65, 72-73, 75, 93, 104-105, 109,
113, 122-123, 124.

I.S.B.N.: 84-207-2953-1 (colección)

I.S.B.N.: 84-207-2992-2 (este volumen)

Dépósito legal: TO. 775/1988

Impreso en España - Printed in Spain

Fotocomposición: M. T., S. A.

Fotomecánica: Datacolor, S. A.

Impresión y encuadernación: Artes Gráficas Toledo, S. A.

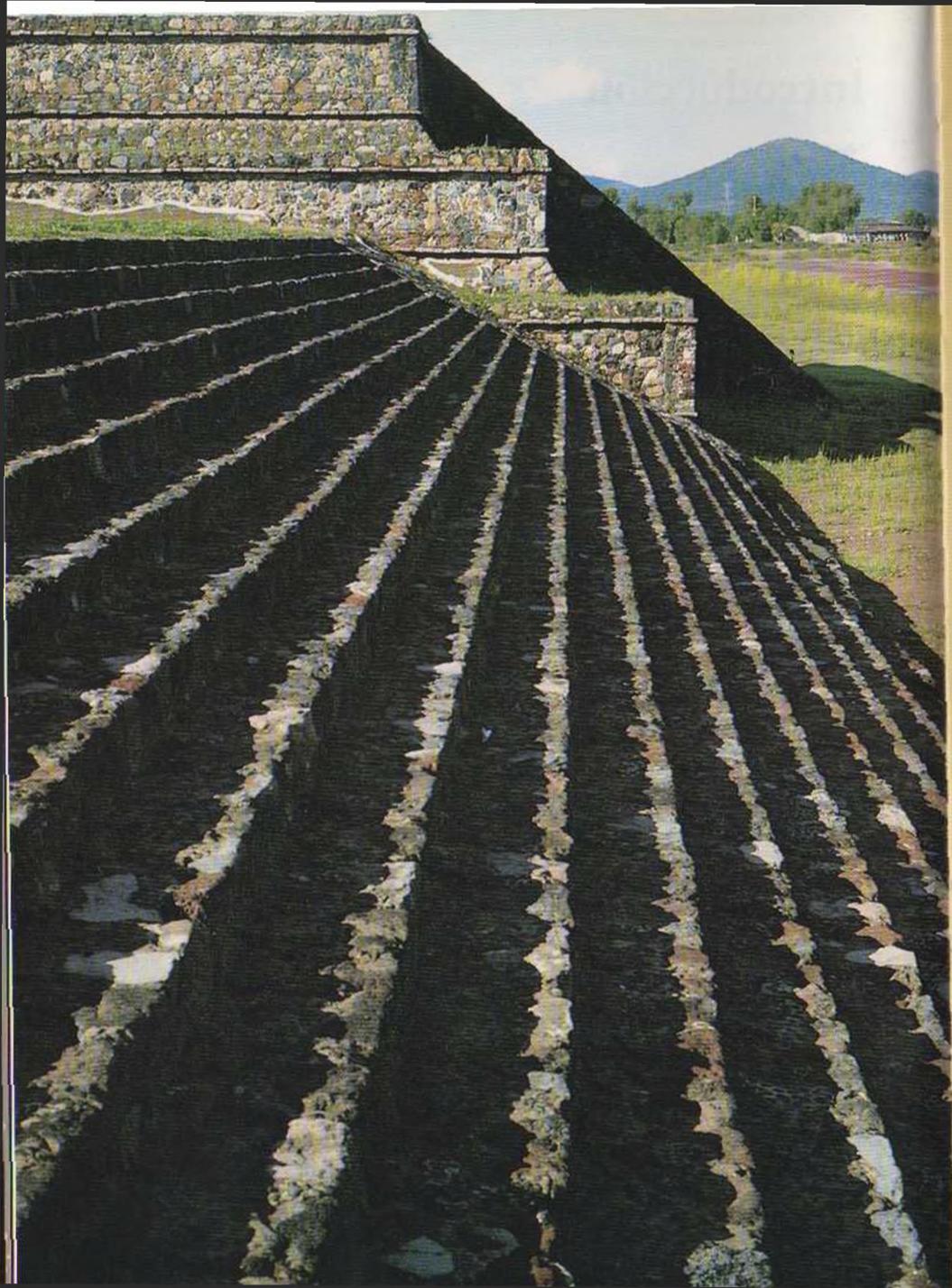
Introducción

La conquista de México-Tenochtitlán, la gran ciudad lacustre, cabeza del imperio azteca que dominaba el centro y el sureste del actual territorio mexicano, tuvo dos etapas. En la primera, los conquistadores españoles y sus aliados fueron recibidos pacíficamente, agasajados y colmados de regalos, oro en primer lugar, por un monarca supersticioso y atemorizado, Motecuhzoma. El poderoso señor de los mexicas creía que Hernán Cortés era Quetzalcóatl que retornaba de sus dominios. Y cuando comenzó a entrever que el intruso no era la divinidad protectora sino un capitán audaz y codicioso, dotado de armas muy superiores a las primitivas de los indígenas, era demasiado tarde. Los españoles se habían adueñado ya de las llaves del reino.

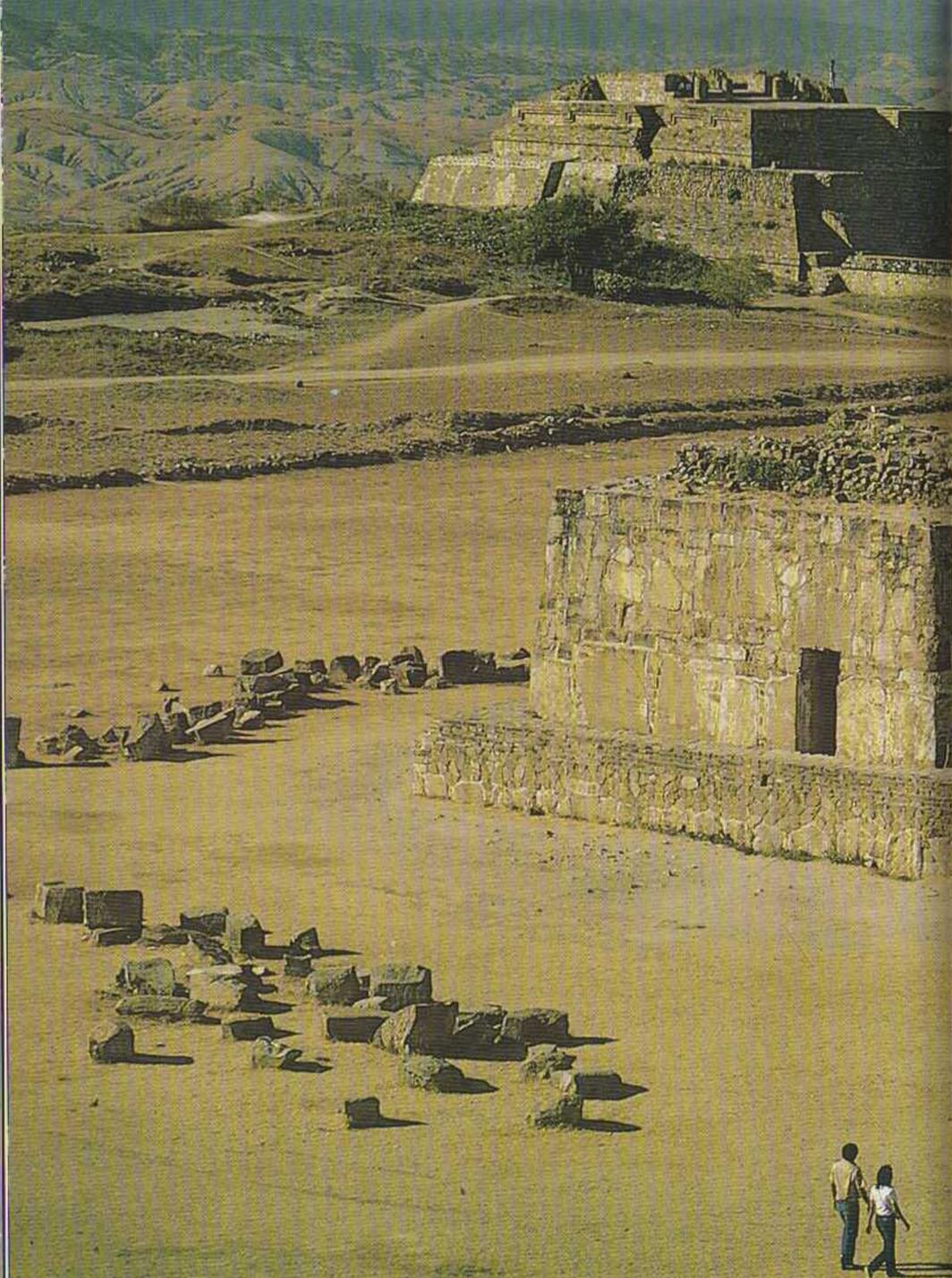
La ira provocada por la matanza de nobles indios en el Templo Mayor, de la que, en ausencia de Cortés, fue responsable Pedro de Alvarado, desató la rebelión. Los conquistadores fueron echados de la ciudad y muchos de ellos perecieron, en la derrota de la Noche Triste. Cortés y sus huestes se refugiaron en Tlaxcala y prepararon la reconquista de la metrópoli, con un machacamiento sistemático de los pueblos ribereños que rodeaban los lagos, para impedir que los mexicas recibieran auxilio y alimentos en su isla. Cuauhtémoc, su último señor, un joven de alrededor de veinte años, fue el caudillo y héroe de la resistencia india. Desamparados de sus antiguos aliados, sin alimentos ni agua, en medio del hedor de los muertos, y arrasada palmo a palmo la ciudad, cuyo esplendor maravilló a los ojos que la vieron, los mexicas defendieron su tierra por cerca de tres meses, hasta que el señor Cuauhtémoc fue hecho prisionero.

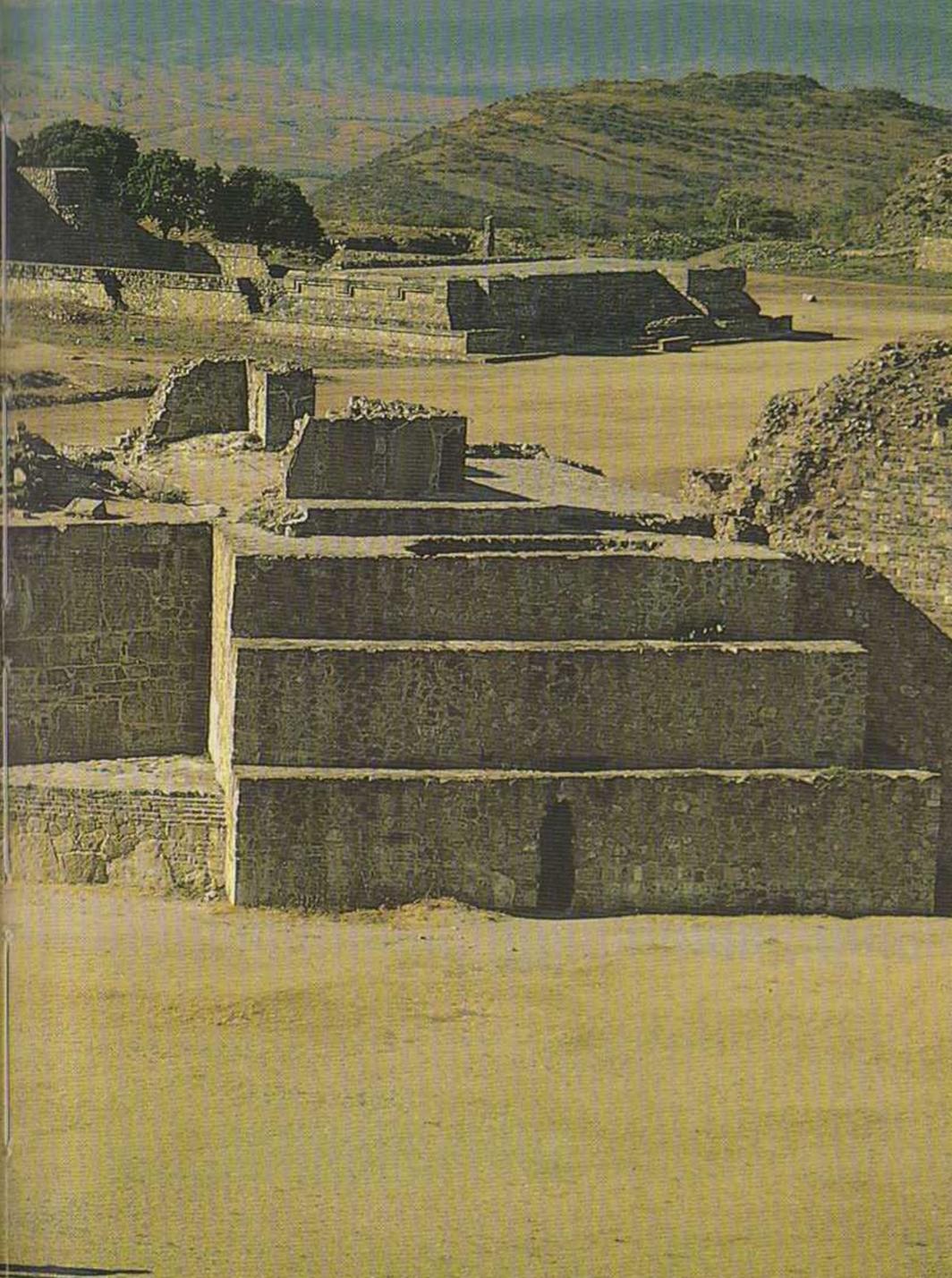
Ésta es la historia, terrible y fascinante, del fin de uno de los mayores señoríos de la América antigua, que narra este libro.

Xuchipilli, dios del amor y de la danza (pág. 2). El imperio azteca era hijo de la violencia. Su dominio reposaba en su capacidad para la guerra. Pero su civilización poseía rasgos tan refinados como la advocación de esta divinidad.



I
El México Antiguo





1. Territorio y población

En el territorio que hoy es México existían, antes de la llegada de los españoles, estados, señoríos, cacicazgos y tribus nómadas. Entre ellos, el más poderoso y extenso era el comúnmente llamado imperio azteca, el Culhúa-Mexica que los conquistadores oían mencionar en tierras mayas, como la tierra poderosa, rica en oro. La capital de este imperio era una gran ciudad asentada en islotes dentro de un lago, México-Tenochtitlán, cuyo esplendor fascinó a los ojos que la vieron, y sus dominios se extendían en la región centro-oriental del territorio, con apoyos en los dos océanos. Pero aun dentro del ámbito de estos dominios subsistían reductos independientes, como los de Metztitlán y Tototepec, Tlaxcala, Teotitlán del Camino, Coatlicámac, Yopitzinco, Tototepec del Sur y los señoríos mixtecos. Las profundas enemistades de algunos de estos señoríos contra los aztecas, sobre todo la de los tlaxcaltecas, serán decisivas en la conquista.

Fuera de las imprecisas fronteras del imperio Culhúa-Mexica —como es más preciso llamarlo—, existían otros señoríos independientes que también habían logrado resistir el empuje azteca, como los de Colima, Michoacán, la Huasteca, el mundo maya y el Soconusco. Al norte de estos señoríos que poseían culturas avanzadas, vivían en las planicies, montañas y tierras pedregosas numerosos pueblos, unos sedentarios y agricultores y otros nómadas e indomables guerreros semisalvajes, llamados genéricamente chichimecas, cuya inquebrantable resistencia al dominio azteca y español se extendió a lo largo de varios siglos.

El imperio Culhúa-Mexica estaba sustentado en la Triple Alianza, de los señoríos de México, Tezcoco y Tlacopan o Tacuba, y su control de la zona dominada comprendía aproximadamente treinta y ocho señoríos a fines del siglo xv, en una extensión cercana al medio millón de kilóme-

El México antiguo puede ser definido como un auténtico mosaico de culturas sumamente rico y complejo. La civilización azteca plena se asentó sobre un entramado de antiguas tradiciones, heredadas de los diversos pueblos que habitaban el valle de México con anterioridad al establecimiento del imperio, sin olvidar el espléndido testimonio de los mayas del Yucatán. El nivel cultural alcanzado tanto por unos como por otros era notablemente superior al de los conquistadores aztecas, que asimilaron rápidamente la cultura de los vecinos. Su arquitectura monumental (página 6) es una consecuencia directa de la de algunos pueblos preaztecas, como por ejemplo los mixtecas, que elevaron los templos de Monte Albán (doble página anterior).

Guerreros aztecas. La superioridad de su armamento, especialmente el uso de arcos y flechas, les permitió levantar un gran imperio y suprimir radicalmente cualquier oposición.

tros cuadrados, o sea, la cuarta parte del México actual.

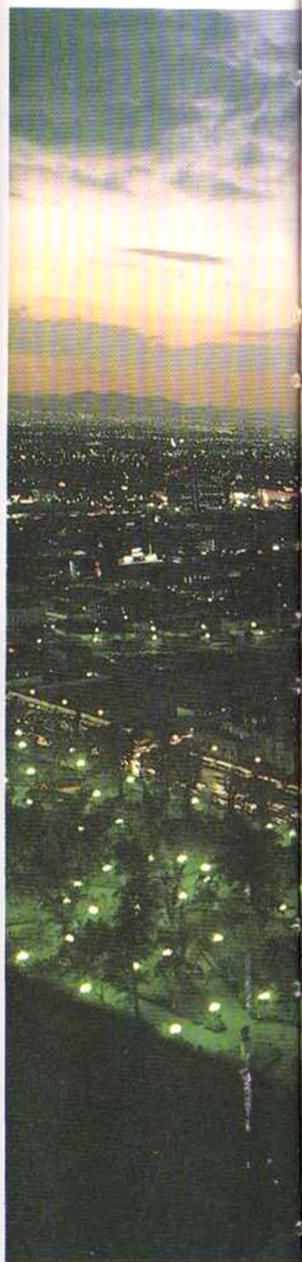
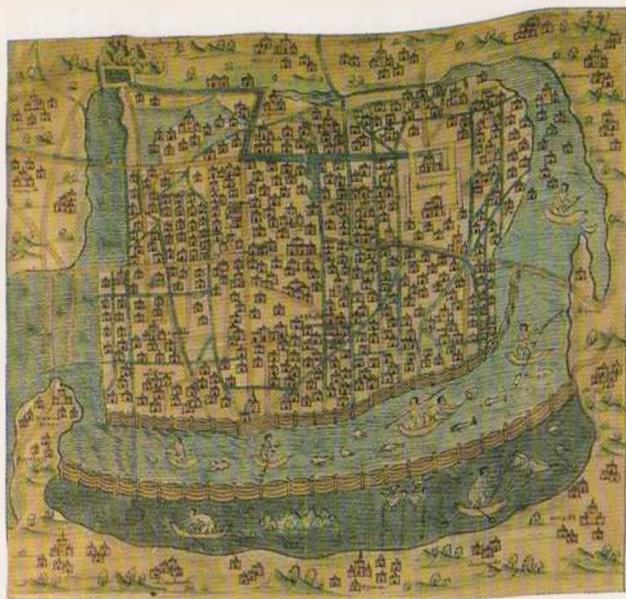
Este dominio era irregular. En términos generales, se limitaba a una alianza militar, al pago de tributos establecidos y al respeto a las actividades de los mercaderes, o *pochtecas*, viajeros, quienes actuaban también como espías. Los aztecas mantenían, además, guarniciones militares en las fronteras críticas: Tuxpan y Nautla en el Golfo, para controlar la Huasteca y la costa; Cuetaxtlan o Cotastla, Tuxtepec y Soconusco, Huaxyácac y Tehuantepec, para cuidar el sureste, la tierra del cacao y la costa del Pacífico.

Además de estos vínculos militares y económicos, en el imperio existía

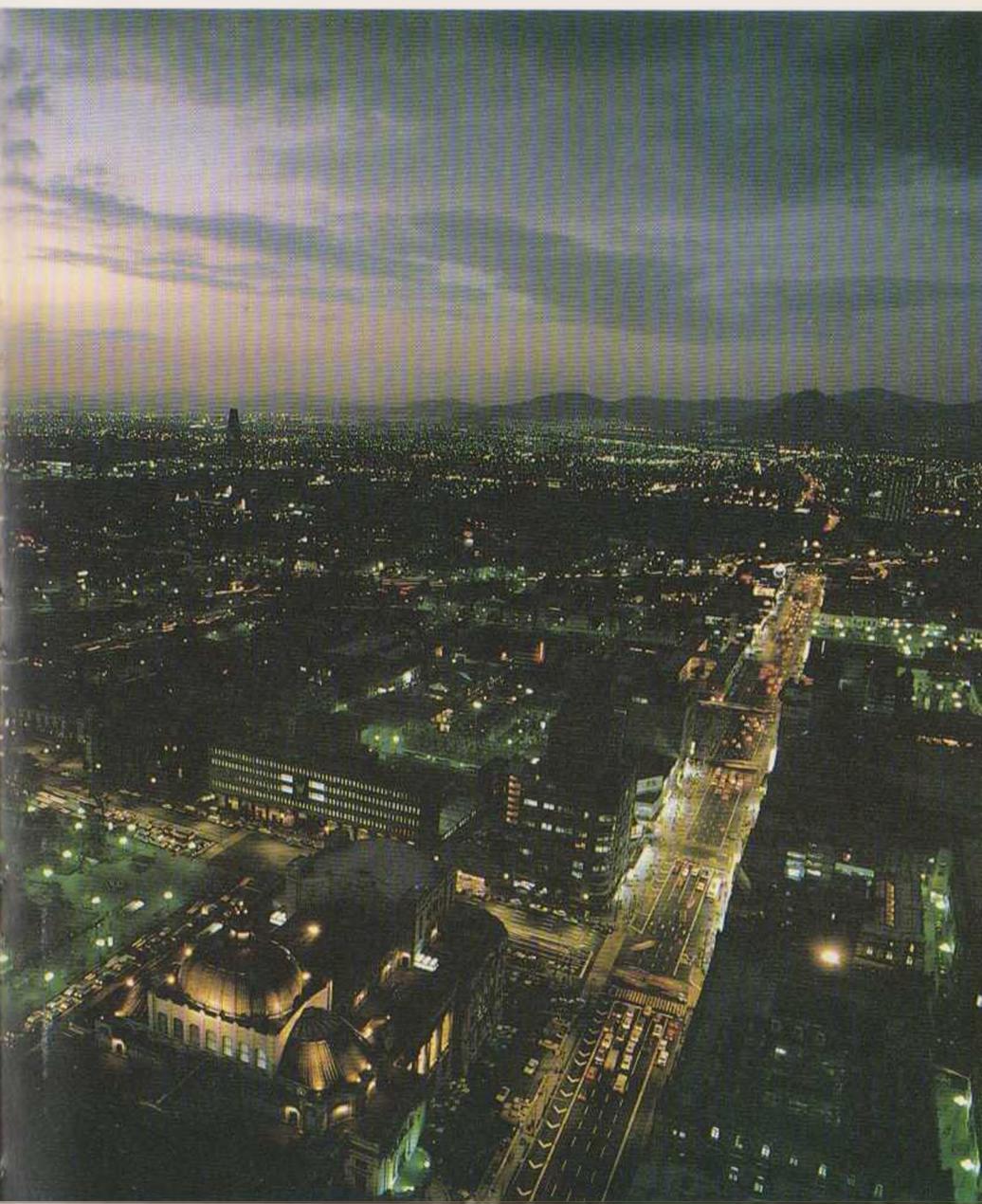
una lengua franca, el náhuatl, algunas prácticas religiosas comunes y un sistema de numeración y calendárico que, con variantes menores, era el mismo para todos los pueblos de la zona llamada Mesoamérica.

La población del México central, a la llegada de los españoles, ha sido estimada con cifras muy diversas que van de los 4,5 millones que propone Rosenblat, a los 25,2 millones que estiman Borah y Cook. En cuanto a los habitantes de la ciudad de México-Tenochtitlán, las estimaciones van de 72 mil a 300 mil personas, en unas 60 mil casas; era una de las mayores ciudades de la época, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo.





Los aztecas construyeron la capital de su imperio, Tenochtitlán (arriba), sobre una laguna. Ciudad anfibia, protegida y aislada por la muralla de las aguas, que eran al mismo tiempo su única vía de abastecimiento y comunicación con la tierra firme, la vieja metrópolis mexicana, cuya población estaría entre 72.000 y 300.000 habitantes, era una de las ciudades más grandes del mundo en la época previa a la conquista española. En la actualidad, los cimientos de Tenochtitlán descansan bajo la que sigue siendo la capital del estado mexicano, México D.F. (derecha), cuyo constante crecimiento sólo ha sido posible gracias a la total desecación de la laguna. A través de los siglos, un rasgo común vincula a ambas ciudades, que en rigor pueden ser entendidas como una sola. Con casi 20 millones de habitantes, la heredera de la vieja capital azteca constituye una auténtica megalópolis, uno de los núcleos urbanos más grandes del mundo.

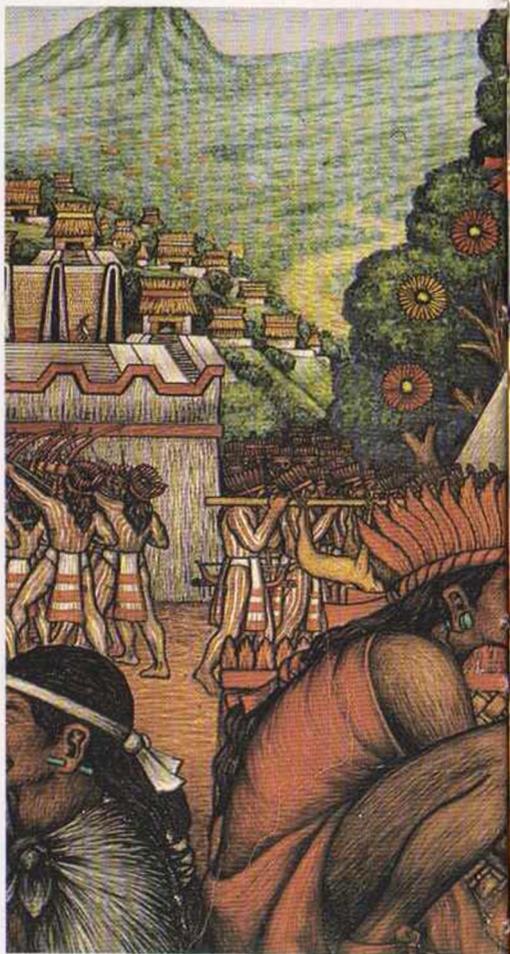


2. Una cultura aislada. Sociedad, economía y religión

En Mesoamérica existía una flora muy rica que poseía algunas especies desconocidas con que se enriqueció el resto del mundo: nuevas especies de

maíz y de frijol, cacao, cacahuete, jitomate, chile, papa, camote, tabaco, chicle, hule, palo de tinte, añil, grana o cochinilla y numerosas plantas me-

La obra del pintor tlaxcalteca Desiderio Hernández Xochitiotzin nos sirve para reconstruir plásticamente la preponderancia del estamento militar y sacerdotal, hasta el punto de establecer un cierto paralelismo entre la organización del ejército y del estado aztecas; la religión jugaba un papel muy importante en la vida de este pueblo. Los sacerdotes del Sol, el culto fundamental, constituían una casta cerrada y muy influyente, a la que el pueblo llano profesaba un respeto rayano con el miedo. Buena parte de su poder emanaba del terrible carácter de las ceremonias religiosas que oficiaban, en las que se llevaban a cabo sacrificios humanos para que la sangre de las víctimas alimentara al Sol.

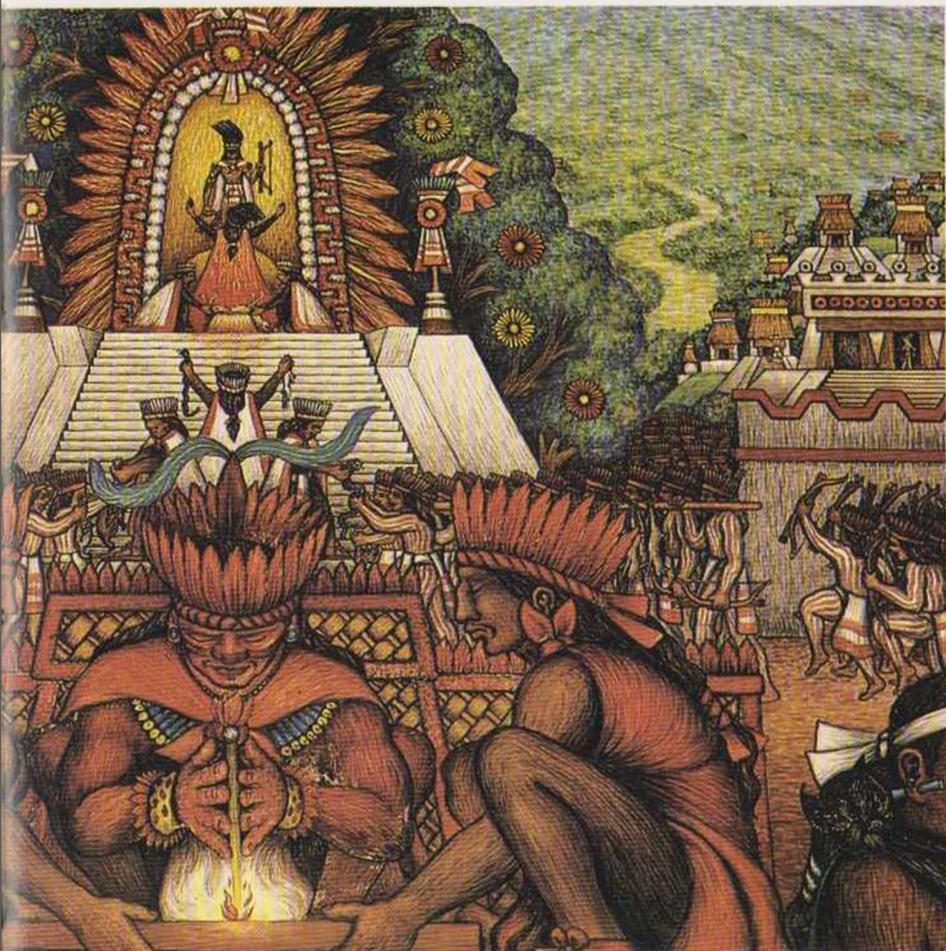


dicinales. En cambio, faltaban el trigo, el olivo, las vides y algunos frutales, y no existía ninguna especie de ganado doméstico, o sea, bestias de tiro, transporte o alimentación. Las llamas y sus congéneres son exclusivas del altiplano andino.

Salvo algunos contactos comerciales con islas del Caribe, y presumible-

mente con el lejano país de los incas, que significaban también intercambios de técnicas, Mesoamérica era una cultura aislada, que nunca se había preguntado qué había más allá de sus horizontes.

La organización social y económica del imperio Culhúa-Mexica era evolucionada y compleja. Los habi-



tantes de México-Tenochtitlán estaban divididos en veinte *calpulli* o grupos, asentados en los cuatro grandes barrios de la ciudad. Y tanto en la metrópoli como en los pueblos circunvecinos propios, Azcapotzalco, Coyoacán y Xochimilco, el régimen de propiedad de la tierra tenía tres modalidades principales: las tierras comunales de los *calpulli*, las tierras de los nobles, *tecpillalli*, que podían enajenarse y heredarse, y las tierras públicas, para los gastos de los templos, de la guerra, del gobierno y del palacio. En cuanto a las tierras de los pueblos sometidos, por lo general la servidumbre se limitaba al pago de los tributos, a la esclavitud de algunos de sus habitantes para el trabajo de la tierra o al arrendamiento de éstas.

De manera general, en la organización social mexicana se distinguían los nobles o señores, la clase sacerdotal,

los guerreros, los mercaderes y el pueblo común. Dentro de esta última clase habían alcanzado un desarrollo considerable los obreros y artesanos, escultores, canteros, orfebres, artífices de la pluma, pintores, así como albañiles, alfareros, talladores, sastres, curtidores, tejedores, huaracheros y fabricantes de esteras, cestos, cuchillos y espejos.

La refinada civilización y las creaciones espirituales e intelectuales que habían creado los teotihuacanos y los toltecas alcanzaron una culminación con los mexicas. Sin embargo, sobre todas estas formas superiores de pensamiento, dominaba una religiosidad total y terrible, que al mismo tiempo había sido el impulso mesiánico de sus conquistas y la justificación de sus atroces sacrificios humanos, que consideraban necesarios para alimentar con su sangre la vida del Sol.

Mazorcas de maíz en un vaso tripode de carácter ceremonial (abajo). El maíz, alimento básico, poseía también un alto valor simbólico. Su cultivo, regido por las estaciones, representaba la vida. La muerte poseía su propia divinidad (derecha).





3. La guerra

Tanto como la religión, la guerra dominaba el espíritu y la vida de los mexicas. Sus causas que les impulsaban a la guerra eran múltiples: aumentar los tributos, base económica de Tenochtitlán; apoderarse de prisioneros para el sacrificio ritual (Guerras Floridas); proteger a los mercaderes; sujetar a regiones rebeldes o defenderse de agresiones externas. Las batallas no pretendían aniquilar a los enemigos sino hacer prisioneros que después eran inmolados

a la divinidad para propiciar la continuación de la vida. Por ello, cualquiera que fuese la causa de la guerra, todos los que morían combatiendo o eran hechos prisioneros y sacrificados, iban al cielo, donde vive el Sol, y luego se transformaban en pájaros de pluma rica. Cook y Simpson han estimado entre 150.000 y 200.000 el número de soldados aborígenes, tanto los que lucharon contra los españoles, como los que se aliaron con ellos en contra de los mexicas.



La piedra de Tizoc (derecha), pila ceremonial de función desconocida, está decorada con escenas bélicas. Los guerreros aztecas (arriba) carecían de enemigos dignos de ellos, lo que causó su estancamiento militar.



El ejército mexica, había alcanzado un grado notable de organización, con servicios de información —con veloces mensajeros que llevaban sus noticias en mapas pintados— y de espionaje —apoyados sobre todo en los mercaderes—, abastecimientos, acopio de armas, protecciones defensivas estratégicas, ingeniería militar y organización de las unidades de combate y de mando. Sin embargo, pese a la superioridad numérica y al valor y excelencia de los guerreros mexicas y sus aliados, ellos estaban destinados a la derrota, por la ventaja de las armas españolas. Walter Krickeberg compa-

ra su encuentro con el de un ejército moderno provisto de armas nucleares con otro que careciera de ellas:

«Las armas atómicas de entonces —agrega— se llamaban mosquetes y culebrinas, contra las que los aztecas combatían todavía con armas paleolíticas: mazos planos hechos de madera, en cuyas estrechas ranuras metían filosas hojas de obsidiana, dardos o flechas provistos de puntas de pederrial, arrojados con lanzaderas o con arcos.»

Y añadían simples piedras lanzadas con fuerza y una gritería permanente que empavorecía a los enemigos.





Las llamadas guerras floridas (arriba) testimonian la extraordinaria importancia que la guerra tenía para los aztecas. Campañas militares absolutamente gratuitas, tenían como único fin la captura de víctimas humanas para el sacrificio. Las máscaras de los guerreros similares a esta reconstrucción en hojalata (derecha) manifestaban el carácter ritual de la lucha.



4. Creaciones culturales

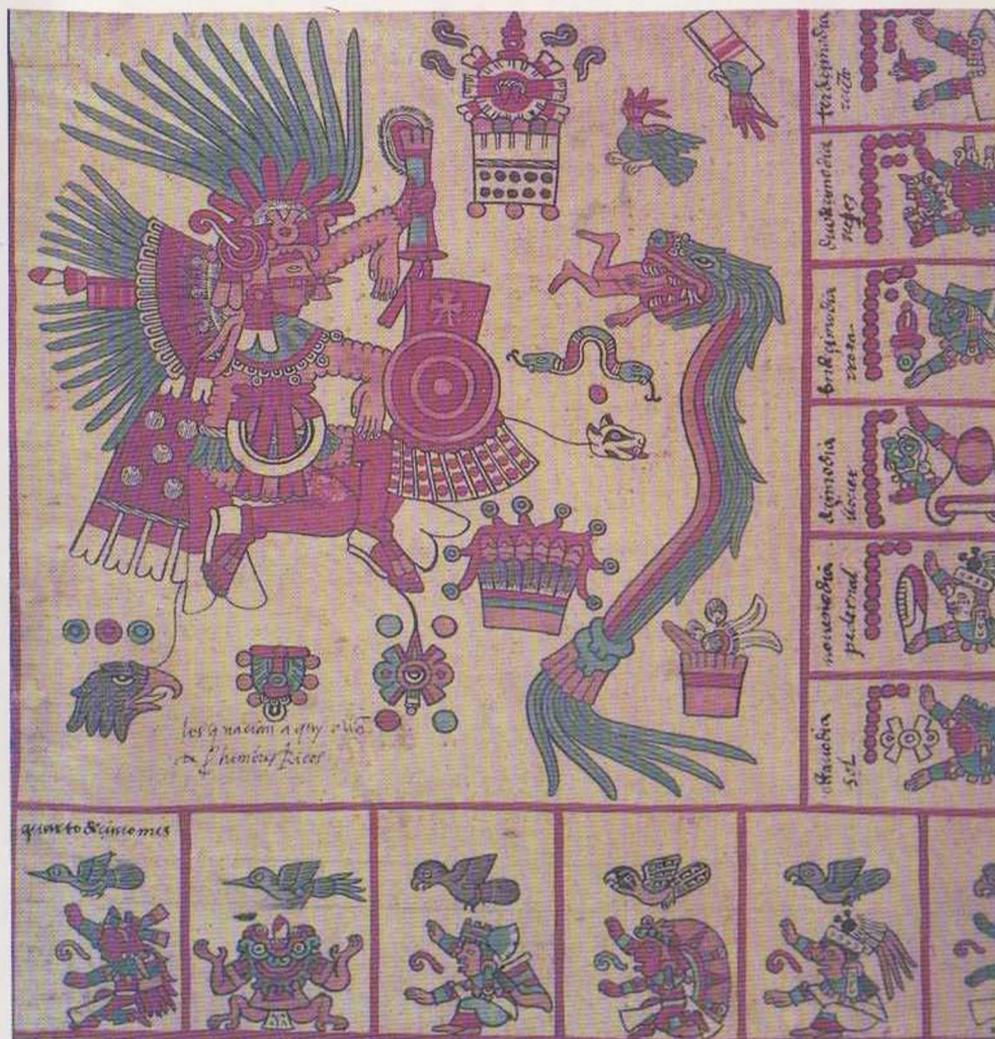
Además de sus realizaciones materiales, en que habían alcanzado notable refinamiento, de su espléndida arquitectura y urbanismo, escultura y pintura, y del desarrollo del calendario, la cronometría y los conocimientos astronómicos, los pueblos de lengua náhuatl, los mayas y los mixtecos crearon sistemas de escritura, los únicos de la América antigua. La escritura nahua y mixteca permitía consignar números, fechas calendáricas, nombres de dioses, personas y lugares, de elementos de la naturaleza y de la vida urbana y rural, de acciones, de conceptos metafísicos, de actividades y condiciones humanas y de cualidades morales. Los signos para estas representaciones eran pictográficos e ideográficos, y los colores empleados y las posiciones tenían además su propia significación. En sus últimos años, la escritura de los nahuas había alcanzado una etapa evolutiva más avanzada con el uso de elementos fonéticos para representar nombres propios.

La escritura maya es más compleja y su desciframiento, aún en proceso, ha sido más arduo que el de los signos nahuas y mixtecos. Las inscripciones aparecen por lo regular como series de bloques o «cartuchos» rectangulares, con las esquinas ligeramente redondeadas, y casi siempre del mismo tamaño, con excepción de los glifos introductorios que suelen ser mayores. Los glifos contenidos en estos «cartuchos» son generalmente compuestos y están formados por un elemento principal, por lo común una cabeza-retrato, al cual se agregan

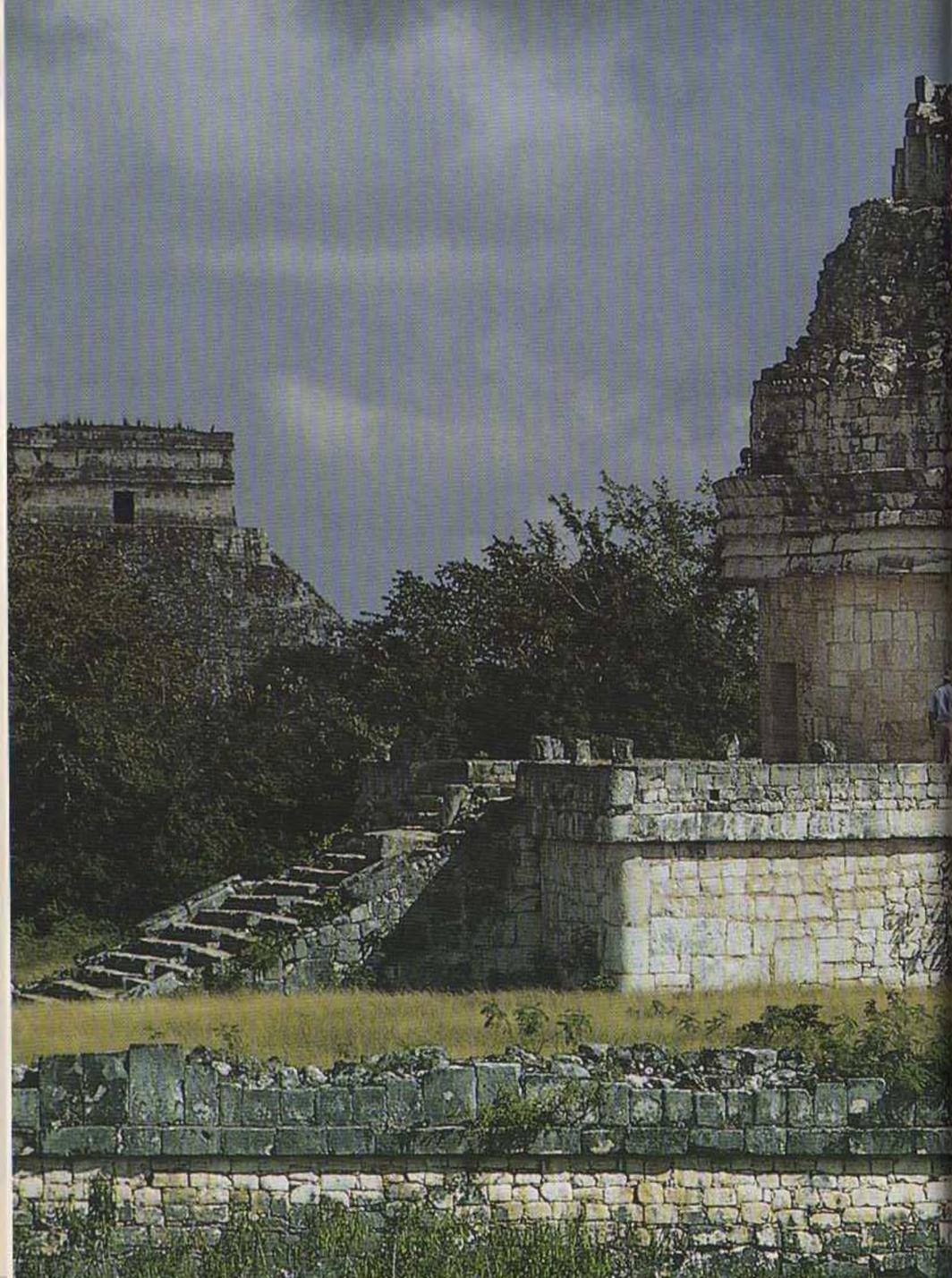
complementos llamados afijos, que se han interpretado como adjetivos, adverbios, preposiciones y términos de relación. Estos signos o glifos son de tres clases: figurativos o pictográficos, ideográficos y fonéticos, estos últimos a menudo silábicos o de «charrada». Según el catálogo de J. Eric S. Thompson, esta escritura comprende: 356 signos principales, 370 afijos, 88 glifos «retrato» y 48 dudosos, esto es, un total de 862 signos reconocidos hasta ahora. Su uso y conocimiento era exclusivo de los sacerdotes y se empleaba para registrar conceptos religiosos, nombres de los dioses, rituales y, principalmente, cálculos astronómicos y cronológicos. A diferencia de los códices nahuas y mixtecos, en las inscripciones mayas son raros y dudosos los nombres de personajes históricos.

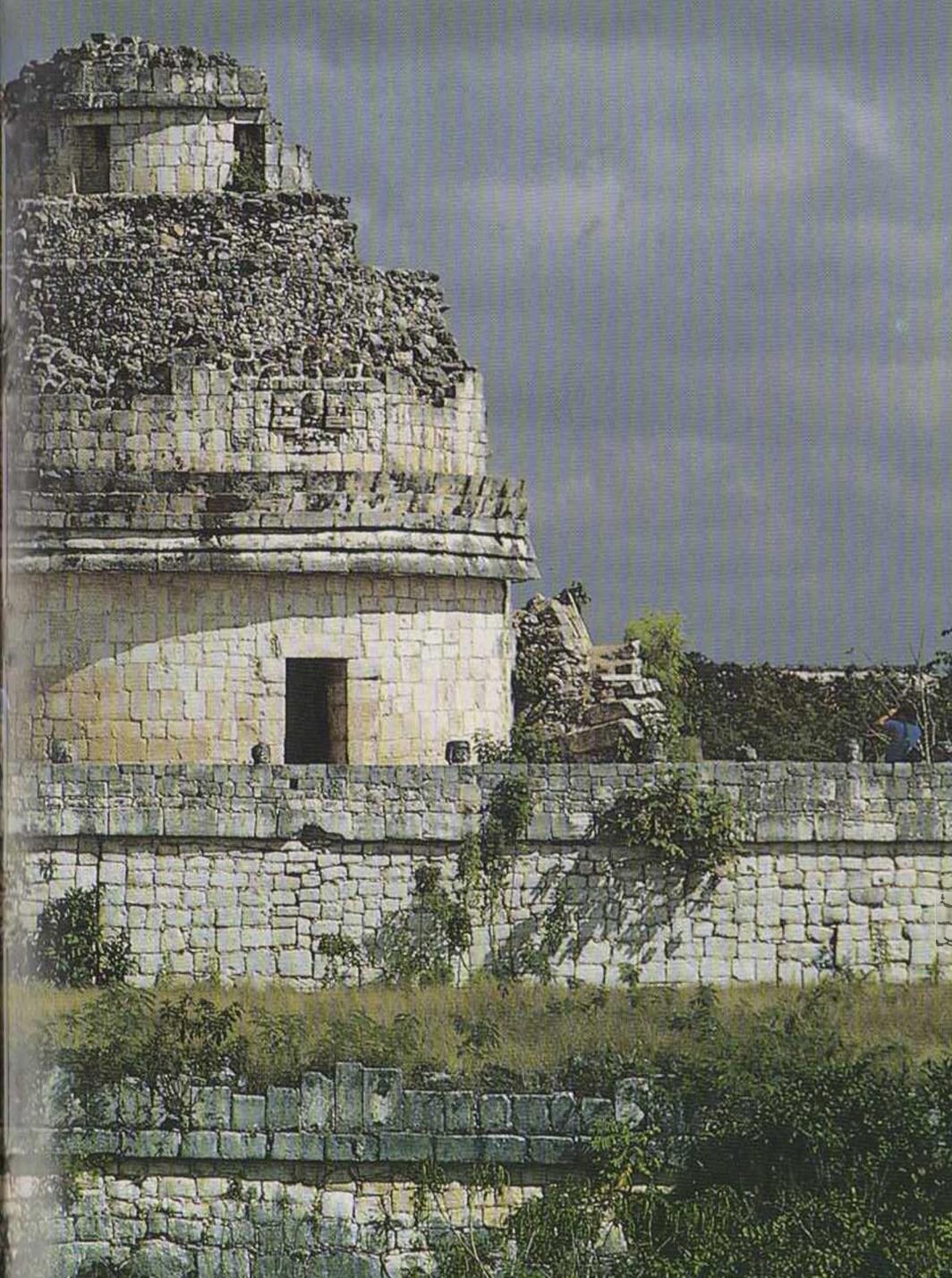
La manifestación más notable de la escritura de los pueblos del México antiguo son los códices o «libros pintados». De los 22 códices que con certeza se consideran prehispánicos, cuatro proceden de la cultura nahua, seis forman el llamado Grupo Borgia (nahuas de la región cholulteca), nueve de la mixteca y tres de la maya. Además, existen 61 códices, rehechuras poshispánicas de documentos antiguos, y mapas, pinturas y planos indígenas hechos con técnicas antiguas.

Los códices nahuas y mixtecos registran hechos históricos, genealogías de gobernantes con los acontecimientos de su reinado, observaciones y hasta previsiones astronómicas, como eclipses y ciclos del planeta Venus, así



Dos de los hallazgos fundamentales de la civilización maya fueron reelaborados e incorporados por los aztecas a su propio patrimonio cultural. Su escritura, de carácter jeroglífico, es prácticamente idéntica a la creada siglos antes en Yucatán. Descifrada por los investigadores, se han conservado transcripciones al castellano en multitud de códices (arriba). Los grandes conocimientos astronómicos de los aztecas, traducidos en su célebre calendario, se basan también en los previamente atesorados por los mayas en observatorios como el de Uxmal (doble página siguiente).





como historias y atributos de las divinidades, rituales religiosos, enumeración y descripción de tributos que debían pagar los pueblos sojuzgados, y calendarios rituales (*tonalámatl*) que señalaban los signos prósperos o adversos de cada día y se utilizaban para dar nombre e indicar el destino de los recién nacidos.

Los códices mayas, por lo que hasta ahora ha podido interpretarse de ellos, contienen también calendarios rituales o adivinatorios (en maya *tzolkin*), tablas calendáricas de lunaciones, eclipses y del periodo de Venus, ceremonias relacionadas con rituales del año nuevo y, probablemente, profecías de secuencias cronológicas.

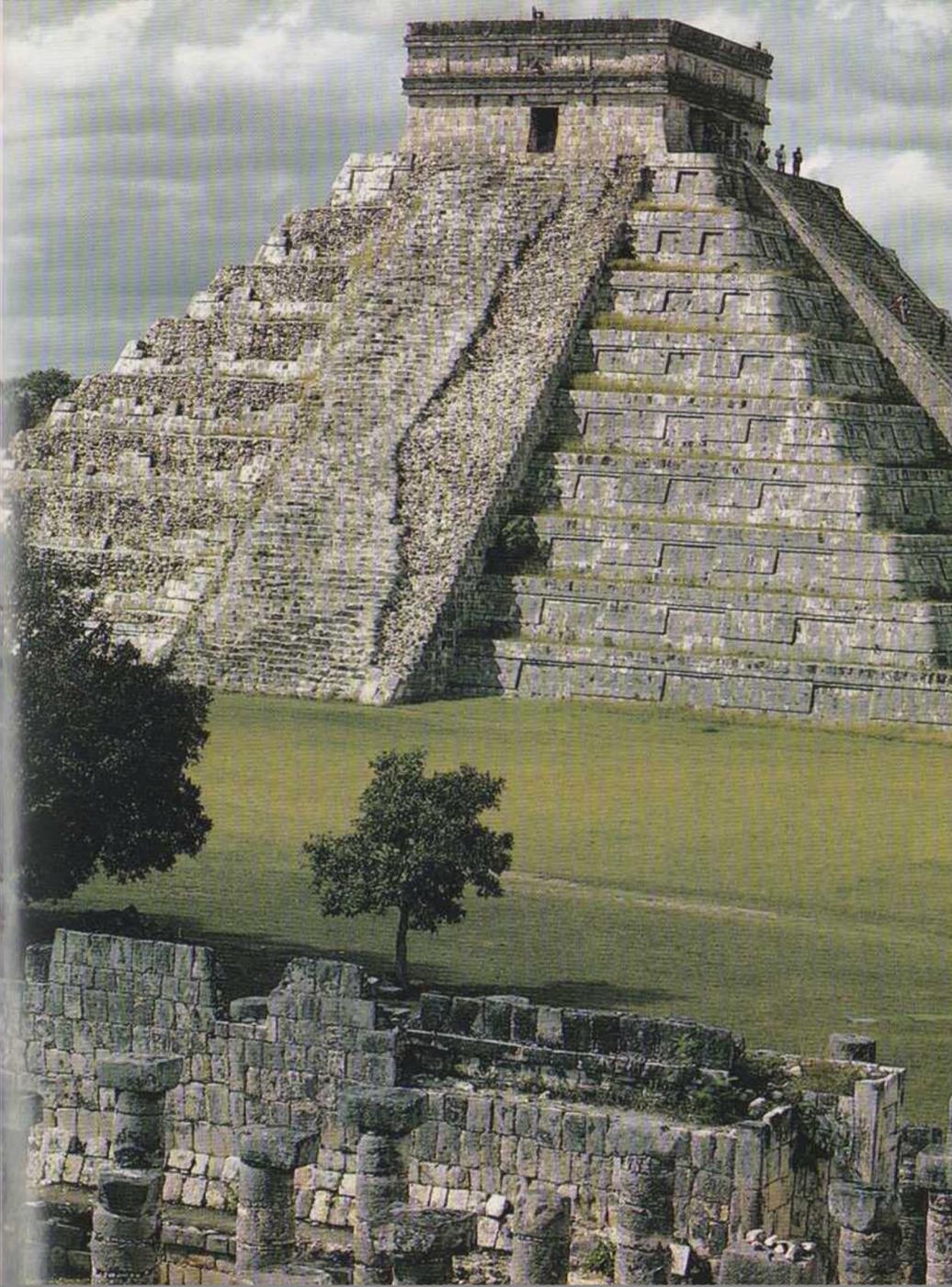
Los sistemas formales de educación de los pueblos nahuas estaban orientados principalmente en dos direcciones, la formación de sacerdotes y letrados en las escuelas llamadas *calmécac*, y de guerreros en las *tepochcalli*.

Los mayas tenían un interés muy especial por el tiempo y elaboraron una filosofía en torno a este tema. Sus inscripciones en estelas, altares, monumentos y códices registran el paso del tiempo o se refieren a los dioses en relación con el tiempo. Los nombres de los días eran divinidades. Los mayas concebían las divisiones del tiempo «como pesos que cargadores divinos llevaban a través de la eternidad». Preocupados por encontrar el origen del tiempo llegaron a fijar fechas re-

motísimas y, como dice Thompson, «acaso concluyeron que el tiempo no tuvo principio». Parte de estos afanes se explican por el deseo de saber qué ocurrirá en el futuro. En la base de sus concepciones religiosas y científicas se encontraba una idea cíclica del tiempo, según la cual todos los acontecimientos se repetían en vueltas regulares de diversos ciclos, sobre todo de los períodos de 260 años en que coincidía el retorno del mismo *katún*, de la misma manera que se repiten los días, el curso de los astros y de la luna, las estaciones y los eclipses. El tiempo estaba formado para ellos por la sucesión de deidades, favorables o desfavorables a la naturaleza y a los hombres, por lo que era menester medirlo con exactitud y registrar, por medio de inscripciones, lo que ocurría para poder prever cuáles serían los hechos del futuro.

En cuanto aprendieron la escritura europea de los misioneros españoles, los indígenas celosos de sus tradiciones se apresuraron a consignarlas para salvarlas del olvido. Gracias a esta preocupación, a esta auténtica vocación cultural que existió sobre todo en los pueblos de habla náhuatl y maya, contamos con un repertorio muy valioso de documentos indígenas. Desde 1524, apenas unos años después de la caída de México-Tenochtitlán, un indio anónimo de Tlatelolco comenzó a redactar *Unos anales históricos de la nación mexicana* o

El complejo monumental de Chichén Itzá (derecha) es un buen ejemplo de la influencia que la civilización azteca ejerció sobre la posterior cultura maya. Las ansias de monumentalidad y el carácter grandioso que caracterizaron a la arquitectura religiosa de aquéllos tuvieron una réplica fiel en los templos elevados por éstos.



El disco solar contiene la representación del calendario azteca. Creación original en la que se aúnan la belleza estética y la efectividad didáctica; es la mejor prueba de que la cultura azteca no careció de originalidad.

Relación de Tlatelolco, concluida en 1528, a la que siguieron muchas otras relaciones indígenas primitivas, en ocasiones acompañadas de jeroglifos: *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, *Historia de la nación mexicana* (Códice Aubin), *Histoyre du Mechique*, *Historia tolteca-chichimeca*, *Anales de Cuauhtitlan*, *Leyenda de los soles*, los *Memoriales* de los informantes indígenas de Sahagún y las *Relaciones de Chimalpahin*. Y de la cultura maya, el *Popol Vuh*, los *Libros de Chilam Balam* y los *Anales de los cakchiqueles*, entre los más importantes.

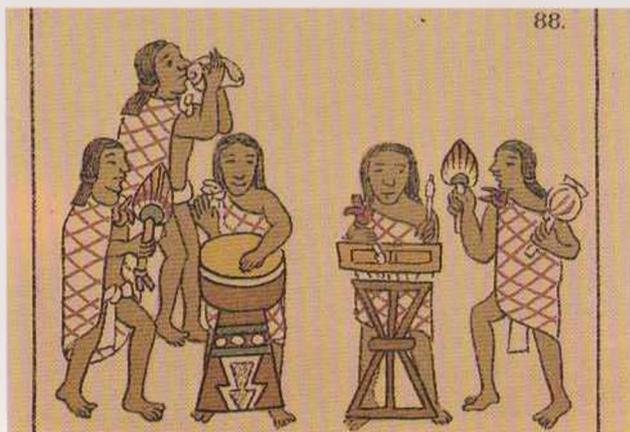
Además de los códices pre y pos-hispánicos y de las relaciones indígenas primitivas —conservadas en su mayor parte en lenguas indígenas—, compusieron sus obras con documentación e información indígena muchos de los historiadores misioneros, como fray Bartolomé de las Casas, fray Toribio de Benavente o Motolinía, fray Bernardino de Sahagún, fray Diego Durán, fray Diego de Landa y fray Juan de Torquemada, y los mestizos o criollos Juan Bautista Pomar, Juan de Tovar, Hernando Alvarado Tezozómoc, Diego Muñoz Camargo y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Gracias a este interés de indígenas, mestizos, criollos y españoles por nuestras antigüedades, México cuenta con un acervo excepcional acerca de sus orígenes.







La música de origen prehispánico (derecha), forma parte de la herencia cultural preservada por la población indígena del México actual (arriba), donde músicos adornados con antiguas vestimentas y provistos de instrumentos tradicionales participan en fiestas y ceremonias indígenas.





Las danzas de origen prehispánico (izquierda) también han permanecido fuertemente arraigadas en las comunidades indígenas. Los bailarines locales siguen ejecutando espectaculares acrobacias, como el molino humano (arriba), incluso en celebraciones de carácter católico.

5. La poesía y la filosofía

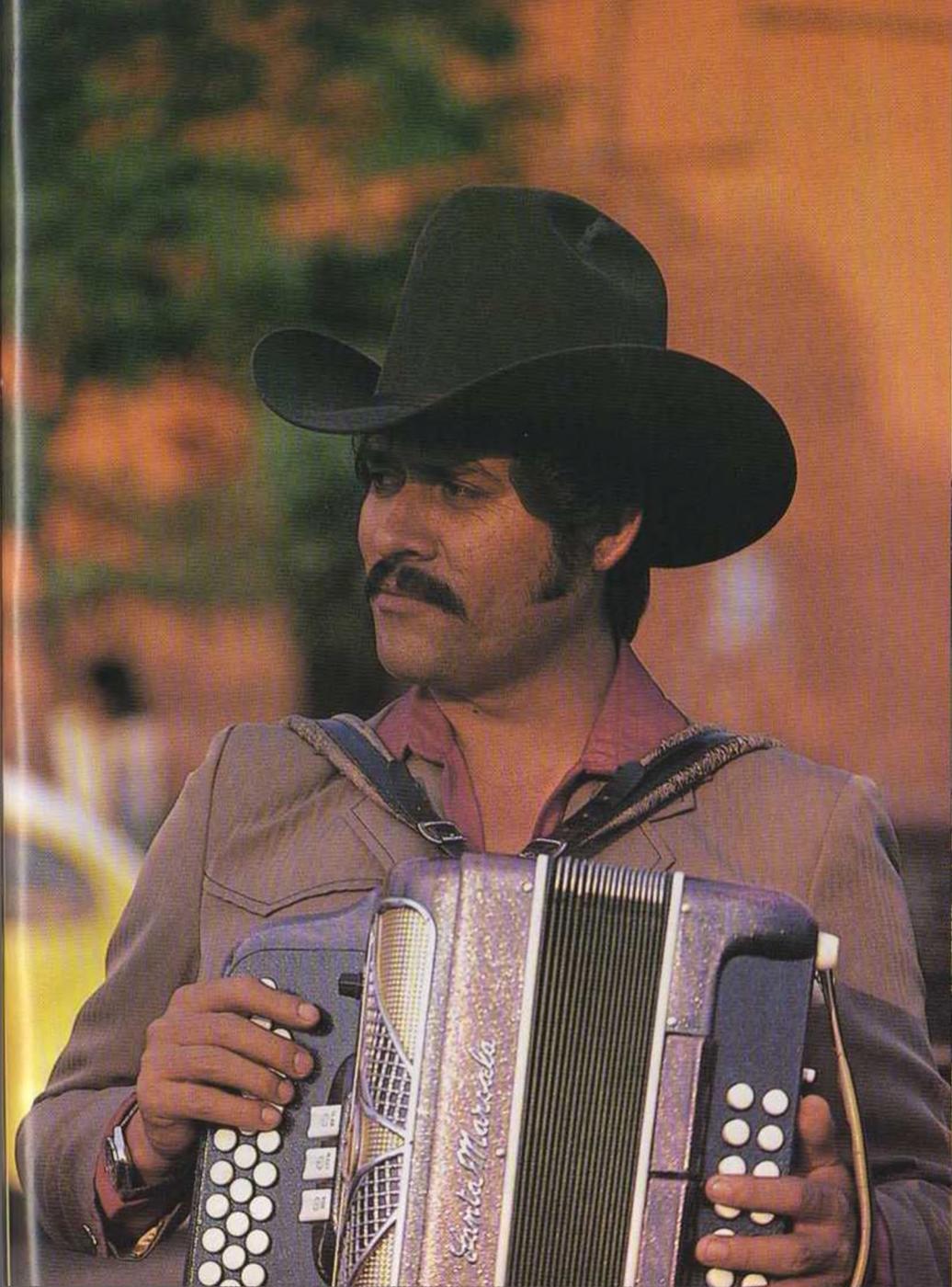
Según el modelo tolteca, ideal de vida civilizada para los antiguos pueblos de habla nahua, una ciudad comenzaba a existir cuando se establecía en ella el lugar de los atabales, esto es, la casa del canto y el baile. En México, en Tezcoco, en Tlacopan, estas casas, llamadas *cuicacalli* o «casa del canto», disponían de espaciosos aposentos en torno a un gran patio para los bailes. Estaban situadas junto a los templos y en ellas había maestros que enseñaban a los jóvenes el canto, el baile y la ejecución de instrumentos. Los muchachos que iban al *calmécac* aprendían de memoria «todos los versos de cantos para cantar, que se llamaban cantos divinos, los cuales versos estaban escritos en libros por caracteres», dice Sahagún.

Así, pues, había, por una parte, cantos o poemas profanos: hazañas de héroes, elogios de príncipes, lamentaciones por la brevedad de la vida y de la gloria, exaltaciones guerreras, juegos y pantomimas, variaciones sobre la poesía y «cosas de amores»; y, por otra, los cantares divinos que se transmitían en el *calmécac*. Estos últimos son los himnos rituales como los que recogió Sahagún; parecen arcaicos y tienen el hermetismo que debe rodear lo sagrado.

Consérvanse en total alrededor de doscientos poemas en náhuatl, de un gran esplendor metafórico y refinada sensibilidad. Entre los de autores identificados, sobresalen los atribuidos a Nezahualcóyotl, el rey poeta de Tezcoco.



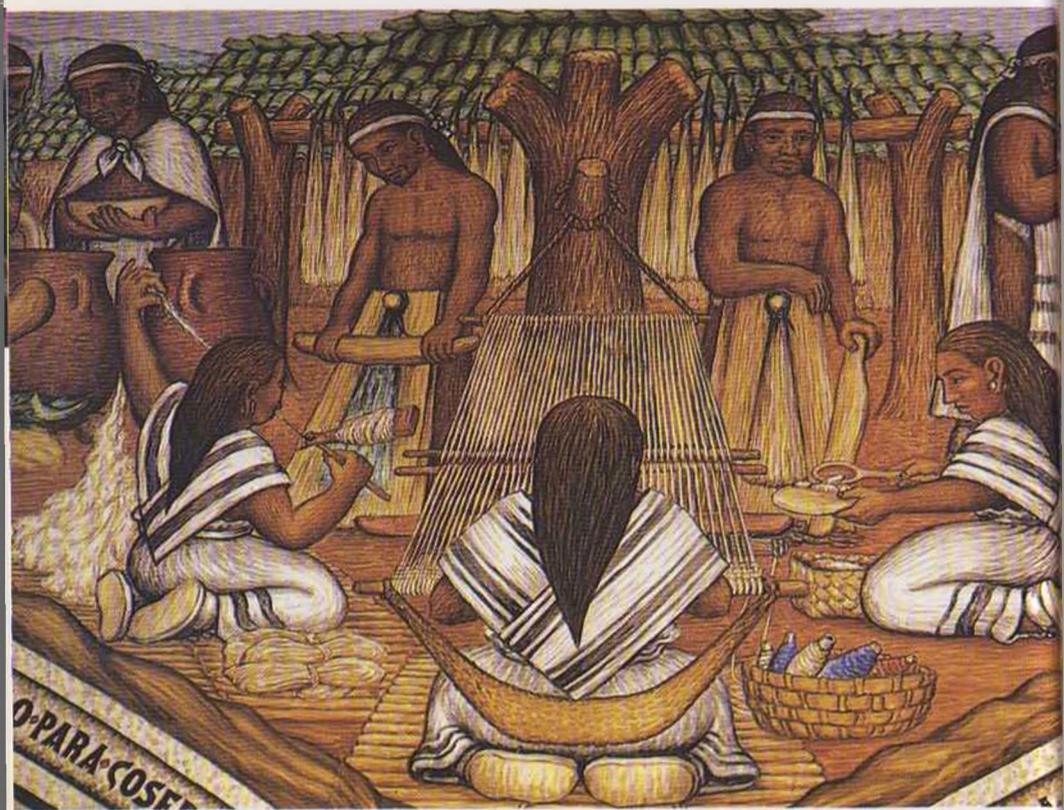
Buena parte de las danzas ceremoniales de los aztecas estaban vinculadas, como la mayoría de sus instituciones, al ritual de la guerra (izquierda). El amor a la música, sin embargo, se contaba entre las manifestaciones artísticas más elevadas de este pueblo, y es uno de los rasgos culturales que emparentan más estrechamente a los súbditos del antiguo imperio con los habitantes del México actual (derecha), que rinden un profundo culto a la música.



Estos cantos o poemas se guardaban en la memoria, aunque para la recitación de algunos de ellos, los históricos y los rituales, probablemente se apoyaban en las pictografías de ciertos códices. Para salvarlos del olvido, algunos indígenas cultos se apresuraron a consignarlos en caracteres latinos, sin duda por encargo de historiadores como el padre Sahagún. Gracias a ellos, ha sido posible conocerlos en los manuscritos del siglo XVI llamados *Cantares mexicanos*, *Romances de los señores de Nueva Espa-*

ña, en textos de fray Bernardino de Sahagún y en numerosos pasajes de antiguas relaciones indígenas. El disfrute en español de esta antigua poesía en náhuatl ha sido posible gracias a los estudios y traducciones beneméritas de Angel María Garibay K. y Miguel León-Portilla.

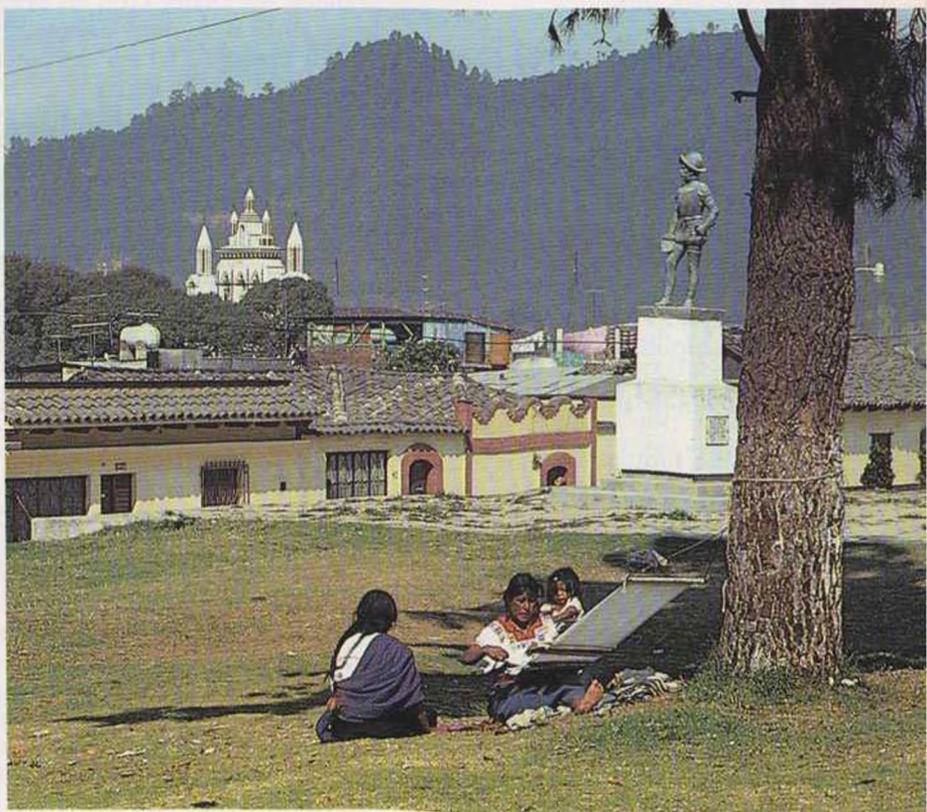
La filosofía moral de los antiguos mexicanos se conserva principalmente en los *Huehuetlatolli* o pláticas de los ancianos, dedicadas a inculcar ideas y principios morales tanto a los niños y jóvenes como a los adultos.



Tienen la forma de discursos que probablemente se memorizaban y repetían en las ocasiones pertinentes: nacimientos, adolescencia, matrimonio, muerte, y en las ceremonias de entronización o de funerales de los gobernantes. Son admirables por su ternura y sabiduría y por su conocimiento de las pasiones humanas.

El primero que apreció su importancia fue fray Andrés de Olmos, hacia 1540, aunque su texto original sólo se conoce en parte. Siguiendo las huellas de Olmos, Sahagún recogió también en náhuatl y tradujo al español, desde 1547, un buen número de estas pláticas morales que forman el libro sexto de su *Historia general*.

Mujeres tejiendo. El moderno mural de Tlaxcala (izquierda) reproduce una escena cotidiana cuyos protagonistas fueron los creadores de un espléndido arte textil. Siglos después, la escena se repite (abajo). La estatua y la cúpula blanca, son mudos testigos.



6. Los presagios funestos y la profecía de Quetzalcóatl

Tres años después de que Motecuhzoma Xocoyotzin principiara su reinado, comenzaron a aparecer en el cielo y en la tierra fenómenos extraños, calamidades públicas y seres monstruosos que fueron inquietando cada vez más a los habitantes de la meseta central y de otros lugares del México antiguo, que también guardaron registro de ellos.

En 13 *calli*, 1505, año de gran hambre, el Popocatepetl dejó de humear por veinte días. Según el *Códice Aubin*, en el año 3 *técpatl*, 1508, se aparecieron las fantasmas llamadas *tlacahuilome*, y se vio por el oriente, cerca del amanecer, una bandera blanca, color nube, que volvió con más fuerza el siguiente año 4 *calli*. Como aquella luz celeste continuaba aún en el año 5 *tochtli*, 1510, Motecuhzoma consultó a Nezahualpilli, el señor de Tezcoaco, sabio en ciencias ocultas, acerca de la significación de aquel fenómeno, el cual dijo:

«De aquí a muy pocos años, nuestras ciudades serán destruidas y asoladas, nosotros y nuestros hijos muertos y nuestros vasallos apocados y destruidos...»

y le anunció, además, que perdería las guerras que emprendiese y que pronto aparecerían en el cielo nuevas señales de aquellas desgracias. En ese mismo año de 1510 hubo un eclipse de Sol, se incendió el adoratorio del templo de Huitzilopochtli y el agua que se le echaba avivaba más las lla-

mas, y se incendió también el templo de Xiuhtecuhтли, dios del fuego; apareció un cometa que cayó hacia la Tierra; y resucitó la princesa Papantzin, hermana de Motecuhzoma, quien refirió que tuvo una visión de hombres blancos y barbudos, con estandartes en las manos y yelmos en la cabeza, que venían en unos barcos grandes, los cuales «con las armas se harán dueños de estos países».

Los presagios fatales continuaron. En 6 *ácatl*, 1511, apareció en el aire un gran pájaro con cabeza de hombre; junto al Templo Mayor cayó una columna de piedra sin que se supiera su origen; aparecieron en el aire hombres armados que peleaban unos contra otros; una gran piedra labrada como *cuauhxicalli*, para recibir la sangre de los sacrificios, habló y se negó a dejarse transportar cuando no era su voluntad.

En el año 11 *técpatl*, 1516, apareció un gran cometa en el cielo del lado oriente. Motecuhzoma consultó una vez más a Nezahualpilli, quien le confirmó su augurio de grandes calamidades y desventuras, en que «no quedará cosa con cosa» y le anunció que él mismo, el tezcocano, moriría.

Sahagún refiere algunos de los anteriores presagios y añade otros. El sexto: de noche se oía a una mujer que lloraba y decía: «Oh, hijos míos, ya ha llegado vuestra destrucción», o bien: «¡Oh hijos míos! ¿Dónde os llevaré porque no os acabéis de per-

der?», antecedentes de la leyenda de «La Llorona». El séptimo: los pescadores del lago cogieron un ave del tamaño de una grulla que tenía un espejo en medio de la cabeza en el cual se veían los cielos y las estrellas. Y el octavo: aparecieron criaturas monstruosas, como un hombre con dos cabezas, que, en llevándolas a Motecuhzoma, desaparecían.

Muchos años antes, en 1 *ácatl*, 1467, Nezahualcóyotl, señor de Tezcoco, entonces ya viejo, hizo erigir un templo a Huitzilopchtl, y para su dedicación compuso un canto en el que auguraba su destrucción y la de su mundo:

«En tal año como éste [*ce ácatl*],
se destruirá este templo que ahora

[se estrena,

¿quién se hallará presente?

¿Será mi hijo o mi nieto?

Entonces irá a disminución la
[¿Tierra

y se acabarán los señores,

de suerte que el maguey

pequeño y sin sazón será talado,
los árboles aún pequeños darán

[frutos

y la tierra defectuosa siempre irá a
[menos.

Un nuevo año *ce ácatl* volvería a ser, conforme a la cuenta nahua de ciclos de 52 años, en 1519, que fue el año en que llegaron los españoles a estas tierras y se inició la conquista de México.

Tantos presagios mantenían a los antiguos mexicanos inmersos en la zozobra y en la incertidumbre, en la angustia expectante de lo que habría de venir. Pero había algo más, acaso de mayor peso, algo arraigado en las tradiciones toltecas y luego en una coincidencia de hechos o en una falsa interpretación: la profecía del retorno de Quetzalcóatl. Sahagún nos lo refiere con estas palabras:

«En el año trece conejos [1518] vieron en el mar navíos [los de la expedición de Juan de Grijalva] los que estaban en las atalayas y luego vinieron a dar mandado a Motecuhzoma con gran prisa. Como oyó la nueva, Motecuhzoma despachó luego gente para el recibimiento de Quetzalcóatl, porque pensó que era él el que venía, porque cada día le estaban esperando, y como tenía relación que Quetzalcóatl había ido por la mar hacia el oriente, y los navíos venían de hacia el oriente, por eso pensó que era él. Envió cinco principales a que le recibiesen y le presentasen un gran presente que le envió.»

Cortés se enteró oportunamente de la profecía y la aprovechó con discreción. Cuando los mexicas comprendieron que no era el antiguo dios y sacerdote civilizador el que llegaba sino un capitán audaz y codicioso, era demasiado tarde, pues el enemigo estaba posesionado del monarca y de las llaves del reino.

Motecuhzoma y el cometa (doble página siguiente). Las profecías que auguraban una sucesión de catástrofes comenzaron a cumplirse tres años después de la ascensión de Motecuhzoma al trono. El emperador buscó en el cielo nuevos signos de su desgracia. En 1510 se sucedieron un eclipse de sol y la aparición de una gran estrella, un cometa. Poco después, Hernán Cortés desembarcó en las costas de México.





7. La ciudad y la corte

En su segunda *Carta de relación*, firmada en Segura de la Frontera el 30 de octubre de 1520, Hernán Cortés hace a Carlos V una descripción maravillada de la ciudad de México-Tenochtitlán: el mercado, los templos, las casas, la organización urbana del imperio, los palacios de Motecuhzoma, el jardín zoológico y el servicio y protocolo de la corte. Lo ha ganado la admiración por la refinada y avanzada civilización del México antiguo:

«Para dar cuenta, muy poderoso señor, a Vuestra Real Excelencia, de

la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtitan, del señorío y servicio de este Mutezuma, señor de ella, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así de esta ciudad como de las otras que eran de este señor, hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos; no podré decir de cien partes una, de las que de ellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que, aunque mal dichas,

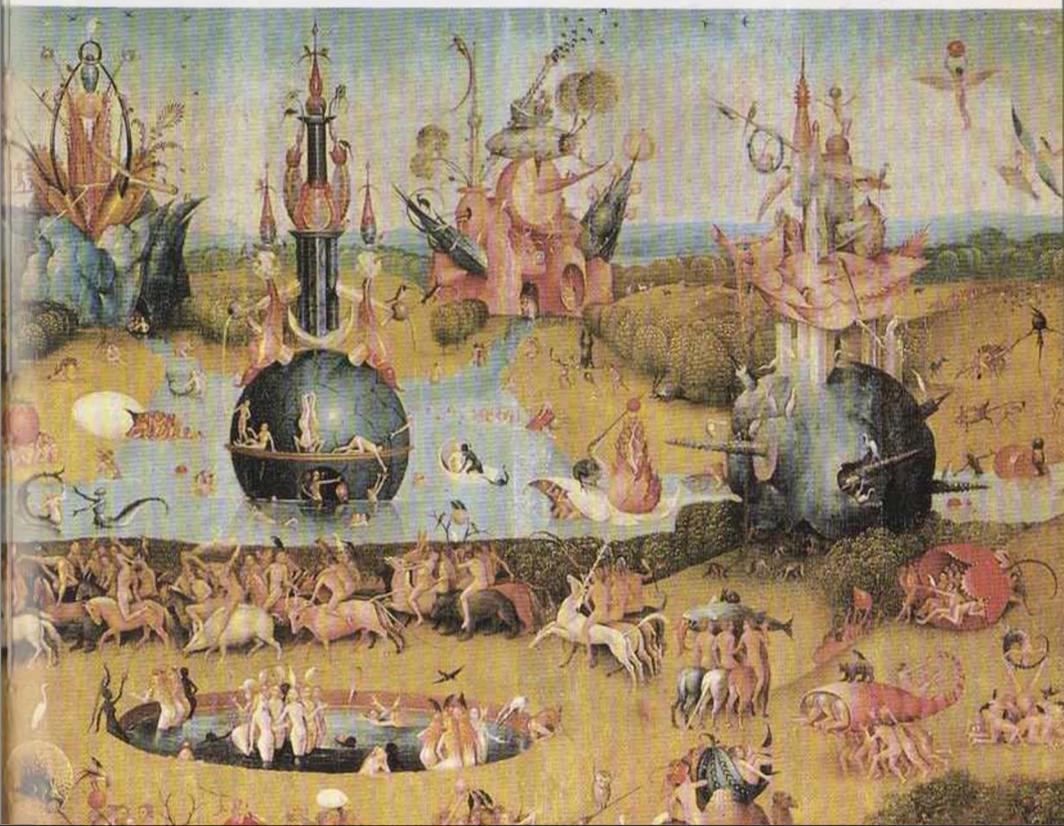
Durante algún tiempo, la imagen que los cortesanos españoles tuvieron de Tenochtitlán debió de asemejarse mucho a ésta, el Jardín de las Delicias imaginado por El Bosco (derecha). Las misivas que Cortés envió al emperador desde la capital del imperio azteca lo acreditan como uno de los más hábiles mentirosos de la historia. Si bien es cierto que el esplendor de la corte de Motecuhzoma fascinó al extremeño, no lo es menos que éste exageró en sus cartas hasta el punto de llegar a inventarse un paraíso fantástico. Pero su actitud no carecía de motivos. Pretendía impresionar a Carlos V, cebar sus oídos y sus arcas con riquezas inauditas para hacerse perdonar la insolencia de haber zarpado de Cuba sin el permiso del gobernador Diego Velázquez, y obtener licencia para proseguir su expedición.



bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender.»

Teniendo en cuenta que ésta es la primera descripción que de tal tema se hacía con ojos europeos y que no existían modelos que seguir y mejorar, Cortés logra transmitir una imagen fascinante del mundo nuevo. Las descripciones posteriores de otros testigos, en especial la de Bernal Díaz, agregarán detalles, aspectos más humanos y sensibles, pero no lograrán dar la expresiva visión del conjunto que aparece en esta segunda *Relación*.

Cortés comienza por situar el maravilloso escenario: el enorme valle o cuenca de México rodeado de «ásperas sierras» con los dos lagos, que entonces casi lo cubrían, el menor de agua dulce y el mayor de agua salada, comunicados por un estrecho. El tráfico que se hacía preferentemente en canoas. Tenochtitlán situada en el lago salobre y comunicada a tierra firme por cuatro calzadas, tan anchas como dos «lanzas jinetas». Las calles de la ciudad mitad de agua y mitad de tierra, interrumpidas aquellas para dejar pasar el agua y cruzadas por puentes, que al retirarse aseguraban la protección de la ciudad.



Describe luego la abundancia y orden de los mercados, y le llaman la atención los jueces que sin dilación dirimen los conflictos menudos y cuidan la rectitud de los tratos. Refiérese a los templos y a sus sacerdotes, en especial a los del conjunto ceremonial del Templo Mayor, de cuyos edificios ofrece algunos pormenores, y de paso dice que las «torres», como él las llama, o pirámides, «son enterramientos de señores» y no sólo adoratorios. Cuenta, al respecto, que subió a la pirámide principal del Templo Mayor y que en presencia de Motecuhzoma derrocó y echó escaleras abajo a los ídolos principales.

Bernal Díaz, al exponer el mismo tema, tiene el acierto de describir el admirable paisaje del valle, los lagos, las calzadas y las edificaciones, que se dominaban desde lo alto del Templo Mayor; y discrepa de Cortés al mencionar con mayor exactitud tres calzadas principales —Iztapalapa, Tacuba y Tepeaquilla o Tepeyac— y no cuatro, al aumentar los escalones del Templo Mayor de 50 a 114 y al no recordar el derrocamiento de los ídolos. Su descripción del mercado de Tlatelolco es memorable. Y Andrés de Tapia, por su parte, hace la única descripción con cierta curiosidad arqueológica de muchas particularidades del Templo Mayor y de las deidades que existían en el adoratorio que coronaba las pirámides, entre ellas ésta que parece convenir a la Coatlicue:

«Tenían estos ídolos unas culebras gordas de oro ceñidas, e por collares cada diez o doce corazones de hombre, hechos de oro, e por rostro una máscara de oro, e ojos de espejo, e tinie otro rostro en el colodrillo, como cabeza de hombre sin carne.»

Continúa Cortés su descripción con las casas o palacios principales, que tienen «muy buenos aposentamientos» y muy «gentiles vergeles de flores»; el doble acueducto que traía el agua de Chapultepec a la ciudad; el sistema de alcabalas y el orden y policía que se guardaban en la ciudad.

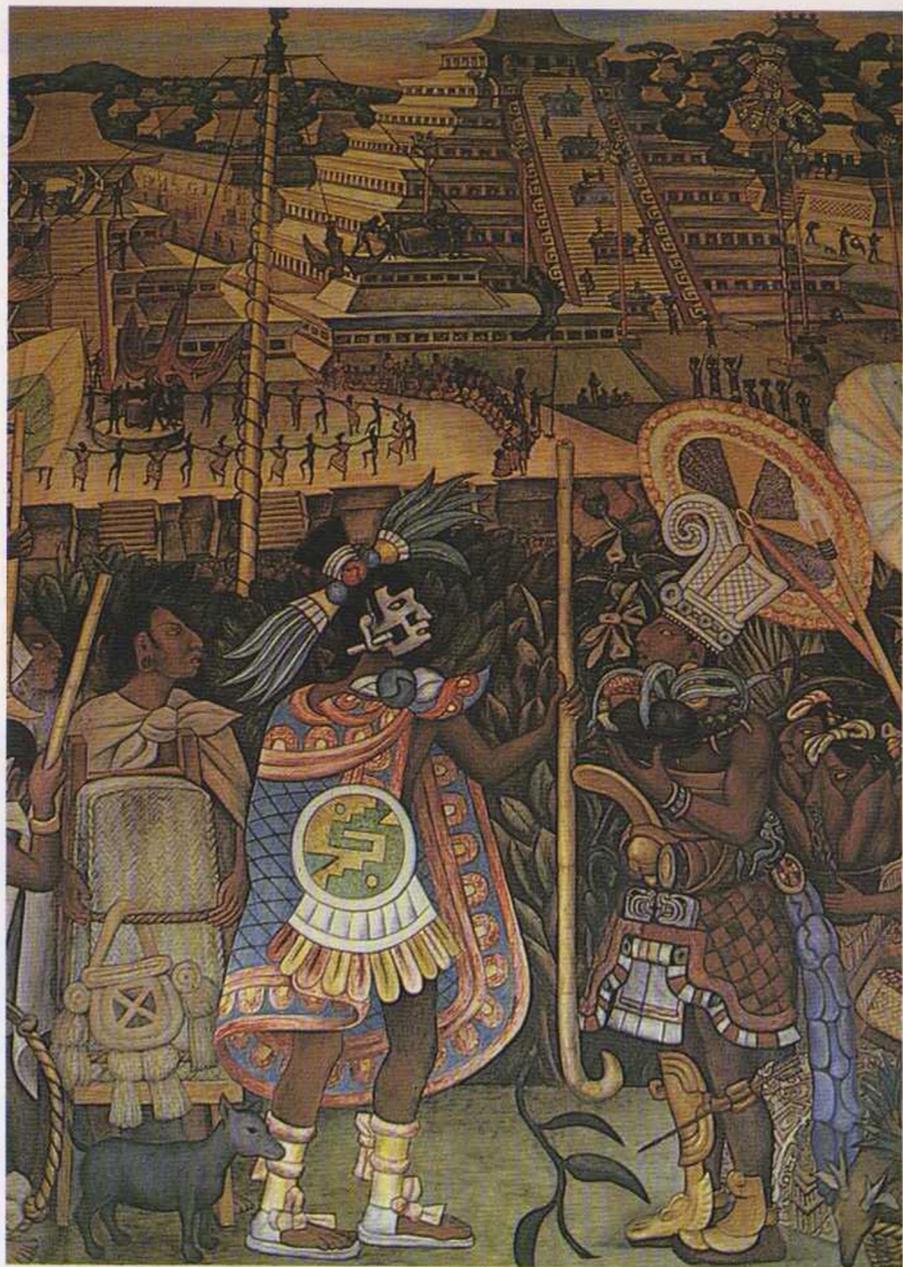
Pasa luego a exponer lo que logró apreciar de la corte de Motecuhzoma. Comienza por un paso en falso al expresar:

«¿Qué más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas, todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío?»

A propósito de esta inadecuada calificación de bárbaro, dirigida a Motecuhzoma, Alonso de Zorita, en el último tercio del siglo xvi, puso en evidencia la contradicción de tal dicho. Con argumentos semejantes a los que empleaba Montaigne, hacia los mismos años, y apoyados en San Pablo, el oidor Zorita hizo notar la confusión que nos hace llamar bárbaros a los infieles o a los que hablan otra lengua.

Continúa Cortés ponderando la extensión del señorío de Motecuhzoma, que considera casi tan grande

La visión del imperio azteca que proporciona Diego Rivera (derecha) es casi tan deslumbrante como la descrita por el conquistador español. Sacerdotes y guerreros en primer plano, danzantes y músicos en torno a los grandes templos configuran la imagen de una sociedad esplendorosa.



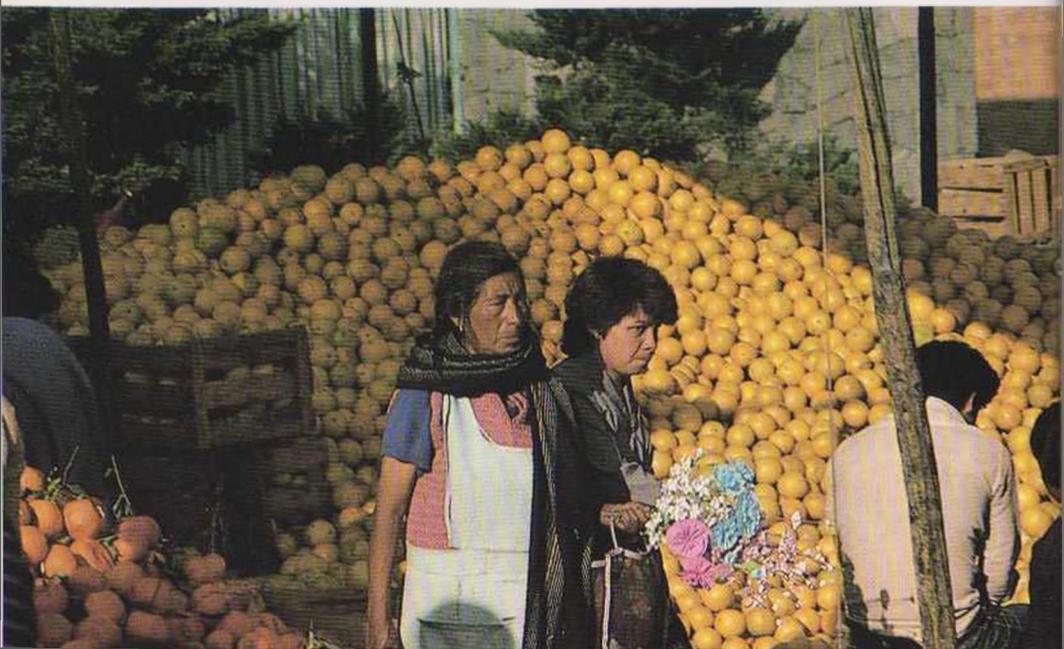
como España, la organización política y militar y el registro en el que estaba escrito lo que cada señorío tributario estaba obligado a dar, documento indígena que es el que conocemos como *Matrícula de tributos*.

De las «casas de placer» que en la ciudad tenía Motecuhzoma dice Cortés que eran «tales y tan maravillosas» que «en España no hay su semejante». Con admiración describe la amplitud y belleza y el cuidado con que se mantenía el jardín zoológico —cuando en Europa aún no se pensaba en ellos—, con estanques para los peces y jaulas y casas para las aves y fieras, cada especie atendida según sus necesidades y, junto a los animales, casas de albinos y monstruos humanos.

Concluye Cortés su descripción de la corte de Motecuhzoma hablando detalladamente del servicio y protocolo; la comida real, en la que le llaman la atención los brasericos que se ponían bajo cada plato para mantenerlo caliente, y cómo antes y después de la comida se lavaba las manos el monarca; las cuatro vestiduras nuevas que cada día se ponía y el acatamiento extremo que debían tenerle sus acompañantes, quienes nunca le miraban el rostro.

Hernán Cortés, sus soldados españoles y sus aliados indígenas habían pasado siete meses, de noviembre de 1519 a mayo de 1520, en ocupación relativamente pacífica del imperio de Motecuhzoma.

En los mercados de Tenochtitlán, según el relato de Cortés, se podía elegir entre una gran variedad de alimentos deliciosos. La extraordinaria abundancia de la comida es un detalle más de la enésima versión de El Dorado, elaborado esta vez a partir del imperio azteca.



8. El testimonio de los vencidos

Gracias a la conciencia histórica de los antiguos mexicanos, frente a los relatos de la conquista hechos por españoles, los de Cortés y Bernal Díaz en primer lugar, existen también testimonios indígenas que registraron su enfrentamiento con lo desconocido, su confusión y anonadamiento, su lucha desesperada, la destrucción de su mundo y las miserias e ignominias que sufrieron como vencidos.

Estos testimonios proceden principalmente del pueblo azteca y del maya. Los primeros se encuentran en códices y en relaciones escritas en náhuatl y en español. El más antiguo es la parte final de la *Relación de Tlaxololco* de 1528, ya citada, que describe con patético dramatismo el horror del sitio y la rendición de México-Tenochtitlán:

«En los caminos yacen dardos ro-
[tos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y pla-
[zas,
y están las paredes manchadas de
[sesos.
Rojas están las aguas, cual si las
[hubieran teñido,
y si las bebíamos, eran agua de
[salitre.
Golpeábamos los muros de adobe
[en nuestra ansiedad

y nos quedaba por herencia una
[red de agujeros.

En los escudos estuvo nuestro res-
[guardo,
pero los escudos no detienen la
[desolación.

Sahagún dedicó a la conquista el libro XII de su *Historia general de las cosas de Nueva España*, y en el *Códice florentino*, última redacción de esta obra, aparece una versión en náhuatl, dictada por informantes indígenas, otra en español y un espléndido conjunto de ilustraciones de escenas de la conquista pintadas también por indígenas. El texto en náhuatl tiene el interés de comunicarnos a lo vivo, con las propias palabras de quienes habían sido testigos de los hechos, detalles de las primeras, confusas y aterradoras reacciones de los indios ante los españoles. Por ejemplo, esta es su visión de las armas y aderezos, de los caballos y los perros de los conquistadores:

«También mucho espanto le causó a Motecuhzoma el oír cómo estalla el cañón, cómo retumba su estrépito, y cuando cae, se desmaya uno, se le aturden los oídos...»

«Sus aderezos de guerra son todos de hierro: hierro se visten, hierro ponen como capacetes a sus cabezas, hierro son sus espadas, hierro sus arcos, hierro sus escudos, hierro sus lanzas».

Un moderno mural de Juan O'Gorman (doble página siguiente), reproduce la entrada de los españoles en Tenochtitlán, casi un desfile triunfal. Caballos, armaduras, arcabuces y una técnica militar más perfeccionada, anularon por completo las posibilidades de resistencia de los aztecas.





«Los soportan en sus lomos sus «venados.» Tan altos están como los techos.

«Por todas partes vienen envueltos sus cuerpos, solamente aparecen las caras. Son blancos, como si fueran de cal. Tienen el cabello amarillo, aunque algunos lo tienen negro. Larga su barba es, también amarilla; el bigote también amarillo. Son de pelo crespo y fino, un poco encarrujado...»

«Pues sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes; tienen ojos que derraman fuego, están echando chispas: sus ojos son amarillos, de color intensamente amarillo.»

Además de estas versiones en náhuatl y en español que aparecen en el *Códice florentino* y que fueron redactadas hacia 1555, existe otra versión, más amplia y expresiva, escrita hacia

El lienzo de Tlaxcala (abajo), pintado a finales del siglo XVI por un indigena, relata los episodios de la conquista de México. Esta escena recoge un detalle que había de tener posteriormente una importancia fundamental: en el bando de Cortés aparecen más indios que españoles.



1585, en la que Sahagún quiso que se enmendaran omisiones e imprecisiones respecto al relato más antiguo de la conquista. Por ejemplo, impresión de los españoles (cap. VII), reacciones del monarca mexica (VIII), exposición que hace Cortés a Motecuhzoma de su misión (XVII), matanzas de Cholula y del Templo Mayor (X y XX), muerte de Motecuhzoma (XXIII), relato de la Noche Triste (XXIV) y supuesta entrevista de Cortés y Cuauhtémoc antes de iniciarse el sitio de la ciudad, en Acachinanco, para comunicarle las razones por las que le haría la guerra, la cual transcribe Torquemada, y Clavigero pone en duda.

Además de las ilustraciones del libro XII de Sahagún, en varios códices poshispánicos hay imágenes de la conquista de México; uno de ellos, el llamado *Lienzo de Tlaxcala*, está dedicado en su parte principal a este acontecimiento.

A fines del siglo XVI, el mestizo Diego Muñoz Camargo escribió una *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*. Siguiendo la usanza indígena, encargó a un excelente pintor una secuencia de 156 cuadros, cuya exposición fue haciendo luego detalladamente en su texto. Los temas de estas pinturas tocan lo mismo antigüedades tlaxcaltecas que asuntos de historia española. Los relativos a la conquista son cincuenta cuadros, desde la llegada de Cortés a Cempoala (cuadro 26) hasta la toma de la ciudad de México (cuadro 75), y prosigue con otras campañas en diversas provincias hasta el año 1542.

Estos cuadros de la conquista, y en general todo el *Lienzo de Tlaxcala*,

son una feliz conjugación de las tradiciones pictóricas indígenas y españolas, para lograr diseños de gran limpieza y fuerza expresiva. Esta serie de cuadros acerca de la conquista constituyen una verdadera historia gráfica de la visión india del encuentro y la lucha con los españoles, junto con las ilustraciones del libro XII del *Códice florentino* y las nueve pinturas finales del Atlas que acompaña la *Historia de las Indias de Nueva España*, de fray Diego Durán.

Además de escribir y pintar los hechos de la conquista, los indios hicieron también una explicación y defensa de sus creencias, frente a las exposiciones de los misioneros franciscanos. Fray Bernardino de Sahagún, que se empeñó como ninguno en conocer la cultura de los antiguos mexicanos y en dar voz a su pensamiento, escribió en 1564, en español y en náhuatl, los *Coloquios* en que recogió las discusiones teológicas y morales que tuvieron, hacia 1524, los primeros doce frailes de San Francisco, en presencia de Hernán Cortés, con algunos de los sabios y sacerdotes indígenas supervivientes. En sus cortes y desilusionados discursos, los sabios aztecas expusieron la antigüedad de sus creencias, el culto que rendían a sus dioses que les daban sustento y vida, y lo difícil que era para ellos destruir su antigua regla de vida. Atraviéronse a pedir que no se acarrearla la desgracia de su pueblo y que no se le hiciera perecer. Pero sabían también que la destrucción de cuanto pertenecía a su cultura estaba decidida, y pedían solamente que se les dejara morir junto con sus dioses muertos:

«Somos gente vulgar,
somos perecederos, somos mortales,
déjenos pues ya morir,
déjenos ya perecer,
puesto que nuestros dioses han
[muerto.»

También son importantes los testimonios de varios de los pueblos mayances acerca de la conquista. De ellos, el de más delicada belleza es el «Khalay de la conquista», que forma parte del *Libro de Chilam Balam de Chumayel*. Los mayas saben también, como los aztecas, que sus dioses han muerto, han aceptado el cristianismo pero se duelen de la miseria que ha sobrevenido a su pueblo con la apa-

rición de los *dzules*, de los extranjeros:

«Toda luna, todo año, todo día,
[todo viento
camina y pasa también.
Toda sangre llega al lugar de su
[quietud,
como llega a su poder y a su
[trono...

Medido estaba el tiempo
en que miraran sobre ellos la reja
[de las estrellas,
de donde, velando por ellos,
los contemplaban los dioses,
los dioses que estaban aprisionados
[en las estrellas.

Entonces era bueno todo
y entonces fueron abatidos.

Los orgullosos señores de la guerra, cuya crueldad era el soporte básico de su dominio, representaban sus rituales guerreros y religiosos con el temor de las amenazas que las profecías funestas les auguraban.





Uno de los factores determinantes de la conquista fue el fatalismo de los aztecas, que vivían atenazados por la superstición, esperando que se cumplieran las profecías que auguraban su desaparición futura. El culto a la muerte (de-recha) es representativo de sus sentimientos.

Había en ellos sabiduría.
No había entonces pecado,
había santa devoción en ellos.
Saludables vivían.

No había entonces enfermedad,
no había dolor de huesos,
no había fiebre para ellos,
no había viruelas...
Rectamente erguido iba su cuerpo,
[entonces.

No fue así lo que hicieron los
[dzules
cuando llegaron aquí.
Ellos enseñaron el miedo,
y vinieron a marchitar las flores.
Para que su flor viviese,
dañaron y sorbieron la flor de los
[otros...
¡Castrar al Sol!
Eso vinieron a hacer aquí los ex-
[tranjeros...»



II Motecuhzoma

1. Motecuhzoma Xocoyotzin

Una década después de que Colón encontrara las primeras tierras del Nuevo Mundo, y dos años antes de que Hernán Cortés llegara a la isla Española, en 1502, Motecuhzoma Xocoyotzin —comúnmente llamado Moctezuma—, cuando contaba alrededor de 34 años, fue elegido, por el consejo formado por dignatarios mexicas y por los señores aliados de Tezcoco y Tlacopan, noveno señor de México-Tenochtitlán. Su primer nombre quiere decir «señor sañado» y el último «el más joven» —con la partícula reverencial *tzin*—, para distinguirlo del primer Motecuhzoma Ilhuicamina, el «flechador del cielo». Sucedió a Ahuítzotl y era hijo del también señor Axayácatl y nieto de Nezahualcóyotl. En sus mocedades había sido guerrero valeroso y, al ser elegido, era sumo sacerdote.

Motecuhzoma era un hombre grave, melancólico, apesivo y supersticioso. Como gobernante, amplió y consolidó el imperio, acentuó la severidad de la educación de la juventud, sólo admitió a los nobles en los cargos de gobierno y administrativos, impuso en su corte una etiqueta rigurosa, que era como el servicio de un dios,

y aumentó considerablemente los sacrificios humanos rituales.

Los presagios relatados comenzaron a aparecer a poco de iniciado el gobierno de Motecuhzoma y se fueron sucediendo en los años siguientes. No eran sólo apariciones misteriosas sino también profecías acerca de la destrucción inminente de su reino y anuncios de la aparición de hombres blancos y barbudos. Todos estos signos fueron interpretados por el señor de México como la confirmación de las profecías que anunciaban el retorno de Quetzalcóatl que volvería a ocupar su reino.

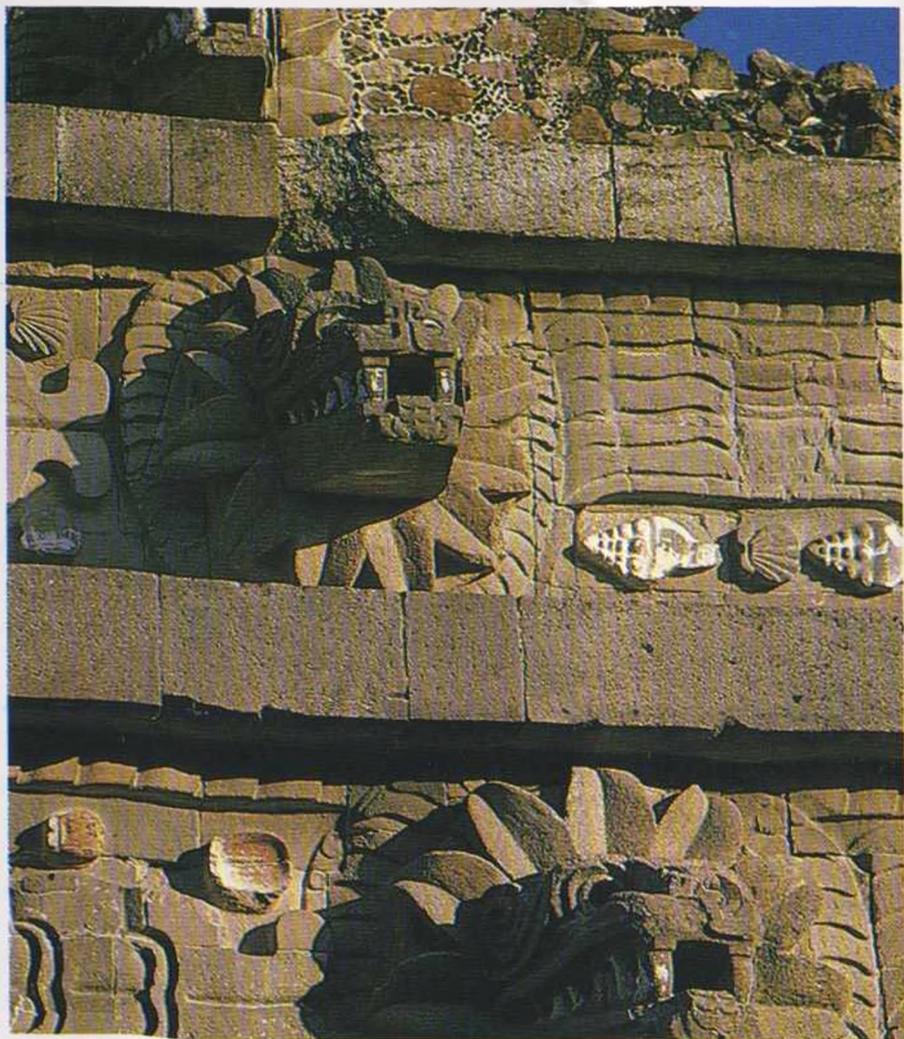
Cuando, en 1518, se anunció a Motecuhzoma la presencia en la costa veracruzana de hombres desconocidos en grandes naves —los de la expedición de Grijalva—, su terror fue extremo y decidió huir y esconderse en la gruta mágica de Cicalco para encontrar al legendario Huémac. En lugar de tranquilizarlo, éste le envió un mensaje recriminándole su soberbia y crueldad y exigiéndole penitencia. Su propios adivinos, atemorizados por no poder darle buenos augurios, se atrevieron al fin a decirle «que ya estaban puestos en camino los que

Motecuhzoma (pág. 52) desfila ante su pueblo en todo su esplendor. Un español del siglo XVII, Miguel González, recreó de esta manera el fasto de la corte azteca. El emperador, al que se consideraba hijo de Quetzalcóatl, disponía de un poder absoluto e ilimitado, pues emanaba de los dioses.

Serpientes emplumadas, símbolos de Quetzalcóatl, en Teotihuacán (pág. 55). Una profecía advertía que, al final del reinado de Motecuhzoma, este dios regresaría bajo la forma de un hombre blanco. Los aztecas identificaron al enviado del cielo con Cortés.

nos han de vengar de las injurias y trabajos que nos ha hecho y hace». Y cuando encargó los preparativos de los aderezos que enviaría al supuesto Quetzalcóatl, dijo a sus mensajeros que pidieran a la deidad que volvía

«que me deje morir, y que después de yo muerto, venga mucho norabuena y tome su reino, pues es suyo y lo dejó en guarda a mis antepasados». Cuando llegaron Cortés y sus huestes en 1519, exigiendo oro y actuando



como hombres, y paso a paso iban adentrándose en los señoríos mexicas con armas terribles y desconocidas para ellos, Motecuhzoma debió de haber abandonado casi del todo su creencia en el regreso de Quetzalcóatl, pero seguían en pie los otros vaticinios acerca de la inminente destrucción de su mundo.

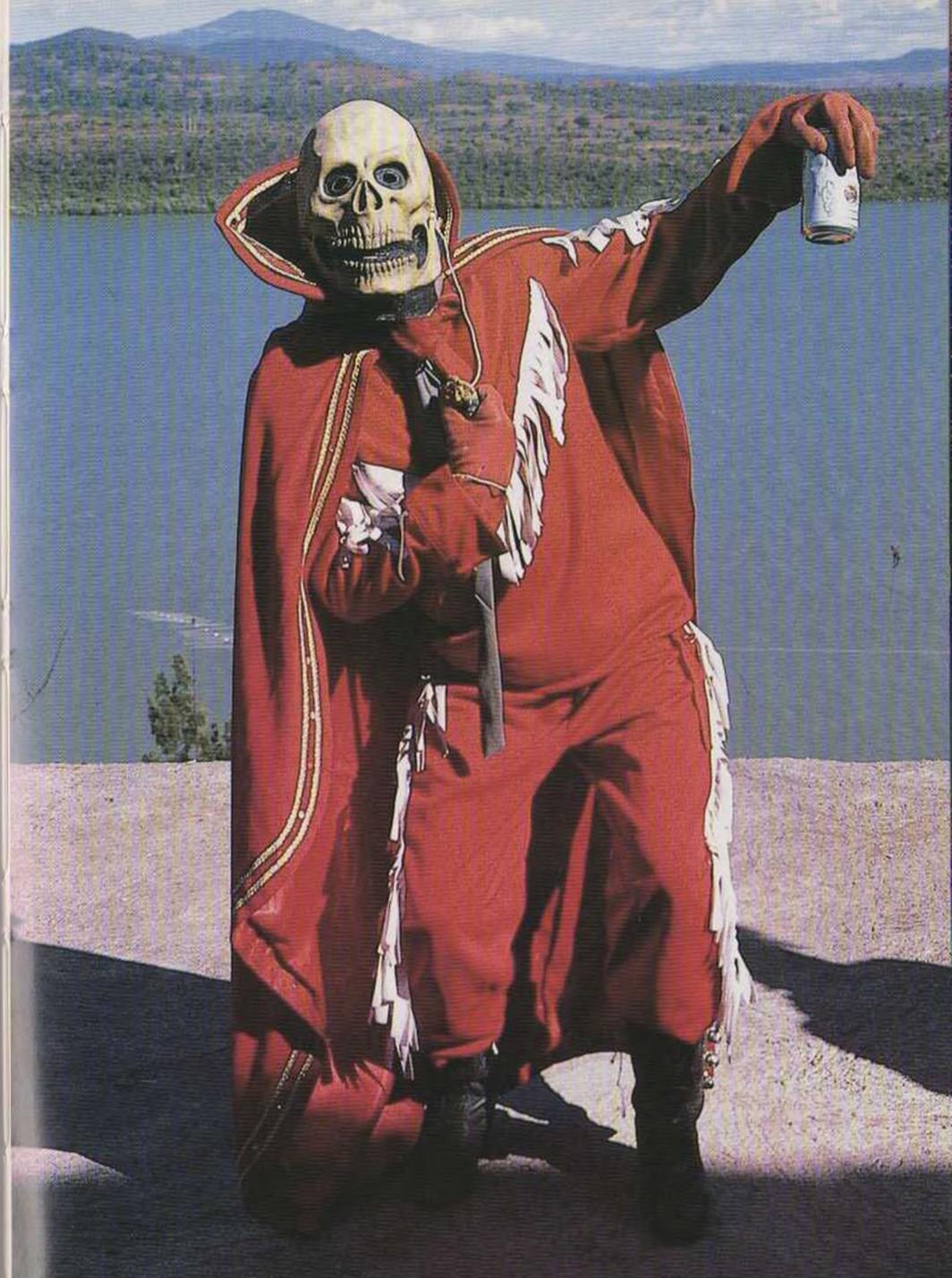
Su actitud ante los españoles fue siempre incierta y contradictoria. Empujado por un mínimo instinto de supervivencia, los atacaba por terceras manos, les preparaba múltiples acechanzas y les enviaba mensajes tratando de persuadirlos de que no llegasen a México; pero al mismo tiem-

po, les avivaba la codicia enviándoles presentes cada vez más ricos y se anticipaba vasallo del monarca español ofreciéndole el tributo que él fijara, con tal de que los invasores se retiraran. Su soberbia y crueldad se desmoronaron y de la deidad viviente en que se había constituido sólo quedaba un hombre confundido y aterrizado ante una fuerza implacable.

Si en su lugar hubiese gobernado el señorío mexica un hombre menos supersticioso y engreído, un guerrero decidido a defender su patria —como Xicoténcatl el joven o como Cuauhtémoc—, la conquista entonces no hubiese sido posible.

La dinastía de Motecuhzoma (abajo), acabaría con la aparición de los conquistadores españoles, quienes siguen siendo representados en las fiestas folclóricas de los indígenas mexicanos (derecha) como los portadores de la muerte.





2. La entrada a la ciudad y el encuentro de Cortés y Motecuhzoma

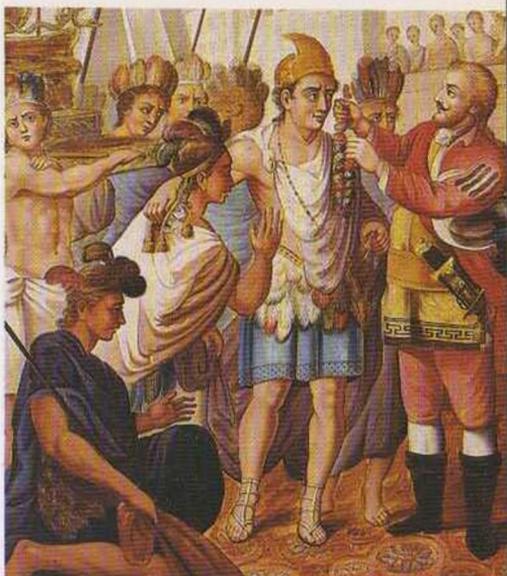
El martes 8 de noviembre de 1519, en la mañana de un día probablemente fresco y luminoso, los soldados de Cortés y sus aliados avanzan hacia «la gran ciudad de Temixtitan». Van cruzando los pueblos que se encuentran al borde del lago, como Mexicaltzinco, y divisan Coyoacán y Churubusco. Pasan luego a la calzada de Izta-palapa que conduce al centro de la isla. En el fuerte de Xólotl, donde se unía esta calzada con la de Coyoacán, reciben a los españoles mil hombres principales que hacen sus ceremonias de saludo y acatamiento. Después de pasar uno de los puentes que interrumpían la calzada, para permitir la navegación y el paso de las aguas, en un lugar situado en la actual calle de Pino Suárez, a un costado del Hospital de Jesús, se realiza el primer encuentro del señor azteca y el capitán español. Ambos se esperaban con ansiosa curiosidad y confusos sentimientos. Ninguno sabía cuál iba a ser el desenlace del drama que representaban, pero sabían ya que iba a ser decisivo para sus pueblos y para ellos mismos.

Motecuhzoma, que iba acompañando de doscientos señores, descendió de las andas que lo transportaban y, apoyado en dos señores, se adelantó por en medio de la calzada a recibir a su huésped. Según el relato de los informantes indígenas, Cortés había dispuesto que su ejército, «a punto de

guerra», desplegara sus banderas y que los tambores tocaran con toda su fuerza. Al llegar cerca del monarca indio, el capitán bajó de su caballo y fue a su encuentro con ánimo de abrazarlo a la española, lo que le impidieron los acompañantes de Motecuhzoma. Después de los parlamentos ceremoniales, en el primer intercambio personal de obsequios, Cortés le echa al cuello un collar de cuentas de vidrio, al que Motecuhzoma corresponde con uno de caracoles colorados y camarones de oro «de mucha perfección».

Una vez instalados los huéspedes en «una muy grande y hermosa casa», el palacio de Axayácatl, situado en la gran plaza y a un costado del Templo Mayor, y obsequiados de nuevo con ropas y joyas, Cortés recoge en su relato la exposición que le hizo Motecuhzoma de la historia de su pueblo azteca y de la larga espera del retorno de Quetzalcóatl que habría de venir a sojuzgarlos. Para Motecuhzoma, Cortés es todavía el enviado de Quetzalcóatl-Carlos V y, por lo tanto, acepta su dominio. El parlamento concluye con la dramática exhibición que hace Motecuhzoma de su humanidad ante la codicia española: «que soy de carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable», y con una protesta respecto al límite de sus riquezas.

El primer encuentro entre Hernán Cortés y el emperador Motecuhzoma (derecha) fue muy cordial, porque ambos interlocutores recelaban profundamente el uno del otro y no sabían aún con qué clase de amigo, o enemigo, deberían vérselas en el futuro. El emperador azteca, informado de que los recién llegados se movían velozmente sobre extraños animales de cuatro patas (al principio sus súbditos habían pensado que jinete y montura constituían una unidad) y de que vestían unas brillantes corazas que les hacían invulnerables a las flechas de sus guerreros, tenía mucho miedo del español, al que llegó a ofrecer su propio trono (abajo) para ganárselo como aliado.



3. Prisión de Motecuhzoma.

La versión española y la indígena

Después de seis días de reposo y abundancia, Cortés entra de nuevo en acción. Refiere que tuvo noticias de que Cuauhopoca, señor de Nautla o Almería, y súbdito de Motecuhzoma, había dado muerte en una emboscada a cuatro españoles y que, al tratar de vengar su agravio, habían muerto a otros soldados, incluso a Juan de Escalante, el capitán que había dejado a cargo el destacamento en Veracruz. Suponiendo que la acción de Cuauhopoca ha sido instigada por el señor de México, Cortés apresa al monarca indio y días más tarde le pone grillos. Al mismo tiempo, le exige que haga traer a Cuauhopoca y, en una hoguera formada por carretadas de flechas, escudos y mazas indias, lo hace quemar, junto con otros principales, en la plaza mayor de la ciudad de México.

Contradiendo esta versión de Cortés, confirmada por López de Gómara y Bernal Díaz, los testimonios indígenas y de los historiadores que siguen estas fuentes, recogidos por Eulalia Guzmán, afirman que Motecuhzoma quedó como prisionero de Cortés y que fue aherrojado desde el momento de la primera visita a sus huéspedes o, incluso, en su encuentro mismo.

En efecto, en la versión castellana del libro de la Conquista, de Sahagún, se dice:

«De que los españoles llegaron a las casas reales con Motecuhzoma,

luego le detuvieron consigo, nunca más lo dejaron apartar de sí, y también detuvieron consigo a Itzcuahtzin, gobernador de Tlatilulco.»

El testimonio de fray Diego Durán es más violento; no sólo apresaron a Motecuhzoma, sino que aun lo aherrojaron desde el primer encuentro, lo cual parece inverosímil, como lo parecía al mismo historiador:

«Y, según relación y pintura de algunos antiguos viejos, dicen que desde aquella ermita [Tocitlan] salió Motecuhzoma con unos grillos en los pies. Y así lo vi pintado en una pintura que en la provincia de Tezcuco hallé en poder de un principal ya viejo. El cual [Motecuhzoma], así aherrojado, iba en una manta, echado en hombros de los principales. Lo cual se me hizo cosa dura de creer, porque ningún historiador he hallado que tal conceda. Pero, como niegan otras, más claras y verdaderas, y las callan en sus historias y escrituras y relaciones, también negarán y callarán ésta, por ser una de las más mal hechas y atroces que se hicieron. Aunque un conquistador religioso me dijo que, ya que se hiciera, fue con fin de asegurar su persona el capitán a sí y a los suyos. Juntamente llevaron presos a los demás reyes de Tezcuco y Tacuba, y al señor de Xuchimilco, que era tan gran señor como los demás, y uno de los más privados y allegados de Motecuhzoma y de quien se hacía mucho caso.»

El «conquistador religioso» aludido por Durán es fray Francisco de Aguilar, quien en su *Relación breve*, hace gran elogio de Motecuhzoma, describe sus baños y comidas, pero nada dice de que lo trajeran aherrojado desde el primer encuentro con Cortés, sino simplemente que «estaba preso y detenido en una sala» —lo mismo que, después del sexto día de la llegada a México, dicen Cortés, López de Gómara y Bernal Díez— y que él, Aguilar, cuando conquistador, fue uno de los que tuvieron «cargo de velarle muchos días».

Chimalpahin también habla de prisión y aherrojamiento de Motecuhzoma:

«Apenas llegaron a México los españoles de Cortés, a pesar de que no

se les combatía, en seguida dispusieron que el Moteuhczomatzin fuera atado y encarcelado, encerrado en su casa por cárcel y le pusieron unos hierros en los pies, y lo mismo fue hecho con su hermano Cacamatzin el de Tetzcuco, y con Itzcuahtzin, Tlacocheácatl, regente militar de Tlatitilco.»

Acusación semejante hace fray Bartolomé de las Casas:

«Saliendo él mismo en persona en unas andas de oro con toda su gran corte a recibirlos, y acompañándolos hasta los palacios en que los había mandado aposentar, aquel mismo día, según me dijeron algunos de los que allí se hallaron, con cierta disimulación, estando seguro, prendieron al gran rey Motenzuma y pusieron

Aunque los aztecas no combatieron a los españoles, que llegaron a Tenochtitlán como invitados de honor del emperador, éstos no dejaron pasar mucho tiempo sin demostrar sus verdaderas intenciones. Acerca del apresamiento de Motecuhzoma hay dos versiones distintas que no coinciden en las causas inmediatas de la acción del español, pero si, en cambio, en afirmar que el hasta entonces todopoderoso señor mexicano fue anulado.



ochenta hombres que le guardasen, e después echáronle en grillos.»

La interpretación de la lámina 11 del *Lienzo de Tlaxcala*, que hace Eulalia Guzmán, se opone a la interpretación conocida. En esta lámina, llamada «Tenochtitlopán», aparece a la derecha Cortés, sentado, con Marina, de pie, tras él; a la izquierda, también sentado, está un señor indio y tres señores más, de pie. En la parte inferior, vivazmente dibujados, hay un venado y unos loros, en jaulas, y unos guajolotes que intentan alcanzar el maíz de un gran montón. Y arriba de Cortés, en una terraza, se muestra un personaje indio con un glifo que lo identifica. Según la interpretación de Alfredo Chavero, el señor indio sentado frente a Cortés es Motecuhzoma, y el de la terraza es un anciano (*huehue*) y, como el glifo significa Motecuhzoma, por tanto es Huehue-Motecuhzoma, lo que quiere decir que en su palacio se realizó la conversación.

En cambio, para Eulalia Guzmán, el señor indio sentado y los tres que están junto a él son los cuatro señores de Tlaxcala, y el personaje que está en la terraza es Motecuhzoma, no el viejo sino el joven, Xocoyotzin, «con las manos encadenadas». Y la explicación del conjunto es que, con la ayuda de los tlaxcaltecas, Motecuhzoma quedaba encadenado.

Muñoz Camargo, el autor de la *Historia de Tlaxcala*, que encargó las

láminas del *Lienzo de Tlaxcala*, nada aclara en esta discrepancia, pues se limita a decir que Cortés fue muy bien recibido por Motecuhzoma.

Creo que la opinión de doña Eulalia es correcta, pues los cuatro señores indios llevan en la cabeza las insignias de los señores de Tlaxcala, y no el *copilli*, especie de diadema que usaba Motecuhzoma. Y el personaje de la terraza no es un anciano. Lo cual muestra lo fácil que es tropezar en materia de interpretaciones.

En resumen, de estos seis testimonios: Informantes de Sahagún, Durán, Aguilar, Chimalpahin, Las Casas y el *Lienzo de Tlaxcala*, el único que procede de un testigo, el de Aguilar, es el que no habla de prisión y aherramientamiento inmediato de Motecuhzoma. En verdad, la única discrepancia es la del tiempo en que se realizaron estos actos. Cortés, López de Gómara y Bernal Díaz se refieren a ellos, a la prisión, como ocurrida seis días después de la llegada de los españoles a Tenochtitlán, con el pretexto de la muerte de los españoles en Veracruz. Y a los grillos, «pasados quince o veinte días de su prisión», dice Cortés, cuando Cuauhpococa, antes de ser quemado, confiesa que mató a los españoles por orden de Motecuhzoma. Añade Cortés que los grillos le causaron al señor de México «no poco espanto», y que se los quitó, al parecer, el mismo día y «él quedó muy contento». Bernal Díaz precisa

Malinche (derecha), princesa de uno de los pueblos vasallos de Motecuhzoma, jugó un papel fundamental en la conquista de México. Culta y refinada, odiaba a los aztecas, que habían sido muy crueles con los suyos. Aprendió muy pronto a hablar castellano y se hizo indispensable para Cortés. Fue su concubina, su intérprete, su consejera y su espía.

que sólo se le mantuvo aherrado mientras se quemaba a los señores indios. López de Gómara repite lo dicho por Cortés, y si Bernal Díaz, al leerlo, hubiese encontrado cualquiera discrepancia con sus recuerdos, lo habría rectificado.

Apresar y aherrajar a Motecuhzoma precisamente en el momento de su

encuentro con los españoles hubiese sido de parte de Cortés una acción insensata y, por otro lado, casi imposible. Ahora bien, si así hubiese sido y la locura hubiese resultado, como al fin resultó, provechosa para el dominio del imperio azteca, ¿no hubiera sido Cortés el primero en alardear de su audacia?



4. Saqueo del tesoro

En el curso de la exposición que hace Cortés, en su segunda *Carta de relación*, acerca de la prisión de Motecuhzoma, y como para mostrar los buenos términos en que se encontraba con el cautivo, refiere, incidentalmente, que el señor de México le obsequió «joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores a algunos de mi compañía».

En los documentos de donación de tierras, a favor de doña Isabel y doña Marina Motecuhzoma, que expedirá Cortés en 1526 y 1527, dice el conquistador que, encontrándose Motecuhzoma herido, le pidió que cuidara de tres hijas suyas que bautizadas se llamaron doña Isabel, doña María y doña Marina. La hija dada a Cortés fue probablemente Tecuichpo, luego llamada Isabel, con quien años más tarde tendría una hija, Leonor Cortés y Motecuhzoma.

Por lo que se refiere a las joyas obsequiadas, esta expresión encubre algo menos limpio. Cuenta Bernal Díaz que, mientras estaban en aquellos palacios, curioseando todos sus rincones, buscaban un lugar adecuado para hacer un altar. El carpintero Alonso Yáñez vio en una pared señales de una puerta recién ocultada. Rompieron el muro y tras él estaba, en efecto, el que llamaron tesoro de

Axayácatl. Cortés y sus capitanes entraron primero:

«y vieron tanto número de joyas de oro y en planchas, y tejuelos muchos, y piedras de *chalchihuis* y otras muy grandes riquezas; quedaron elevados y no supieron qué decir de tanta riqueza.»

Y añade Bernal Díaz:

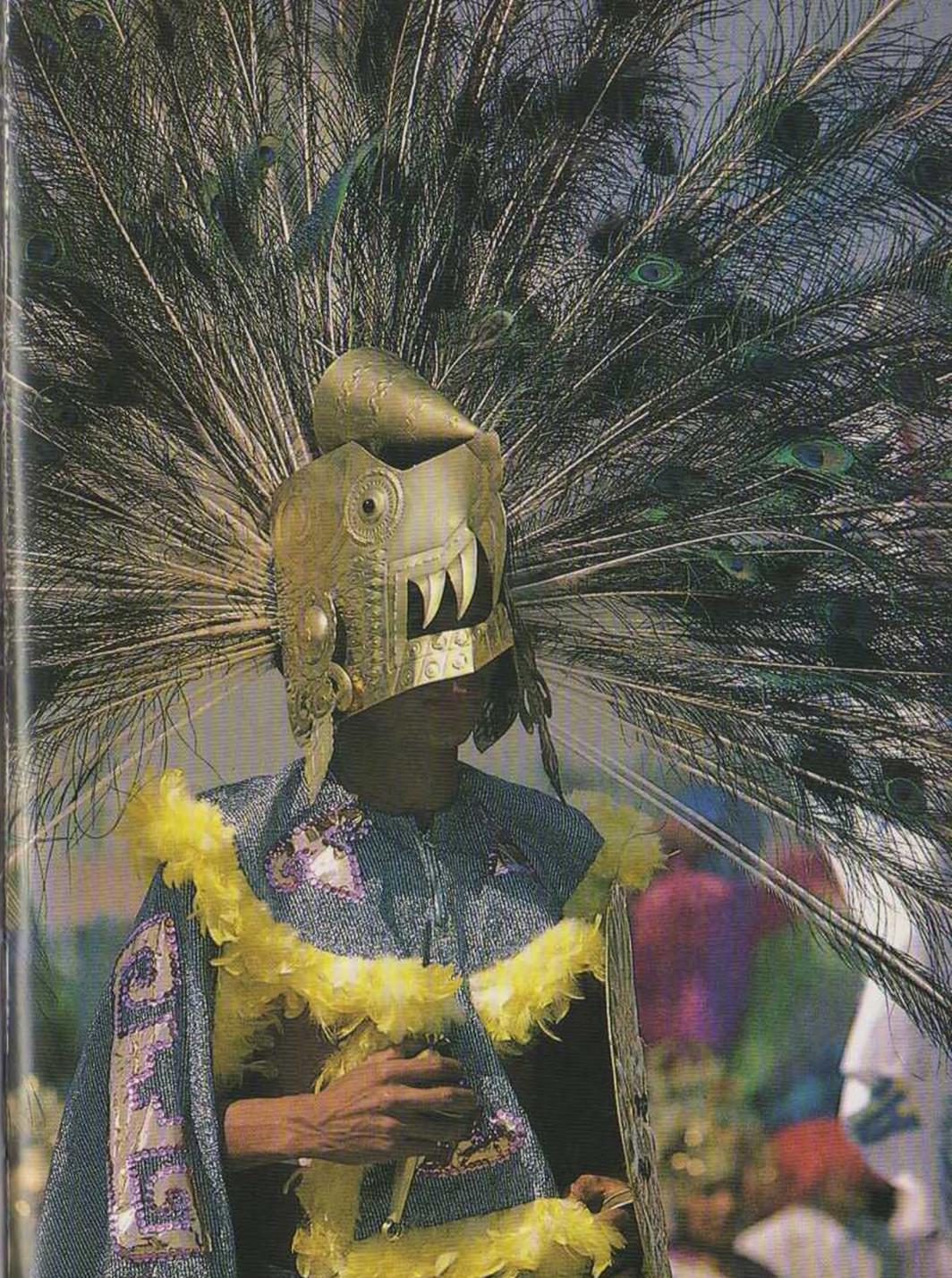
«Como en aquel tiempo era mancebo y no había visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no se debieran haber otras tantas.»

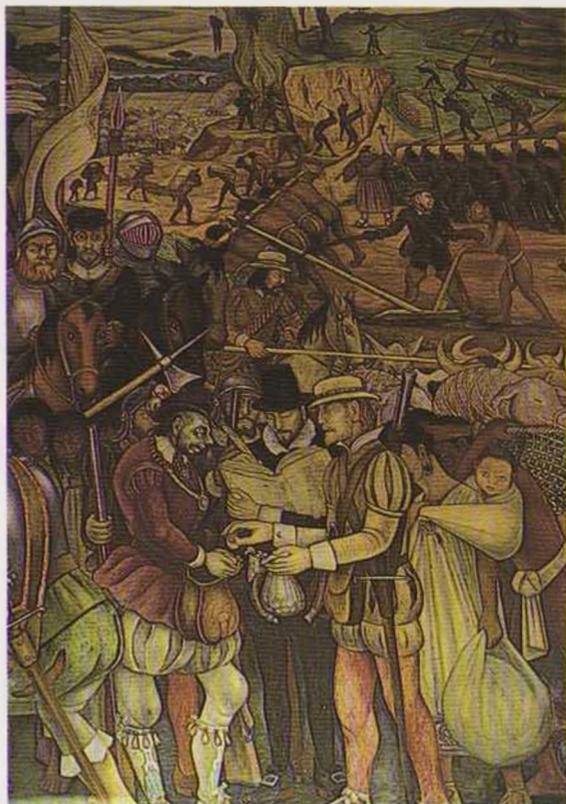
Según el mismo cronista, Cortés y sus soldados acordaron no tocar nada y reponer el muro, «hasta ver otro tiempo». Esto ocurría durante el incidente de Cuauhpopoca y la inmediata prisión de Motecuhzoma, cuando había gran tensión por las consecuencias de este acto.

Días después, cuando el señor de México se había resignado a su cautiverio, refiere Andrés de Tapia que Cortés solía ir a conversar con él y en una ocasión le dijo: «Estos cristianos son traviosos, e andando por esta casa han topado ahí cierta cantidad de oro e la han tomado; no recibáis dello pena». A lo que respondió magnánimo Motecuhzoma:

«Eso es de los dioses de este pueblo; dejad las cosas como plumas y

El principio y el fin de todo era, por supuesto, el oro. Motecuhzoma ofreció a Cortés todo el que poseía, esperando conseguir con ello que se marchara de su reino. Pero, a pesar de que el mito de las inmensas riquezas aztecas sigue presente en el folclore del México actual (derecha), lo cierto es que el saqueo del tesoro no arrojó un saldo demasiado espectacular.





Cortés se reparte el botín con los suyos, en un mural de Diego Rivera (izquierda). La hermosa máscara de oro hallada en Monte Albán (derecha) nos permite calibrar la magnitud del expolio cometido por los españoles en Tenochtitlán. El oro, que tenía un significado religioso para ellos, era el material básico de la orfebrería azteca, aunque muchas joyas estaban adornadas con piedras preciosas y plumas. Los españoles arrancaron de cuajo unas y otras y fundieron el metal, lo único que les interesaba, en lingotes.

otras que no sean de oro, y el oro tomáoslo, e yo os daré todo lo que yo tenga.»

En seguida, el señor de México volvió a referirle la historia del viaje y el retorno esperado de Quetzalcóatl, y luego mandó llamar a otros muchos señores de la tierra y les ordenó darse por vasallos del capitán español; además, les obligó a que les mostraran y entregaran las cámaras de la casa de las aves, en que guardaban joyas y aderezos de su propiedad personal.

La versión náhuatl de los informantes de Sahagún relata que interrogaron a Motecuhzoma para que les entregara los lugares en que guardaban los tesoros del señorío, el *teocalco*, y sus propias riquezas, el *totocalco*, y refiere el enloquecido saqueo que sobrevino: las joyas, aderezos e insignias fueron destruidos para fundir el oro en barras, los mosaicos y objetos de plumas fueron quemados por considerarlos inútiles y se les arrancaron las piedras preciosas y sus adornos de oro.



5. Las llaves del reino y los ocios del cautivo

Ajusticiado el señor de Nautla, saqueado el tesoro y sujeto Motecuhzoma, Cortés tiene tiempo para ir indagando cuanto le interesa: quiere tener noticias de la tierra y de sus circunstancias y posibilidades. En primer lugar quiere saber dónde están las minas de las que se extraía el oro, cuáles podían ser los puertos más útiles para los navíos españoles, cuáles eran los recursos principales de la tierra. Cortés va averiguando puntualmente cada cosa del indefenso Motecuhzoma, que le ofrece guías para mostrar las minas: Cuzula (Zacatula), Tamazulapa, Malinaltepeque, Tenis —cuyo señor llamábase Coaticamat— y Tuchtibeque (Tuxtepec), siguiendo la incierta fonetización del conquistador; le hace «pintar toda la costa y ancones y ríos de ella», que se la traen al día siguiente «figurada en un paño» (plano que puede ser la base del perfil de la costa del Golfo, que Cortés enviará junto con el plano de la ciudad de México); le organiza granjas, una de las cuales, en Malinaltepeque, con cultivos de maíz, frijol y cacao, y con casas y estanques, destina a Carlos V; y una a una hace que se le entreguen las llaves del imperio. Y aún más, pide ayuda para apresar a Cacamatzin, señor aliado de Tezoco,

porque había intentado rebelarse, y consigue que se envíen mensajeros para que recolecten todo el oro existente en las demás provincias y ciudades del reino.

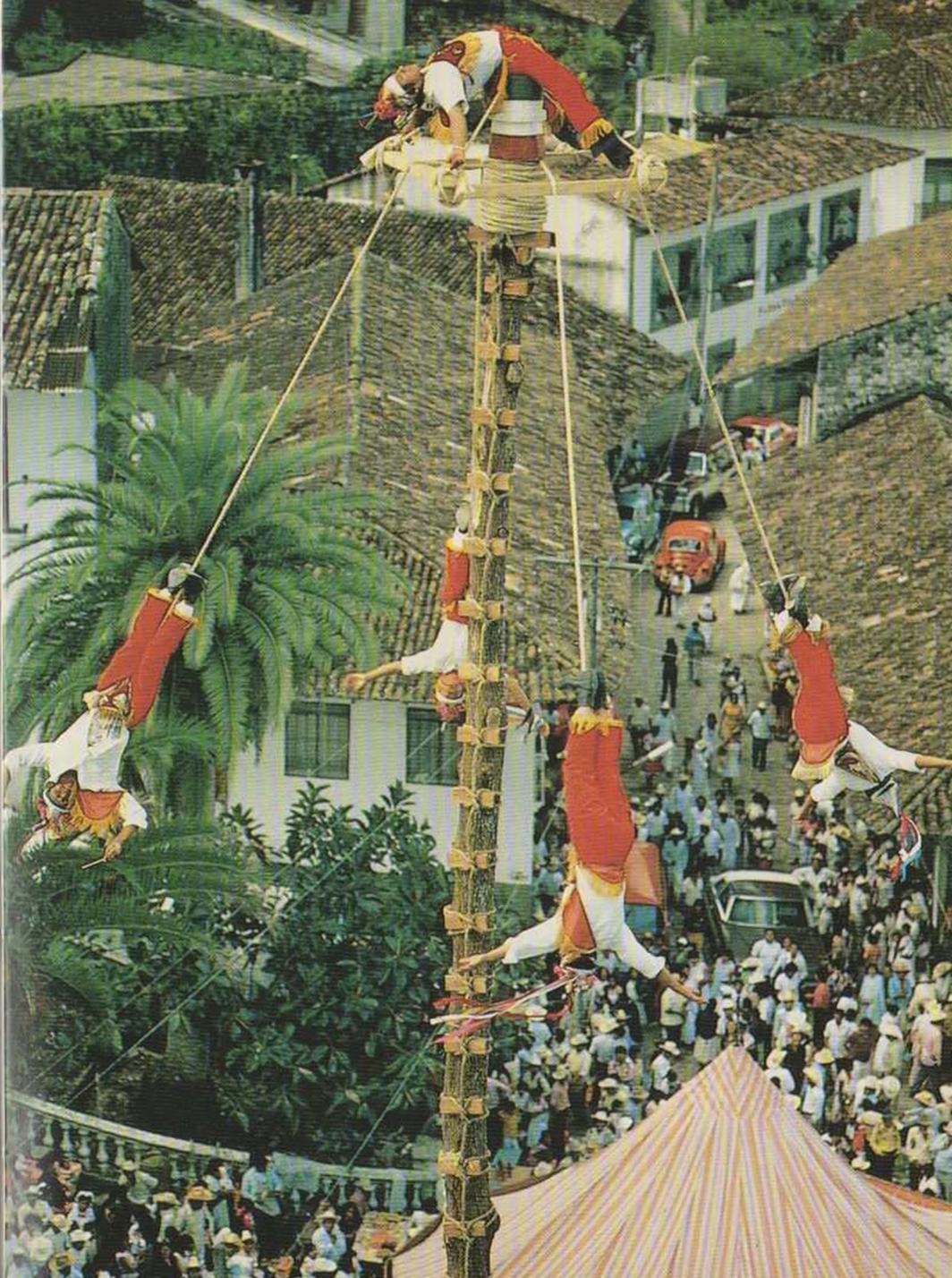
Antes de fundir las joyas, Cortés pondera a su emperador la belleza de la orfebrería del México antiguo que destruía:

«Y no le parezca a Vuestra Majestad fabuloso lo que le digo, pues es verdad que todas las cosas criadas así en la tierra como en el mar, de que el dicho Mutezuma pudiese tener conocimiento, tenían contrahechas muy al natural, así de oro como de plata, como de pedrería y de plumas, en tanta perfección, que casi ellas mismas parecían; de las cuales me dio para Vuestra Alteza mucha parte...»

Cortés aprovecha aquella estancia pacífica de meses en Tenochtitlán para enviar soldados españoles, junto con los guías indios designados por Motecuhzoma, para que vayan a reconocer las minas de oro señaladas, el sitio de las granjas y, en la costa del Golfo, el lugar adecuado para que puedan entrar los navíos.

El tiempo parecía largo entonces. Todo parecía suspendido. Cortés pedía e inquiría y Motecuhzoma daba y concedía sin límites. Los españoles

Los volatineros (derecha), de gran tradición en México, no faltaron en los banquetes con los que Motecuhzoma, emperador en teoría, rehén en la práctica, agasajó a Cortés mientras éste, a pesar de controlar ya la situación, mantuvo en apariencia la condición de invitado.



intimaban con el señor cautivo, algunos le faltaban al respeto, aunque la mayoría lo acataba y compadecía. Y en los ocios, el señor mexica y el capitán español encontraron en el gusto por el juego una afinidad. Jugaban al *totolli* o *totoloqui*, una especie de bolos o boliches de los antiguos mexicanos. Los había de piedra, pero las bolas y tejuelos por derribar del juego de Motecuhzoma eran de oro. La cuenta de Cortés la llevaba Pedro de Alvarado y la de Motecuhzoma, un sobrino suyo. Refiere Bernal Díaz que el señor de México se dio cuenta de que el Tonatío-Alvarado «siempre tanteaba una raya de más» y que hacía

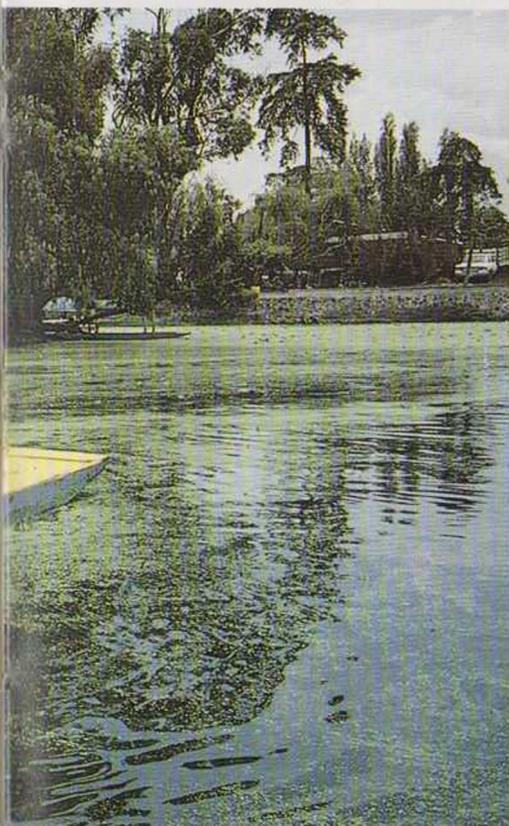
mucho *ixoxol*, esto es, mentiras o trampas para que ganase Cortés. Los jugadores repartían sus ganancias, Cortés entre los sobrinos y privados de Motecuhzoma, y éste entre los soldados que hacían guardia.

Cuenta, asimismo, el soldado cronista que Cortés mandó hacer dos bergantines para ir por los lagos. Motecuhzoma pidió autorización para ir de cacería a uno de sus peñoles privados e hizo la excursión en uno de los bergantines, acompañado por Velázquez de León, Alvarado y Olid, y volvió muy contento con muchas piezas cobradas. Eulalia Guzmán considera «cuento de niños» este relato.

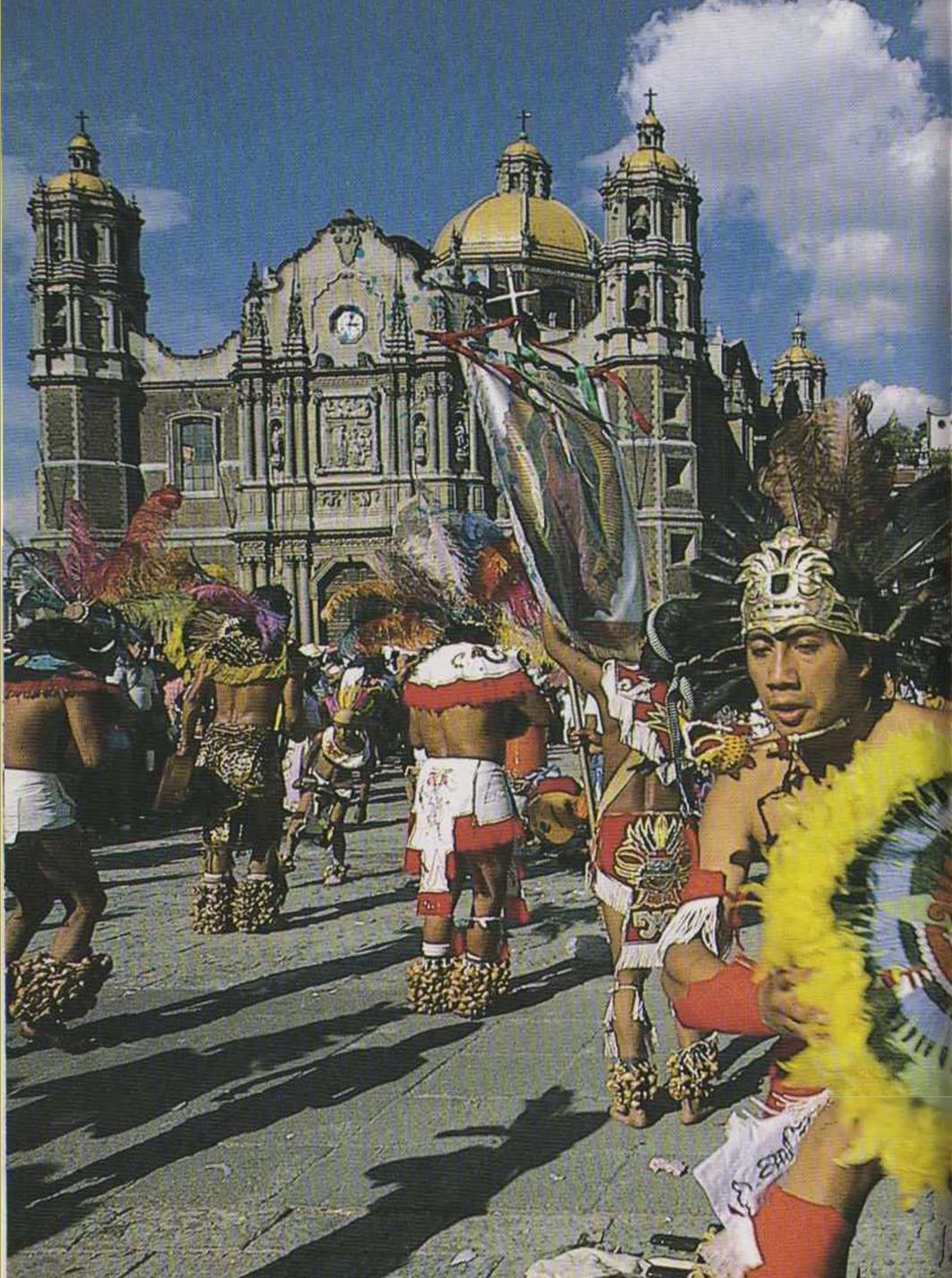


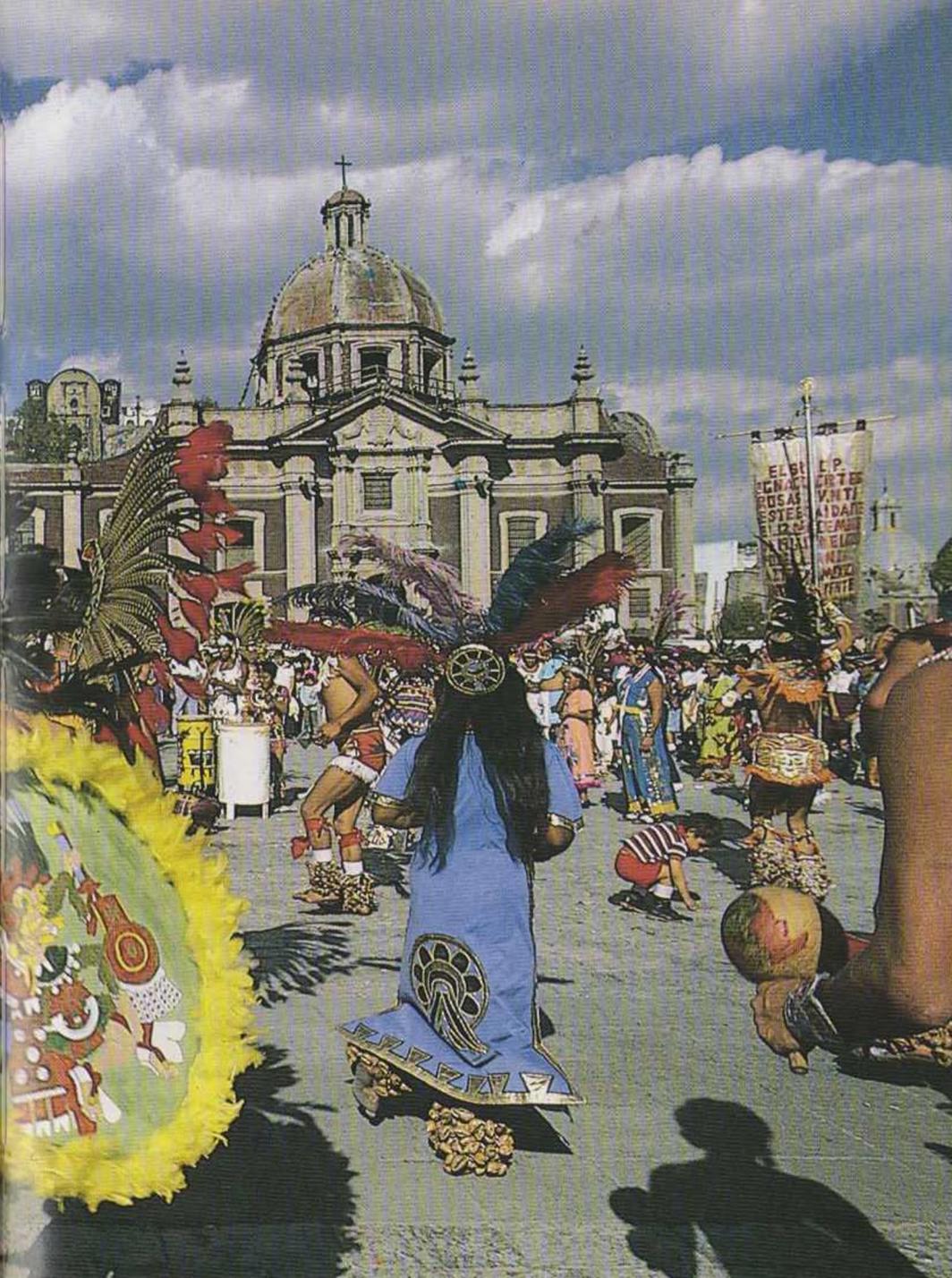


Salir a pasear por la laguna (arriba) era una de las distracciones favoritas de Montecuhzoma. Cortés, lejos de privarle de ella, le acompañaba a menudo e incluso llegó a ordenar que se le fabricara una embarcación para poder imitar al emperador. Las canoas aztecas debían de ser muy parecidas a las actuales trajineras (izquierda) que se pueden ver en los canales de Xochimilco.



Demostración folclórica ante el santuario de Guadalupe (págs. 72-73). Los atuendos y adornos de los bailarines evocan la vestimenta de los guerreros aztecas; pero la razón de su presencia, en ese lugar y ese momento concretos, reside dentro de los muros de la enorme basílica católica que se levanta a sus espaldas.





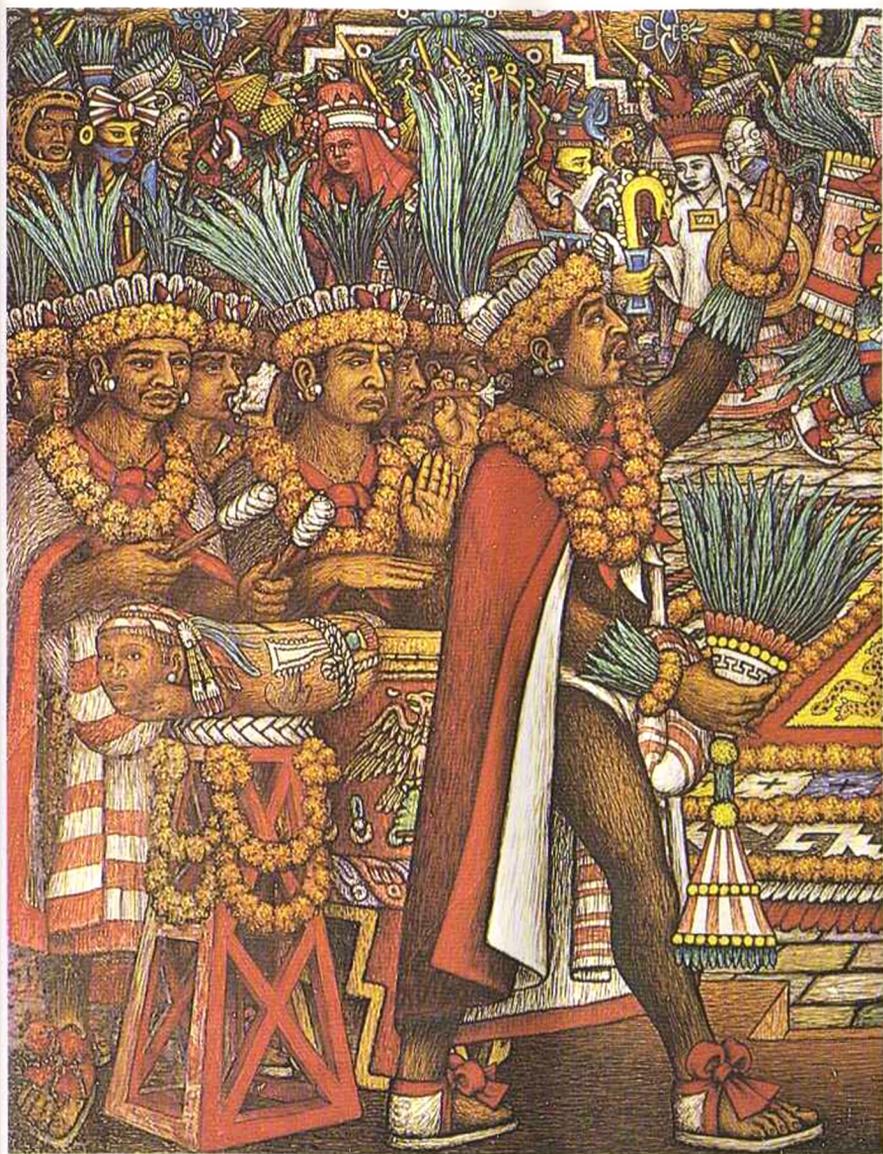
6. Matanza del Templo Mayor

Cuando Cortés se encontraba en Cempoala combatiendo la intrusión de Pánfilo de Narváez, le llegaron de México noticias alarmantes: había estallado la rebelión indígena. Los mexicas atacaban e incendiaban la fortaleza donde se encontraban los españoles en la ciudad de México y les habían quemado los cuatro bergantines que ya se habían construido. Cortés partió apresuradamente y llegó a la ciudad el 24 de junio de 1520. A los capitanes que había enviado a Pánuco y a Coatzacoalcos les ordenó suspender su viaje y reunirse con él, en vista de la gravedad del peligro.

Nada dice el autor de las *Cartas de relación* del origen de la rebelión, como si quisiera proteger a Pedro de Alvarado, al parecer provocador del choque, a quien había dejado como alcalde, y al que no menciona por su nombre en la segunda Relación. Por López de Gómara, Bernal Díaz y por la narración de Vázquez de Tapia sabemos la versión más aceptada de lo que ocurrió. Los indígenas querían celebrar la gran fiesta de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, en el mes de *tóxcatl* (mayo); pidieron licencia para el *areito* y los bailes, y Alvarado lo concedió. Cuando alrededor de seiscientos señores y capitanes indios se encontraban reunidos y sin armas en el Templo Mayor, los españoles, repitiendo el esquema de la matanza de Cholula, hicieron la matanza que levantó la sublevación de los indígenas.

La narración más realista y patética de esta matanza es del anónimo autor indígena del *Códice Ramírez*:

«Pidió el capitán Alvarado a los principales de la ciudad de México que hiciesen un muy solemne baile a su modo, porque deseaba verlos, diciendo al gran Motecuczuma que se lo mandase. Lo cual hizo el rey, y ellos obedeciendo a su señor con deseo de dar contento a los españoles. Salió toda la flor de la caballería a este baile, todos ricamente ataviados y tan lucidos que era contento verlos. Estando los pobres muy descuidados, desarmados y sin recelo de guerra, movidos los españoles de no sé qué antojo (o como algunos dicen) por codicia de las riquezas de los atavíos, tomaron los soldados las puertas del patio donde bailaban los desdichados mexicanos, y entrando otros al mismo patio, comenzaron a alancear y herir cruelmente a aquella pobre gente, y lo primero que hicieron fue cortar las manos y las cabezas de los tañedores, y luego comenzaron a cortar sin ninguna piedad, en aquella pobre gente, cabezas, piernas y brazos, y a desbarrigar sin temor de Dios, unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados por los costados; unos caían luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando huyendo hasta caer; los que acudían a las puertas para salir de allí, los mataban los que guardaban las puertas; algunos saltaron las paredes del patio, y otros se subieron al templo, y otros no hallando otro remedio echábanse entre los cuerpos muertos y se fingían ya difuntos, y desta manera escaparon algunos; fue tan grande el derrama-



Los nobles aztecas, según el fresco de Xochitiotzin, fueron los primeros en probar la dureza de la represión. Reunidos en el Templo Mayor para participar en una ceremonia religiosa, y desarmados por tanto, fueron súbitamente atacados por los españoles, que realizaron una carnicería.

miento de sangre, que corrían arroyos por el patio. Y no contentos con esto los españoles, andaban a buscar los que se subieron al templo y los que se habían escondido entre los muertos, matando a cuantos podían haber a la mano. Estaba el patio con tan gran lodo de intestinos y sangre que era cosa espantosa y de gran lástima ver así tratar la flor de la nobleza mexicana que allí falleció casi toda.»

Además de las ya mencionadas, existen otras versiones acerca del origen y circunstancias de la llamada *matanza del Templo Mayor*. Según fray Diego Durán, Cortés ya se encontraba en la ciudad para entonces y fue él quien condescendió a la proposición de Alvarado:

«Y así, luego que vino y volvió el marqués a México, como venía tan pujante y tan acompañado de gente, parece que no traía temor ni sobresalto, como hasta allí había tenido. Y así, con esta pujanza, tomó osadía y atrevimiento de condescender con el consejo que don Pedro de Alvarado y los demás le dieron, que fue matar a todos los señores y principales capitanes y grandes señores de México, para lo cual ordenaron una traición, que en buen romance esta historia así la llama, aunque escrita por mano de indios.»

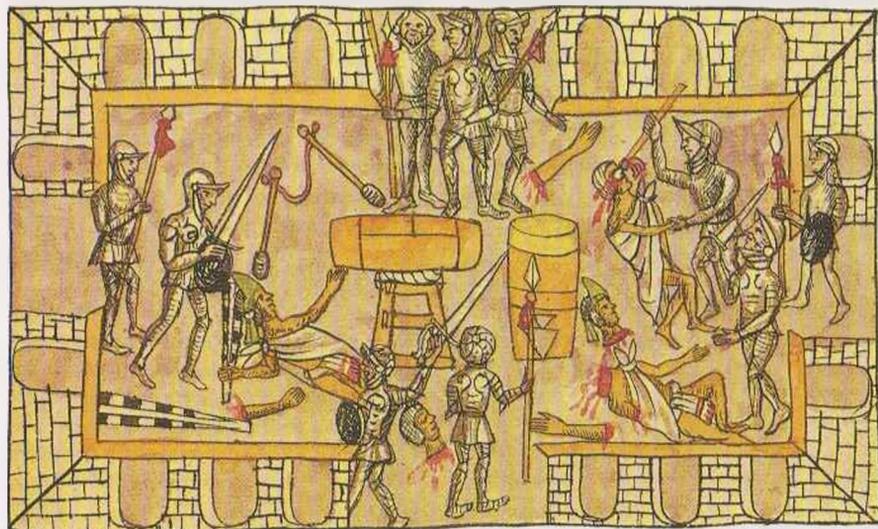
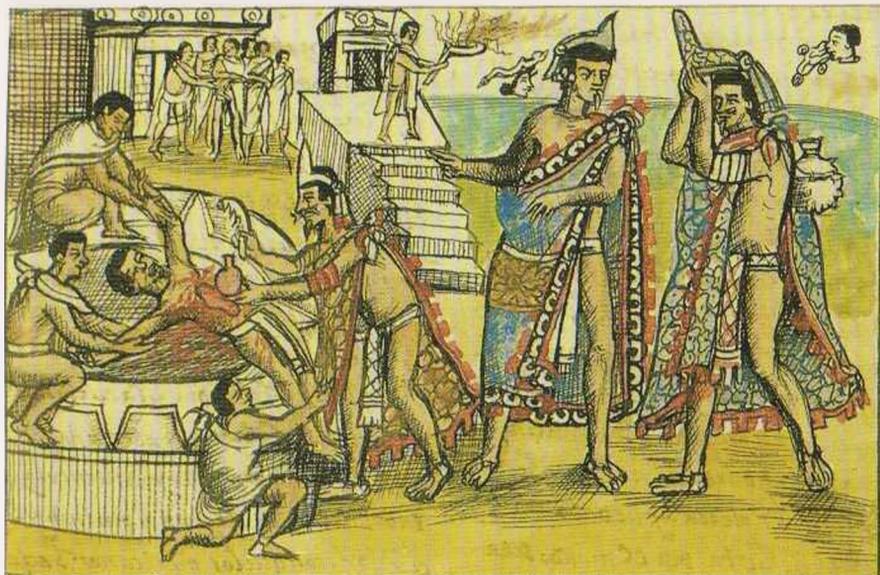
De acuerdo con esta versión indígena, que sigue Durán, Cortés pidió expresamente a Motecuhzoma que participaran en la fiesta de *tóxcatl* «todos los señores y principales de la provincia y todos los más valerosos hombres de ella, porque querían ver y gozar de la grandeza y nobleza de México, y que todos saliesen al baile y *arcito*».

Motecuhzoma, sin malicia, cayó en el engaño. Cuando supo de la matanza, pidió a los guardias que lo matasen, ya que los mexicanos creerían que la traición había sido «cometida por su consejo». Esta versión de Durán puede explicar el silencio de Cortés respecto al crimen atribuido sólo a Alvarado.

Alva Ixtlilxóchitl recoge otra versión de origen tezcocano. Según ella, «ciertos tlaxcaltecas... por envidia, lo uno acordándose que en semejante fiesta los mexicanos solían sacrificar gran suma de cautivos de la nación tlaxcalteca, y lo otro que era la mejor ocasión que ellos podían tener para poder henchir las manos de despojos y hartar su codicia y vengarse de sus enemigos, fueron con esta invención, [del supuesto levantamiento que preparaban los mexicas] al capitán Pedro de Alvarado, que estaba en el lugar de Cortés, el cual no fue menester mucho para darles crédito, porque tan buenos filos y pensamientos tenía como ellos.»

Pedro de Alvarado, en el proceso de residencia que se le tomó, no niega el hecho, pero da como justificación que «los indios lo querían matar», «que la fiesta no era más de pretexto para justificar el alzamiento»; que los indios quitaron la imagen de Nuestra Señora que habían puesto en el templo de Huitzilopochtli y subían de nuevo al ídolo; al reconvenirlos Alvarado, lo hirieron, mataron a un español y se trabó la pelea.

De cualquier manera, Motecuhzoma estaba perdido y los mexicas confederados con los de Tlatelolco se habían decidido por la guerra a muerte contra los españoles.



Los sacrificios humanos fueron el pretexto aducido por los conquistadores para justificar la matanza del templo. Pero ellos, que conocían ya y habían tolerado esta práctica, no fueron menos crueles en su represión de lo que habían sido sus condenados con las víctimas humanas de los sacrificios.

7. Sublevación indígena y muerte de Motecuhzoma

Volviendo a la narración de Cortés, refiere éste la furia incontenible de la lucha, con escuadrones cerrados de indios y cómo las muertes causadas por la artillería, que en cada tiro se llevaban diez o doce hombres, «se cerraba luego de gente, que no parecía que hacía daño alguno». Una vez más, Cortés decide servirse de Motecuhzoma para que este, desde una azotea pida a su pueblo que cese de hacer la guerra. El señor de México lo hizo y allí fue muerto de una pedrada en la cabeza.

El testimonio indígena más expresivo acerca de la muerte de Motecuhzoma es, una vez más, del *Códice Ramírez*:

«En viendo los mexicanos al rey Motecuhzoma en la azotea haciendo cierta señal, cesó el alarido de la gente poniendo todos en gran silencio de escuchar lo que quería decir; entonces el principal que llevaba consigo, alzó la voz y dijo las palabras que quedan dichas [que se sosegasen porque no podrían prevalecer contra los españoles], y apenas había acabado cuando un animoso capitán llamado Cuauhtémoc, de edad de diez y ocho años, que ya le querían elegir por rey, dijo en alta voz: “¿Qué es lo que dice ese bellaco de Motecuhzoma, mujer de los españoles, que tal se puede llamar, pues con ánimo mujeril se entregó a ellos de puro miedo y asegurándonos nos ha puesto a todos en este trabajo? No le queremos obedecer porque ya no es nuestro rey, y como a vil hom-

bre le hemos de dar el castigo y pago”. En diciendo esto, alzó el brazo y, marcando hacia él, disparóle muchas flechas; lo mismo hizo todo el ejército. Dicen algunos que entonces le dieron una pedrada a Motecuhzoma en la frente, de que murió, pero no es cierto, según lo afirman todos los indios...»

Y, más adelante, recoge el anónimo cronista la versión indígena según la cual hallaron a Motecuhzoma «muerto a puñaladas, que le mataron los españoles a él y a los demás principales que tenían consigo la noche que se huyeron».

En el *Códice Moctezuma*, de la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia de México, hay una imagen de Motecuhzoma, en una terraza, con una cuerda atada al cuello sostenida por un español.

Bernal Díaz, quien tuvo por Motecuhzoma admiración, respeto y piedad por su infortunio, escribió acerca de él un excelente retrato:

«Era el gran Montezuma de edad hasta cuarenta años [contaba ya 51 años en 1519] y de buena estatura y bien proporcionado, y cenceño, y pocas carnes, y el color ni muy moreno, sino propio color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas, prietas y bien puestas y ralas, y el rostro alegre, y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor y cuando era menester gravedad; era muy puli-

*to in sus aperturas ocultas, e en el
 nores se salieron y a los pñeros paratus
 a. co. que desolo qz su non bre, suposta
 v a los hon bres por el suelo, como adia k nize*



Capitulo. Lij. Delo de *que vieron a muchas naciones. y de lo que
 y con azto que pido el Rey monte Zumia suel* *muchas de las de las. yan lleto estegran*

La reacción de los aztecas ante la masacre de sus señores fue inmediata (derecha), desencadenándose una sublevación general. Cortés obligó entonces a Motecuhzoma (arriba) a salir a una azotea y ordenar a sus guerreros que se entregaran a los españoles. En este episodio se produjo la muerte del emperador. Mientras una versión afirma que fueron sus propios súbditos quienes lo mataron de una pedrada, otra cuenta que fueron los hombres de Cortés quienes lo asesinaron antes de huir.





do y limpio; bañábase cada día una vez, a la tarde; tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores, puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente que no lo alcanzaban a saber sino alguno de los que le servían. Era muy limpio de sodomías. Las mantas o ropas que se ponía un día, no se las ponía sino de tres o cuatro días. Tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya... y cuando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos y los ojos bajos, puestos en tierra, y no mirarle a la cara, y con tres reverencias que le hacían y le decían en ellas: «Señor, mi señor, mi gran señor», primero que a él llegasen.»

Describe en seguida el protocolo de sus comidas: los braseros de barro puestos bajo cada plato, para que no se enfriasen, el gran número de guisados que le ofrecían: «gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña, y palomas, liebres y conejos, y muchas maneras de aves y cosas que se crían en esta tierra, que son tantas que no las acabaré de nombrar tan presto». Sospecha Bernal Díaz que también le guisaban «carnes de muchachos de poca edad», manjar del que luego prescindió.

Comía en una mesa baja, labrada con oro, cubierta con manteles y servilletas de manta blanca; antes de comer se lavaba las manos. Comía con «pan de tortillas» y lo acompañaban habitualmente cuatro señores viejos, que eran sus deudos y consejeros. Comía también fruta y bebía en copas de oro una bebida de cacao; «decían que era para tener acceso con mujeres». Algunas veces lo distraían chocarreros «que le decían gracias, y otros que le cantaban y bailaban». Al fin de la comida volvía a lavarse, fumaba un poco en unos cañutos con liquidámbar revuelto con tabaco, y dormía una siesta.

Capítulos más adelante describe Bernal Díaz la muerte de Motecuhzoma y la pena que tuvieron por él los españoles:

«Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, y hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, de que fue tan llorado como si fuese nuestro padre, y no nos hemos de maravillar de ello viendo que tan bueno era. Y decían que había diez y siete años que reinaba, y que fue el mejor rey que en México había habido.»

Cortés dispuso que entregasen su cadáver a los capitanes mexicanos y le hicieron un gran llanto. Pero esto no interrumpió el ataque contra los españoles sitiados. La noche siguiente ocurrirá la salida desastrosa a la que se llamará Noche Triste.

La batalla de Otumba (izquierda) supuso el principio del fin del imperio. Los aztecas sufrieron de una vez por todas las consecuencias de la violencia y la crueldad que ellos solían descargar sobre sus pueblos vasallos. Las ansias de venganza que decidieron a tantos indios a luchar al lado de Cortés constituyeron la clave de la victoria española.



III

Cuauhtémoc

1. Cuitláhuac y Cuauhtémoc encabezan la lucha indígena contra los invasores

Después de los días rituales de duelo por Motecuhzoma, el 7 de septiembre de 1520 el consejo eligió *huey tlatoani* a Cuitláhuac, señor de Iztapalapa, quien sería el décimo señor de los mexicas. Su reinado duró un poco más de dos meses, pues, contagiado de viruela, el valeroso iniciador de la defensa de la ciudad de México murió el 25 de noviembre.

Para sustituir a Cuitláhuac fue elegido Cuauhtémoc, «águila que desciende», que era señor de Tlatelolco e hijo de Ahuítzotl, undécimo y último señor de México-Tenochtitlán. Era apenas un joven alrededor de veinte años. Aunque de hecho gobernó desde la muerte de Cuitláhuac, fue entronizado a fines de enero de 1521.

Estos dos capitanes indios —que eran, además, respectivamente, hermano y sobrino de Motecuhzoma— encabezan la nueva decisión indígena de lucha sin cuartel y ya no de renuncia fatalista. Cuando Cortés intenta convencer a los capitanes indios de que cese la pelea, su respuesta es categórica: «que me fuese y que les dejase la tierra y que luego dejarían la

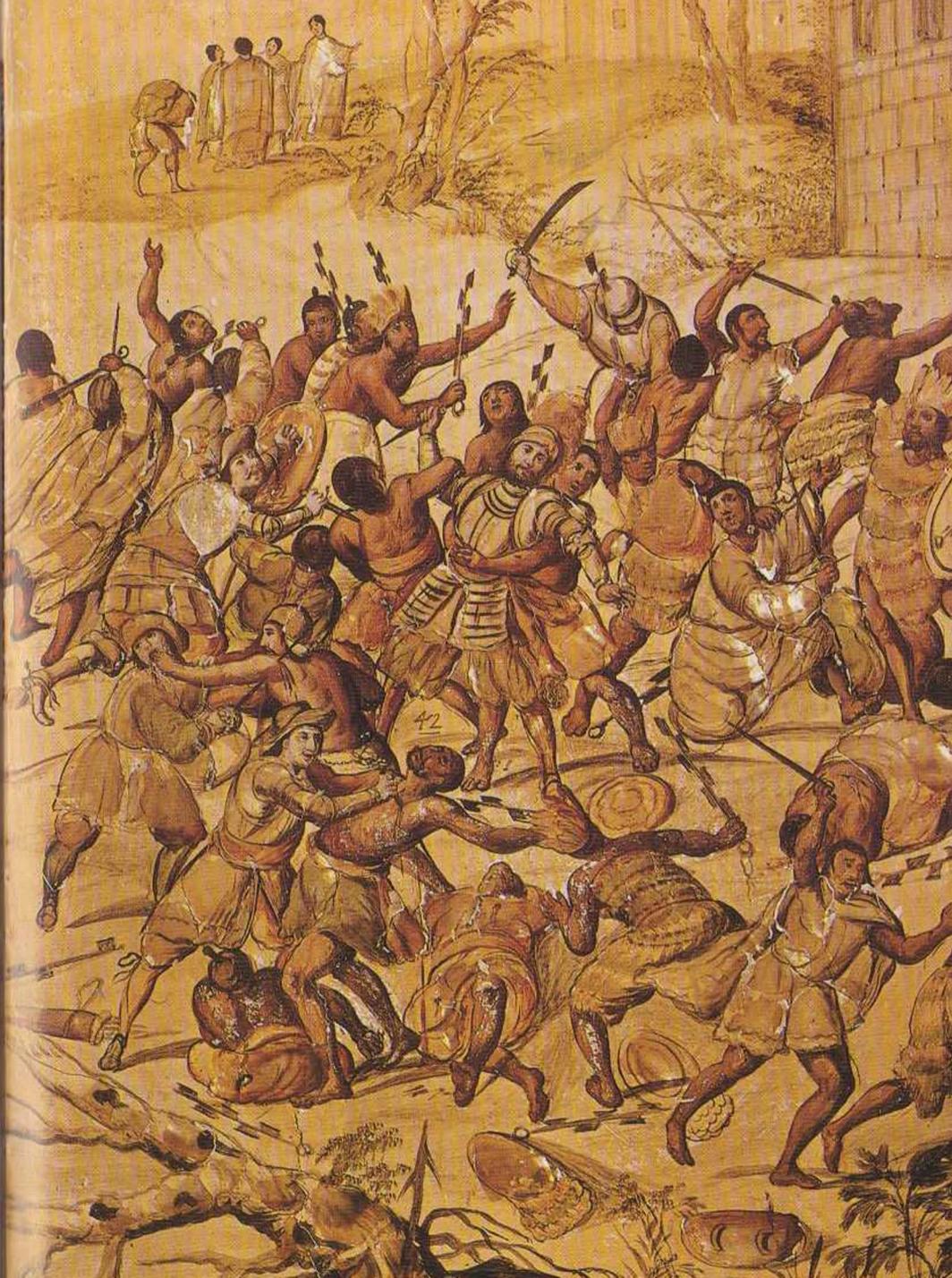
guerra, y que de otra manera, que creyese que habían de morir todos o dar fin con nosotros».

Así era, en efecto. Los indígenas morían por millares, pero iban derrotando una a una las posiciones españolas. La única acción venturosa que registra Cortés es la de haber encabezado la recaptura del Templo Mayor, «aunque manco de la mano izquierda de una herida que el primer día me había dado». Cuando Cortés ascendía trabajosamente aquella larga escalinata casi vertical, refiere Cervantes de Salazar que, reconociendo al conquistador, dos guerreros mexicas se precipitaron del *teocalli* escaleras abajo y, para que su impulso lo arrastrase, «se quisieron abrazar con Cortés, para echarse con él; mas como era hombre de buenas fuerzas, desasióse».

Pese a las superioridad ofensiva de las armas españolas, millares y millares de indios estaban dispuestos a morir con tal de acabar con los invasores. Estos comenzaron a sufrir hambre, ya que los tenían sitiados, y pronto tuvieron que aceptar que no les quedaba otra solución que intentar la huida.

El joven Cuauhtémoc (pág. 82) fue elegido emperador tras el breve reinado de Cuitláhuac. Valiente y enérgico, pronto se mostró muy distinto a Motecuhzoma.

Cortés intentó manejar a Cuauhtémoc como había manejado a Motecuhzoma, pero el azteca se negó a acatar órdenes e intentó apresar al español (derecha). Este, tras zafarse de sus perseguidores, escapó con todos sus hombres, consciente de su inferioridad numérica.



2. La Noche Triste

Los puentes estaban destruidos, sus pasos resguardados y ahondados los vados. Forzados por la situación desesperada y el creciente número de españoles muertos o mal heridos, Cortés decide la salida de la ciudad de México, la noche del 30 de junio de 1520, por la ruta más corta hacia la tierra firme.

Antes de partir, en una sala de palacio donde se guardaba el oro, la plata y las joyas, el capitán entrega simbólicamente el quinto perteneciente al rey a los oficiales, que lo cargan en algunas bestias y *tamemes* tlaxcaltecas. Lo que no pudo cargarse lo llevó encima cada uno, además de lo que se les había repartido, según su ambición. Los más inexpertos y codiciosos se cargaron de oro y el peso los hundiría en el fango. Morirían ricos. Llevó también consigo Cortés a un hijo y dos hijas de Motecuhzoma y a algunos señores indios sobrevivientes. Y cuarenta o cincuenta indios al mando del capitán Magariño, cargaban un puente de madera portátil que se había construido para pasar los canales.

Un soldado, llamado Blas Botello, nigromante, había predicho que si en aquella noche no salían de México, todos perecerían. Entre los muchos que morirían, se contó él, y entre sus papeles hallaron las cifras de sus vaticinios que predecían su propia muerte.

Hacia la medianoche y con lluvia, truenos y granizo, comenzó la retirada por la calzada de Tlacopan. La columna constaba de siete u ocho mil hombres, de los cuales unos mil tres-

cientos eran españoles. La vanguardia, al mando de Gonzalo de Sandoval, y el centro, con Hernán Cortés, la artillería y el tesoro, los prisioneros y las mujeres, lograron más o menos llegar hasta la tierra firme utilizando el puente portátil. La ciudad dormía, pero una mujer desvelada que salió a buscar agua vio la columna y comenzó a dar gritos: «¡Ah, mexicanos, ya vuestros enemigos se van!», y con esto los guardias alertaron a los soldados desde el *cu* de Huitzilopochtli, y empezó el encarnizado ataque en la calzada y por ambos lados de ella. En la cortadura de Tecpantzinco, al fin de la isla (Tacuba y San Juan de Letrán), el puente movable se hundió en el fango que no pudo ser removido y los mexicas lo inutilizaron del todo, por lo que la retaguardia, con Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León, quedó cortada. La cortadura de Toltēcacalli, acabó por llenarse de muertos y despojos y fue el lugar de la mayor matanza.

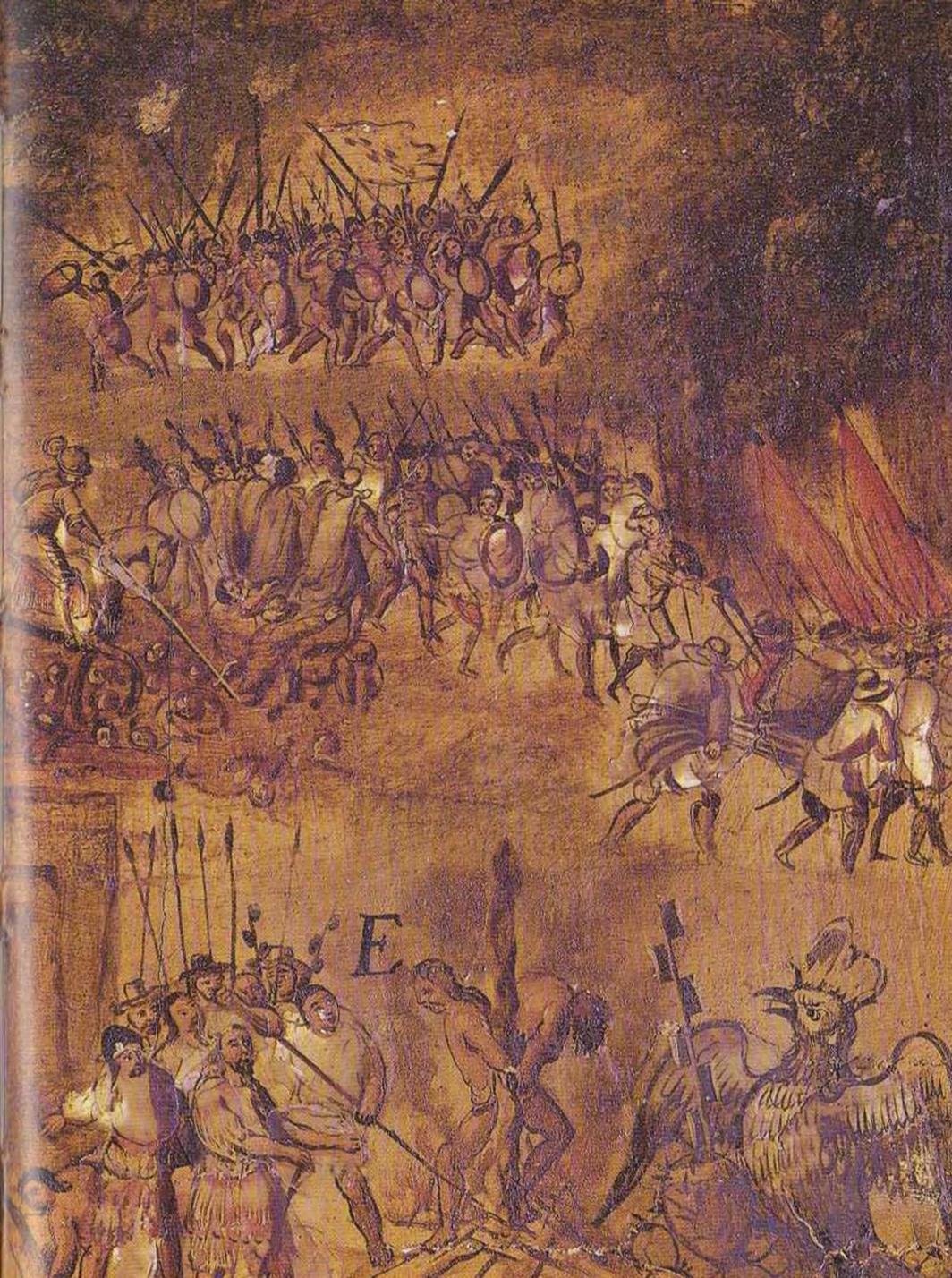
«Para quien vio aquella noche la multitud de guerreros que sobre nosotros estaban y las canoas que de ellos andaban a rebatar nuestros soldados, es cosa de espanto», rememoraré Bernal Díaz. «No había hombre que ayudase y diese la mano a su compañero, ni aun a su propio padre, ni hermano a su propio hermano», recordará fray Francisco de Aguilar. La artillería y el tesoro se habían perdido. De la retaguardia, formada sobre todo con soldados de Narváez, sólo sobrevivieron Alvarado, muy mal herido, y cuatro soldados. Más de



La Noche Triste (arriba). Los españoles huyeron por la noche, procurando pasar inadvertidos, pero cargados de oro. Descubiertos por los centinelas, los aztecas les cortaron la retirada, arrojándoles una lluvia de flechas que provocó una horrible matanza.

La doble página siguiente refleja la versión gráfica del pintor Miguel González sobre la retirada española de Tenochtitlán. Este episodio se realizó de acuerdo con un plan preconcebido por Cortés que aseguraba la protección de sus fuerzas; si derivó en una masacre fue debido al excesivo peso del botín que hombres y bestias transportaban.





ochenta habían perecido, entre los que contaban a Juan Velázquez de León, Francisco Saucedo y Francisco de Morla. Cuando lo supo, a Cortés «se le saltaron las lágrimas de los ojos», cuenta Bernal Díaz, para dar origen a la leyenda del llano al pie del ahuehuate de Popotla. Y el mismo cronista refiere que los supervivientes de la rezaga dijeron que pasaron el tajo del puente destruido «sobre muertos y caballos y petacas, que estaba aquel paso del puente cuajado de ellos», y que, por tanto, no hubo tal «salto de Alvarado».

Según otras versiones, los de la rezaga perecieron no sólo en la huida, pues otros se refugiaron en los cuarteles y fueron sacrificados. Cortés no se refiere a ellos, pero otros cronistas contaron el destino de estos infelices. Un testigo de los hechos, el soldado Alonso de Aguilar, que, vuelto dominico con el nombre de fray Francisco, dictará ya viejo su *Relación breve de la conquista*, recordará los tristes acontecimientos con estas palabras:

«Sucedió que ciertos caballeros e hidalgos españoles, que serían hasta cuarenta, y todos los más de a caballo y valientes hombres, traían consigo mucho fardaje, y el mayordomo del capitán traía mucha cantidad, el cual también venía con ellos; y como venían despacio, la gente mexicana, que eran los más valientes, les atajaron el camino, y les hicieron volver a los patios, en donde se combatieron tres días con sus noches, con ellos, porque, subidos a las torres, se defendían de ellos valientemente; mas, empero, la hambre y la muchedumbre de gente que allí acudió, fue ocasión que todos fuesen hechos pedazos.»

En el *Códice Ramírez* se dice que se quedaron en los cuarteles «por cobardía de no dejar los despojos». López de Gómara niega, con escasa convicción, lo que de ellos se contaba:

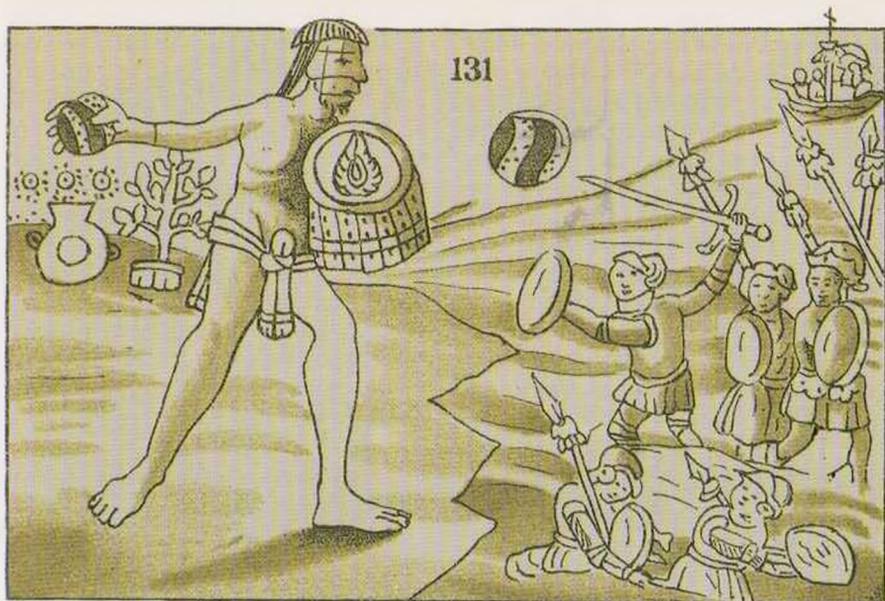
«Que se quedaron más de doscientos españoles en el mismo patio y real, sin saber de la partida; a quien después mataron, sacrificaron y comieron los de México, pues de la misma ciudad no se pudieron salir, cuánto más de una misma casa. Cortés dice que se lo requirieron.»

Cervantes de Salazar cuenta que, siendo imposible salir de la ciudad,

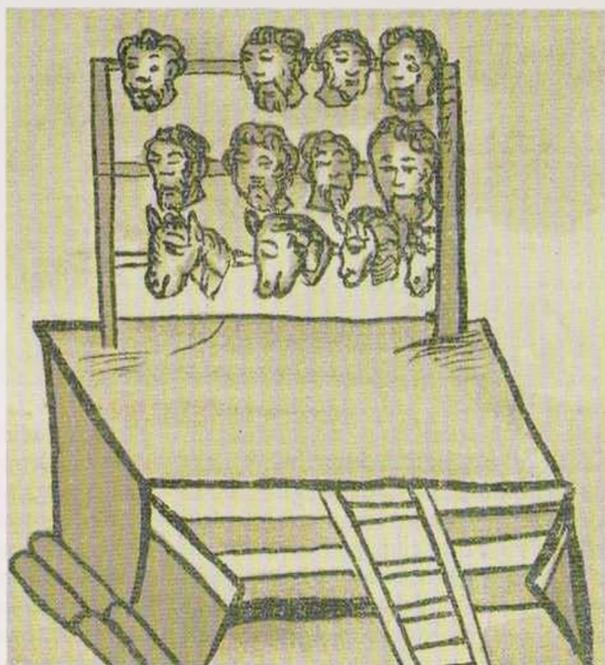
«se habían vuelto cien españoles a fortalecerse en el Templo Mayor; dicen muchos conquistadores que fueron muchos, e que puestos en lo alto pelearon tres días, hasta que de cansados y enflaquecidos de la hambre, se les cayeron las espadas de las manos, teniendo bien poco que hacer los enemigos para matarlos.»

Herrera y Torquemada repiten lo mismo, con idéntica cifra. Y en la entrevista que le hizo Gonzalo Fernández de Oviedo a Juan Cano, en Santo Domingo, 1544, el que fuera quinto marido de Isabel de Motecuhzoma, contó que algunos soldados de Cortés, ignorantes de que se había decidido la salida, quedaron en sus cuarteles, «que eran doscientos e septenta hombres, los cuales se defendieron ciertos días peleando, hasta que de hambre se dieron a los indios».

Estas cifras: cuarenta, más de doscientos, cien, trescientos o doscientos setenta, salvo la primera, parecen excesivas, y es inverosímil lo dicho por Cano: que tantos ignoraran la huida acordada. El número de soldados asignados a la retaguardia es impreciso.



El ataque de los aztecas (arriba) se benefició del factor sorpresa y de una irresistible superioridad numérica. Cortés optó por la única posibilidad razonable que le quedaba: huir renunciando a la lucha para intentar más tarde reagrupar a sus tropas. Los mexicanos no pudieron detenerle, pero se vengaron cruelmente en los suyos. Las cabezas de los españoles que cayeron prisioneros y aun las de sus caballos (derecha) permanecieron expuestas durante días a la vista de los habitantes de Tenochtitlán.



so. Sólo sabemos que se formó sobre todo con soldados de Narváez y que de ellos perecieron «más de ochenta», según Bernal Díaz. Pero, reduciendo las cifras o sin reducirlas, la versión esencial es creíble.

En Tacuba continuó el acoso indígena, pero de alguna manera resistieron los españoles, y en un *cu* y caserío cercano, que después se llamó Nuestra Señora de los Remedios, quedaron hasta la medianoche siguiente. Según el primer balance que hizo Cortés de sus pérdidas en la Noche Triste:

«En este desbarato se halló por copia que murieron ciento y cincuenta españoles y cuarenta y cinco yeguas y caballos, y más de dos mil indios que servían a los españoles, entre los cuales mataron al hijo e hijas de Moteczuma, y a todos los otros señores que traíamos presos.»

(Luego se aclarará que de las hijas de Motecuhzoma sólo murió doña Ana). Mas otros cronistas e historiadores propondrán cifras de pérdidas mayores. He aquí el resumen de estas diferentes estimaciones:

	españoles	indios	caballos
Cortés, Segunda carta	150	2.000	45
Probanza de c. 1520	200	2.000	56
Vázquez de Tapia, Proceso de Alvarado, VII respuesta	600		80
Vázquez de Tapia, Residencia de Cortés, III respuesta	800		
Juan Cano: Oviedo, lib. XXXIII, cap. LIV	1.170	8.000	
López de Gómara, cap. CIX	450	4.000	46
Bernal Díaz, cap. CXXVIII	870		
Sahagún (1585), lib. XII, cap. XXIV	300	2.000	
Muñoz Camargo, lib. II, cap. VI	450	4.000 (tlaxc.)	
Herrera, déc. II.ª lib. X, cap. XII y Torquemada, lib. IV, cap. LXXII	290	4.000	45/46
Alva Ixtlilxóchitl, <i>Historia chichimeca</i> , cap. LXXXVIII	450	4.000 (amigos)	

Los supervivientes estaban heridos, molidos, enlodados y hambrientos y no sabían a dónde dirigirse, pero los tlaxcaltecas continuaron salvándolos. La ruta que eligieron para llevarlos a Tlaxcala bordeaba los lagos hacia el norte, hasta llegar a Cuauhtitlan, Citlaltépetl y Zumpango, luego seguía hacia el oriente por Otumba, y

en Apan descendía al sur hasta Hueyotlipan, en que ya entraban a tierras tlaxcaltecas.

Cortés organizó como pudo su menguado y quebrantado ejército. El ataque indio volvió a cobrar fuerza y, sobre todo en Otumba, el combate fue tan terrible que, dice Cortés, «cierto creíamos ser aquél el último



La alianza con los tlaxcaltecas (arriba), viejos enemigos de los aztecas, apareció, a los ojos de Cortés y de sus diezmadadas tropas, como el último recurso. Solamente su ayuda permitió al español levantar un nuevo ejército para intentar la definitiva toma de Tenochtitlán.

de nuestros días, según el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban». Pero los españoles lograron abatir al jefe de las tropas indígenas, el *cihuacóatl*, y arrebatarle su estandarte, y la acción se decidió a su favor. Al fin, el 8 de julio, llegaron a tierras tlaxcaltecas.

Orozco y Berra afirma con razón que fue un error táctico de los mexicas y tlatelolcas, después de la Noche Triste, el no haber perseguido a los españoles hasta exterminarlos, lo cual

hubiera sido posible. Y explica que, como lo dicen los Informantes de Sahagún, en lugar de aquello, se ocuparon en «recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro que llevaba el bagaje», hasta limpiar del todo las acequias. La acometida en Otumba, días más tarde, fue sólo una feroz escaramuza y no una puntilla eficaz, que estaba en sus manos. En fin, así fueron los duros hechos, contra los que nada pueden las suposiciones.

3. Recursos y preparativos de los mexicas y tlatelolcas

Los tres señores de la Triple Alianza, Cuauhtémoc, Coanácoch y Tetlepanquétzal, lograron reunir en México alrededor de 300 mil hombres y miles de canoas para afrontar el sitio. Fortalecieron la ciudad cuanto era posible, aumentaron las cortaduras de las calzadas y las fortificaciones y acopiaron víveres, armas y proyectiles. Sin embargo, desde el principio del encuentro decisivo, sabían que su causa estaba perdida.

Los pueblos más importantes, Tlaxcala, Huejotzingo, Cholula y Chalco se habían pasado al enemigo con gran número de soldados. En Tezcoco, dos hermanos disputaron el poder; Coanácoch tomó el partido de los indios y fue a pelear al lado de Cuauhtémoc, e Ixtlilxóchitl prefirió la causa de los españoles con excesivo entusiasmo sólo comparable al de los señores tlaxcaltecas. Pero, al parecer, los mayores recursos quedaron a Ixtlilxóchitl quien contribuyó al ejército de Cortés con miles de soldados, labradores para «aderezar puentes y otras cosas necesarias», así como 16 mil canoas. Los señores que defendían la ciudad de México mandaron reprender al tezcocano «porque favorecía a los hijos del Sol, y era contra su propia patria y deudos». Y —según su descendiente Fernando de

Alva Ixtlilxóchitl, empeñado en realzar la ayuda que los tezcocanos dieron a los españoles— él les respondió «que más quería ser amigo de los cristianos que le traían la luz verdadera, y su pretensión era muy buena para la salud del alma, que no ser de la parte de su patria y deudos».

Los pueblos de los chinampas, los de Xochimilco, Churubusco, Mexicaltzingo, Mixquic, Cuitláhuac, Izta-palapa y Coyoacán, que al principio combatieron valerosamente a los españoles, y al comienzo del sitio continuaban ayudando secretamente a la ciudad, acabaron también por darle la espalda y ofrecerse como aliados de los invasores y luchar contra los sitiados.

Sólo quedaban, pues, en la ciudad-isla los mexicas y tlatelolcas, abandonados por sus antiguos aliados y súbditos, que uno a uno prefirieron seguir al más fuerte.

Con evidente insidia, cuenta el historiador tezcocano antes citado que, visto el gran poder de los españoles y sus aliados, Cuauhtémoc y los otros dos señores de la Alianza «tornaron a requerir a los mexicanos que se diesen de paz, porque estaba muy conocido que serían vencidos», y que a ello les respondían «que más querían morir y defender su patria que ser

La ciudad se preparaba para la batalla. En las grandes pirámides (derecha) no cesaban los sacrificios. Los sacerdotes invocaban al cielo, suplicaban a los dioses que les concedieran la victoria final. Pero las profecías del pasado iban a cumplirse. La suerte estaba echada.



esclavos de los hijos del Sol, gente cruel y codiciosa».

Como también en la historia hay bandos y parcialidades, merece notarse que, de los cronistas indígenas o mestizos que se ocuparon de la conquista, sólo dos de ellos, el indígena anónimo que escribió la *Relación de Tlatelolco*, de 1528, y los informantes indígenas de Sahagún, en sus tres versiones de la conquista, también de origen tlatelolca, escribieron en favor de la causa india. Con excepción de algunos poetas que tocaron el tema, no hay historiadores mexicas que hayan narrado el sitio de México. Dos historiadores mestizos que escribie-

ron años más tarde, Diego Muñoz Camargo y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, narran los acontecimientos desde el punto de vista de sus pueblos, Tlaxcala y Tezcoco, respectivamente, y con el propósito de exaltar la importancia de la ayuda que dieron a los conquistadores. Cristóbal del Castillo, conocido historiador indio de origen tezcocano, sin hacer referencia al sitio de México sino a otros acontecimientos anteriores, resume las malas relaciones de los mexicas con sus súbditos y aliados en esta frase: «Ningunos ciudadanos los ayudaron a los mexicanos por causa del odio que les tenían».

En las calles de Tenochtitlán la muchedumbre también se preparaba para la guerra, ejecutando las tradicionales danzas de exaltación militar (debajo), propiciatorias de la victoria. Pero los arrogantes aztecas se habían quedado solos. Sus propios hermanos, a los que habían maltratado y humillado tantas veces, marchaban ahora sobre ellos.



Capítulo. Un delis solenes beasoria llama mar. A todos los se mas y unques



4. El sitio

En los últimos días de mayo, los sitiadores cortan el acueducto que traía de Chapultepec el agua dulce a la ciudad, y el día último del mes se inicia la lucha con el asalto a Iztapalapa, donde combaten por tierra la guarnición de Sandoval y por agua Cortés con los bergantines. Comprueban la eficacia de la nueva arma pues logran desbaratar una flota que pasaba de quinientas canoas. Las naves españolas se alinean junto a las dos torres del fuerte de Xólotl que, situado cerca de la confluencia de los ramales de las calzadas que iban a Coyoacán y a Iztapalapa, protegía la entrada a la ciudad. Apoyados por los soldados de tierra, luchan reciamente con los mexicas hasta ganar aquel fuerte, que por un tiempo será el real del ejército y la armada de Cortés. Posesionándose de este punto estratégico, los españoles impedían la comunicación de Tenochtitlán, por tierra, con los pueblos que se hallaban situados al sur de los lagos.

El combate se generaliza con los indígenas de Coyoacán:

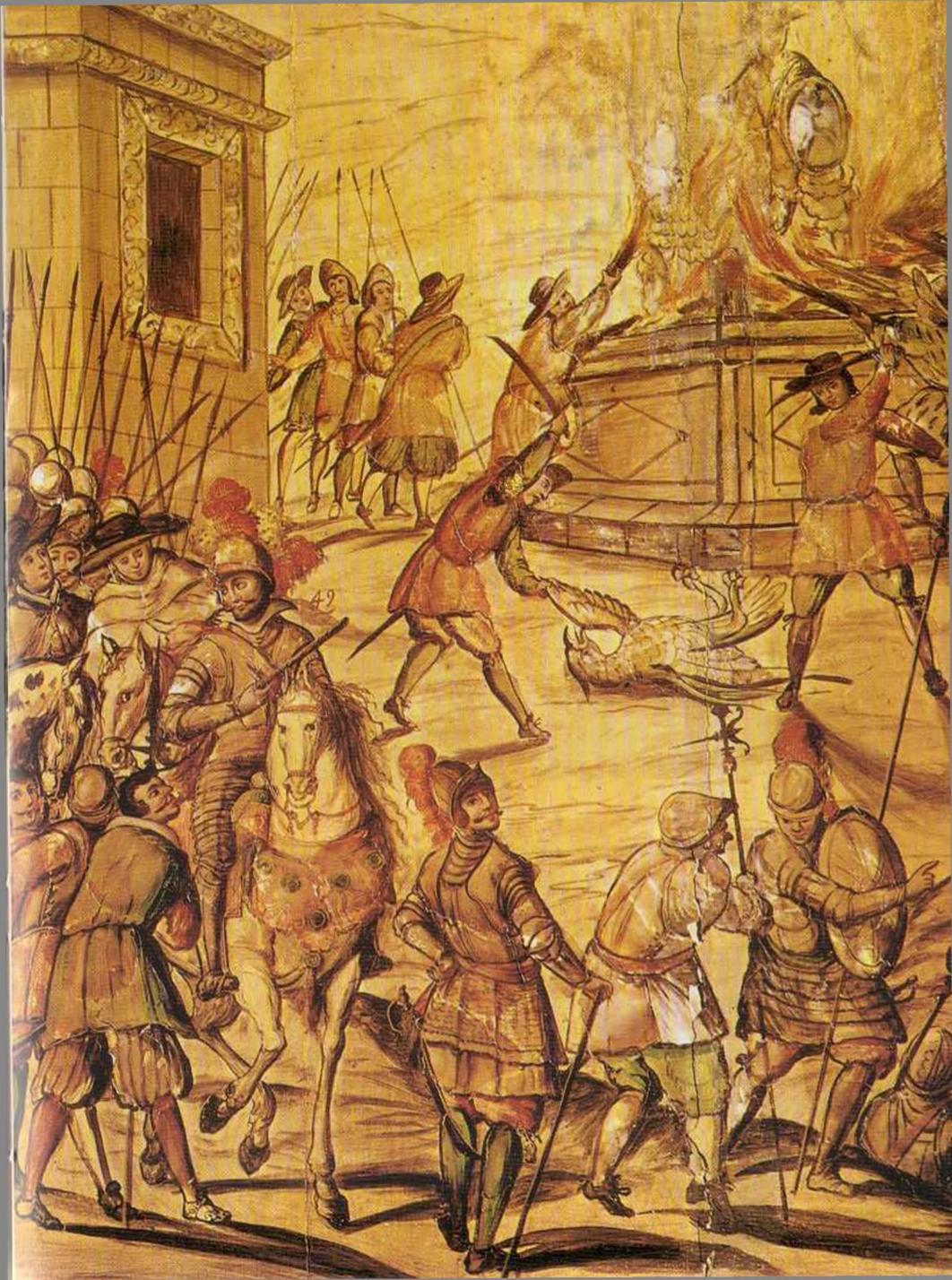
«Y era tanta la multitud, que por el agua y por la tierra no veíamos sino gente, y daban tantos gritos y alaridos que parecía que se hundía el mundo.»

Cortés comprende luego que necesitaba los bergantines a ambos lados de las calzadas del sur. Ampliando una cortadura hace pasar cuatro de

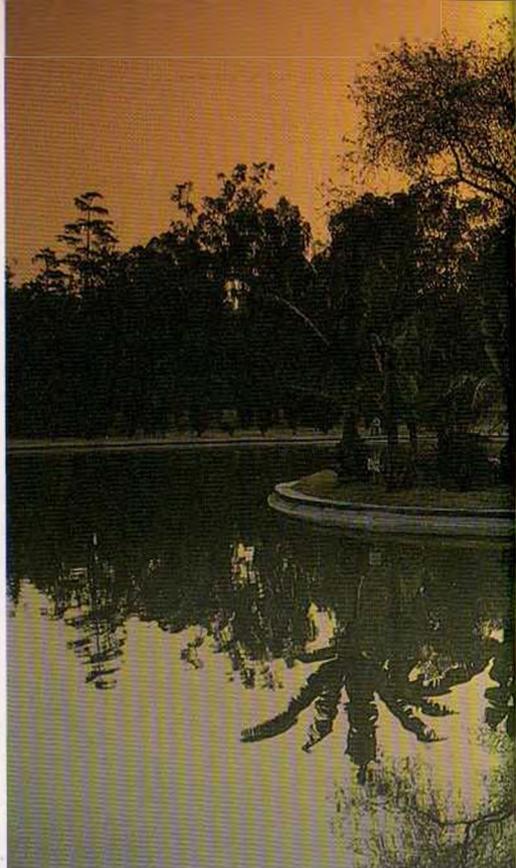
ellos al lado poniente; posteriormente asignará tres a cada uno de los reales capitaneados por Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval. Alvarado informa a Cortés que, por las calzadas del norte aún no resguardadas, «los de Temixtitan entran y salían cuando querían», y aunque Sandoval estaba herido («los contrarios le atravesaron un pie con una vara»), lo envía para que proteja las salidas por la calzada de Tepeyácac. Con ello, Tenochtitlán estaba completamente aislada y rodeada, y se iniciaron entonces las penetraciones por cada una de las calzadas, con acciones combinadas por tierra y agua.

A pesar de su aislamiento, la reacción de los mexicas y tlotelolcas sitiados es enérgica y astuta, y procuran principalmente dañar los bergantines, atrayéndolos a puntos estacados del lago, y aislar grupos de enemigos en los cortes de las calzadas. En un encuentro importante, ocurrido a principios de junio, los soldados de la guarnición de Cortés logran vencer a los indios que defendían un corte hecho en la calzada de Iztapalapa, reparan la continuidad del paso y, a pesar de la decisión con que pelean los defensores, los españoles logran entrar a la plaza mayor de la ciudad. Sin embargo, al caer la tarde, no permanecen allí y, peleando a cada paso, retroceden por la calzada hasta su real

Durante el asedio de Tenochtitlán (derecha), la táctica de Cortés no se limitó a cortar todas las vías de abastecimiento de la ciudad. Sus hombres procuraron también minar la moral de los sitiados, destruyendo ante sus ojos todos los ídolos y símbolos que encontraban.



El parque de Chapultepec (derecha) es uno de los pocos reductos que han sobrevivido a la desecación de la laguna sobre la que una vez se asentó Tenochtitlán. El peculiar emplazamiento de la capital azteca, rodeada de agua, determinó el carácter del asedio dirigido por Hernán Cortés. Los españoles tendieron puentes hacia la ciudad desde la orilla del lago y armaron bergantines para navegar junto a las murallas. Las tropas concentradas en las embarcaciones apoyaban a las que luchaban en los puentes y destruían e incendiaban las defensas a las que conseguían acercarse. Pero los mexicanos resistieron encarnizadamente un ataque tras otro. Todos ellos, mujeres y niños también, hicieron honor al legendario valor de los guerreros aztecas.



en el fuerte de Xólotl. Alvarado y Sandoval, desde sus puestos, hacen incursiones semejantes, pero aún no pueden ofrecer un frente común.

Día tras día se suceden las entradas a la ciudad, cada vez más profundas, y los cortes y reparaciones de las calzadas, en las que se combate ferozmente. Cortés hace derrocar los ídolos del Templo Mayor y poner fuego a los palacios, donde se había aposentado en su primera llegada a Tenochtitlán, así como a la casa que albergaba el jardín zoológico.

«Y aunque a mí me pesó mucho de ello —comenta—, porque a ellos les pesaba mucho más, determiné de las quema, de que los enemigos mostraron harto pesar.»

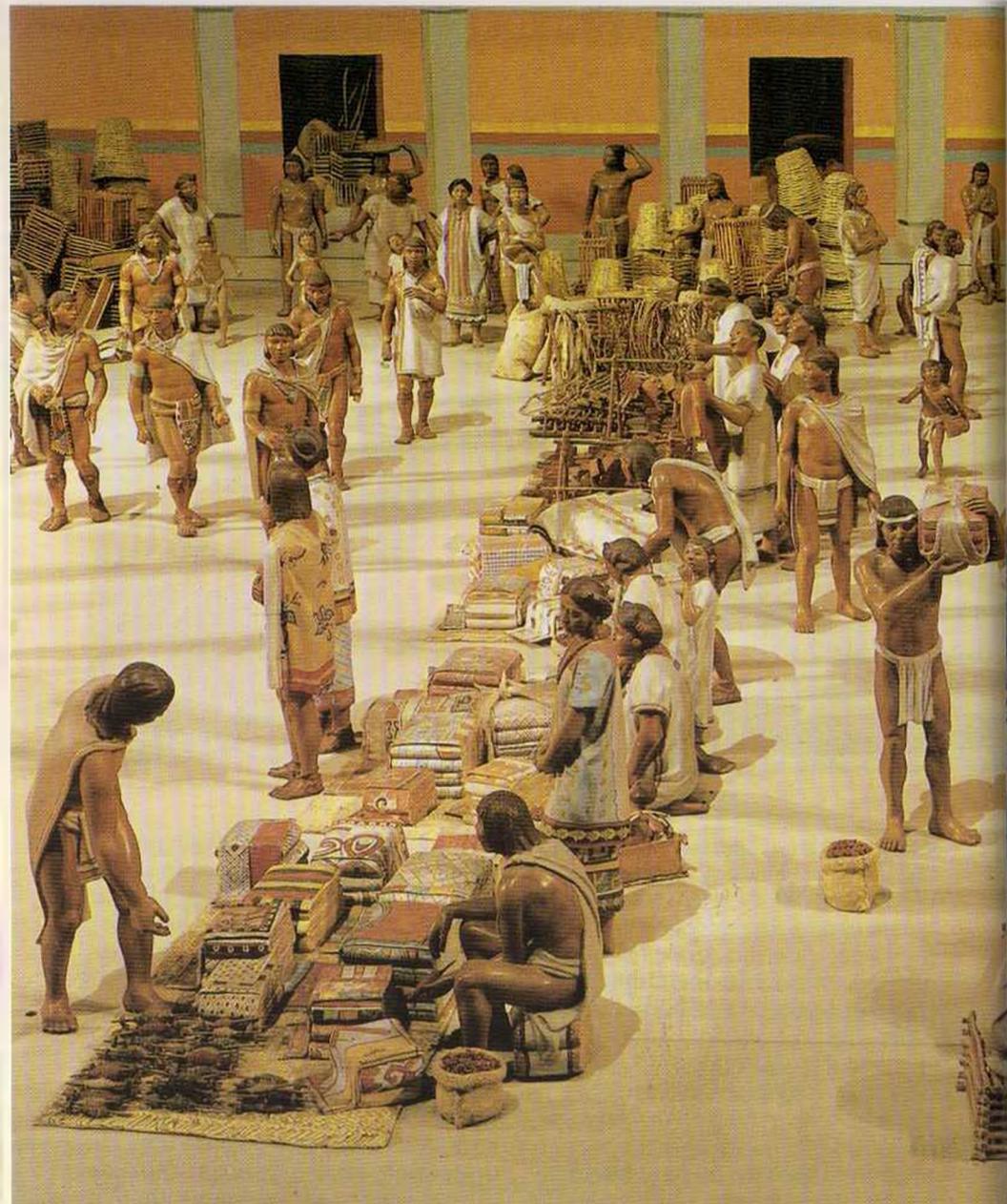
Pedro de Alvarado, por el lado de Tacuba, logra ganar algunos puentes, pero en una ocasión los indígenas consiguen cortar la calzada y aislar a un grupo del que toman varios prisioneros que luego son sacrificados.

La ciudad de México-Tenochtitlán era asaltada cada día por sus calzadas de acceso, y los bergantines, además



de apoyar las acciones de los sitiadores, iban asolando y quemando las construcciones de la ciudad. Sin embargo, los sitiados conservaban un punto fuerte e intacto, en el que tenían provisiones: el mercado de Tlatelolco, al noroeste de la ciudad. Era, pues, preciso tomarlo. Cortés da instrucciones a Alvarado y a Sandoval para que concierten sus acciones en este objetivo, y los previene expresamente de que «en ninguna manera se alejasen ni ganasen un paso sin lo dejar primero ciego y aderezado». La

fecha convenida para la acción resulta fatidica, es el 30 de junio de 1521, aniversario de la Noche Triste. En los alrededores de Tlatelolco había calles estrechas, cruzadas por muchos canales y puentes. Cortés, que ya oye cerca el estruendo de los soldados de Alvarado, se adentra en una calle en la que había un extenso corte mal cegado. No bien lo había cruzado, cuando una estampida de españoles en huida se le echa encima, trata de detenerla y auxiliar a los que caían en el agua, pero todo es confusión. Ya



tenían asido a Cortés varios guerreros indios cuando logra rescatarlo Cristóbal de Olea, quien salva a Cortés por segunda vez después de la escaramuza de Xochimilco, pero que en esta ocasión perecerá. Luego aparece Antonio de Quiñones, jefe de su guardia personal, quien consigue sacar al conquistador, contra su voluntad, de la refriega y salir con él a la calzada de Tacuba. Presume Cortés y se jacta de que: «en este desbarato mataron los contrarios treinta y cinco o cuarenta españoles, y más de mil indios nuestros amigos, e hirieron más de veinte cristianos, y yo salí herido de una pierna; perdióse el tiro pequeño de campo que habíamos llevado y muchas ballestas y escopetas y armas».

Bernal Díaz del Castillo, que estaba entre los soldados de Pedro de Alvarado, cree que fueron 78 los españoles muertos, y añade que los indios les mostraban las cabezas de españoles sacrificados, y a ellos les decían que eran las de «Malinche y Sandoval», y a los soldados de Cortés decían que eran las «del Tonatío, que es Pedro de Alvarado, y Sandoval y la de Bernal Díaz y de otros *teúles*, y que ya nos habían muerto a todos los de Tacuba».

Cuando al fin de la refriega se reúnen los capitanes, vienen las recrimi-

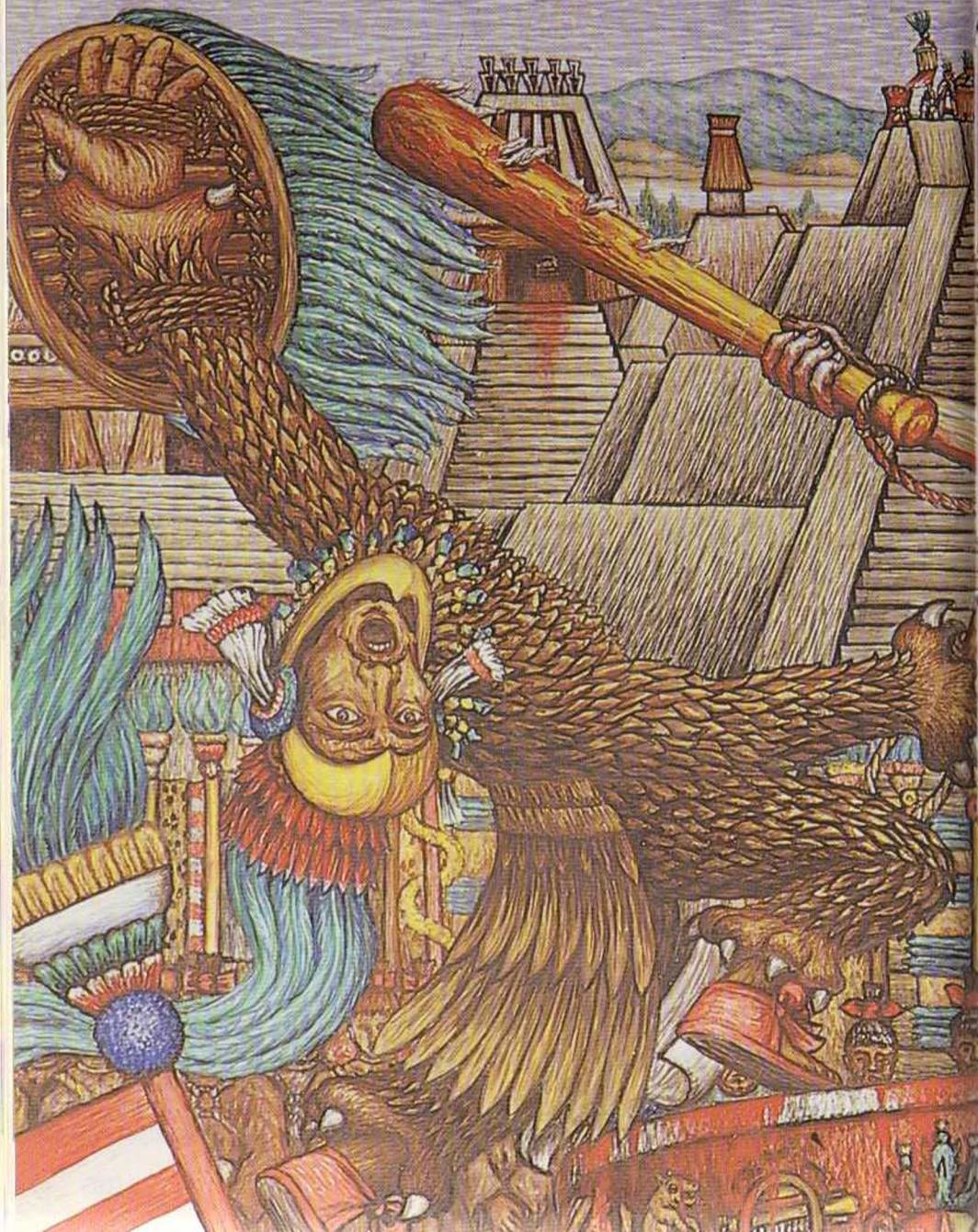
naciones. Sandoval reprocha a Cortés su imprevisión. Este, «saltándosele lágrimas de los ojos», dice a Sandoval, a quien llama hijo, que el culpable es el tesorero Julián de Alderete al que encomendó que «cegase aquel paso donde nos desbarataron y no lo hizo». Pero Alderete, que está presente, replica, por su parte, que «el mismo Cortés tenía la culpa y no él, y la causa que dio fue que como Cortés iba con victoria, por seguirla muy mejor, decía: “Adelante, caballeros”, y que no les mandó cegar puente ni paso malo». Cortés no consignará ninguno de estos pormenores.

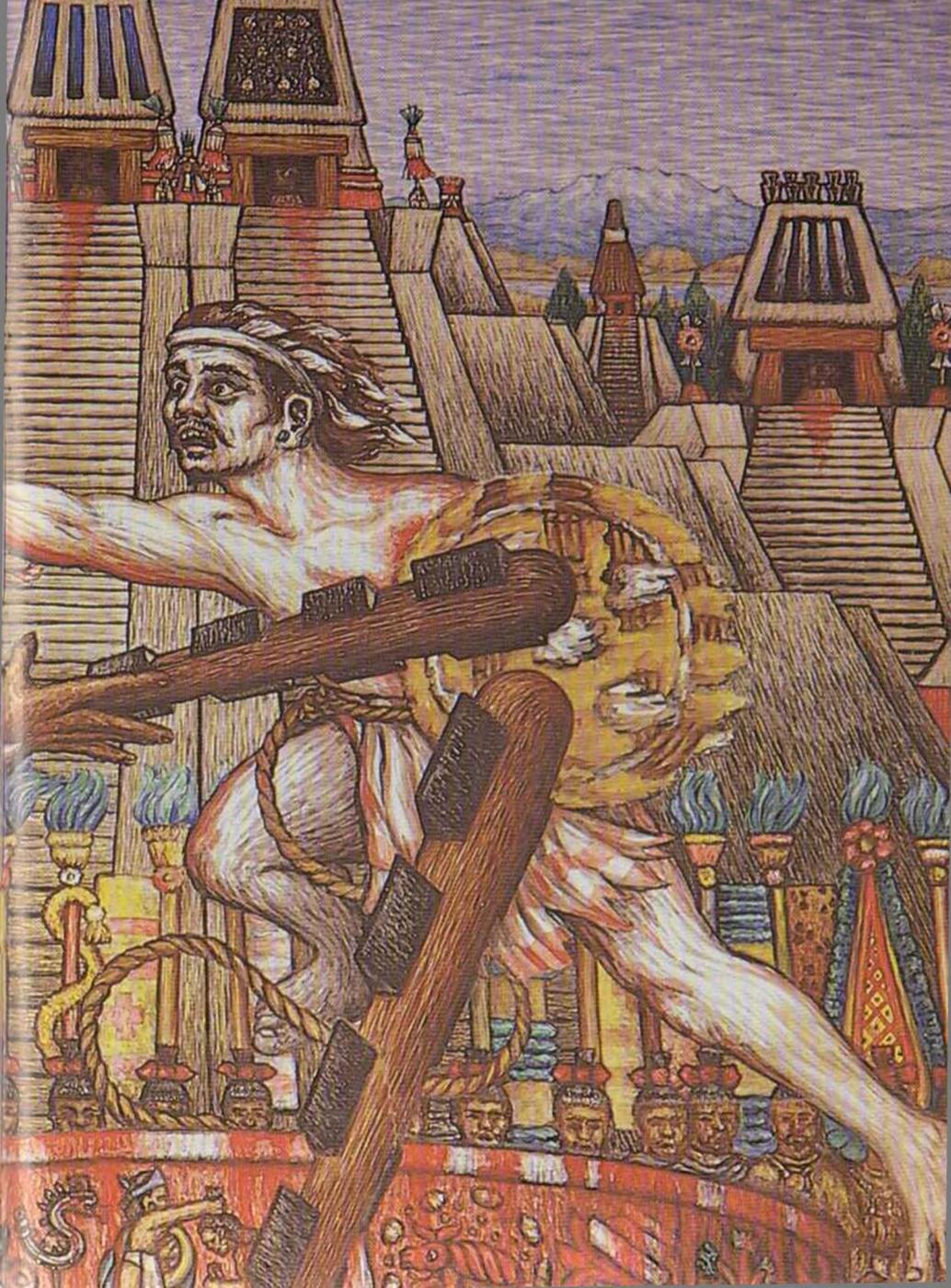
Aquella victoria dio a los mexicas nuevos ánimos. Noche y día «los de la ciudad hicieron muchos regocijos con bocinas y atabales» y volvieron a abrir sus «calles y puentes del agua como antes los tenían»; sin embargo, era sólo una breve tregua y el sitio y el acoso se mantenían.

Durante estos días de reposo, Cortés envía dos destacamentos, a cargo de Andrés de Tapia y de Gonzalo de Sandoval, para sujetar a los indios de Malinalco, que atacaban a los ya aliados de Cuernavaca, y contra los de Matlatzinco. Ambos pueblos, en los que Cuauhtémoc tenía parientes, proyectaban venir en socorro de los sitiados y atacar por la retaguardia a los españoles.

El mercado de Tlatelolco (izquierda), el más importante de Tenochtitlán, se fue quedando vacío. Esta circunstancia hizo más mella en los sitiados que las acciones de los españoles. Al final, los aztecas se rendirían solamente al hambre.

La auténtica cara de la guerra (doble página siguiente) se nos muestra de nuevo gracias a las pinturas de Xochitiotzin. Los españoles apenas superaban el centenar. Ellos solos jamás habrían podido tomar Tenochtitlán. Los aztecas fueron vencidos por guerreros de su propia raza, dispuestos a tolerar cualquier autoridad antes que la suya.





5. Últimas defensas, prisión de Cuauhtémoc y fin de la guerra

Estos días, además, permitieron a Cortés adoptar una nueva táctica que apresurara la toma de la ciudad sitiada. Para «más estrechar a los enemigos», decidió ir destruyendo y asolando todas las casas de los terrenos que había conquistado, «y lo que era de agua hacerlo tierra firme, aunque hubiese toda la dilación que se pudiese seguir».

Las refriegas continuaban día tras día y el hambre iba debilitando a la

indómita población india. De noche salían a buscar raíces y hierbas, y en una ocasión, al alba, los soldados españoles atacaron a las mujeres y a los muchachos inermes. Cortés lo refiere, insensible ante la miseria y la crueldad inútil, y cínico ante la antropofagia de sus aliados:

«Como eran de aquellos más miserables y que salían a buscar de comer, los más venían desarmados y eran mujeres y muchachos; e hicimos

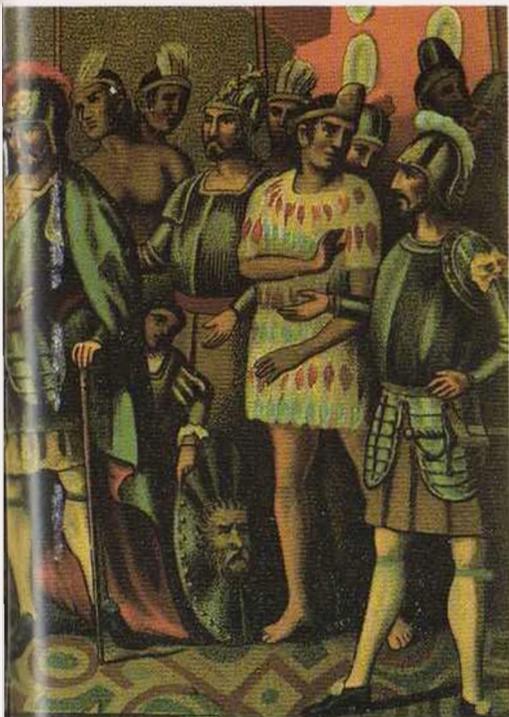


tanto daño en ellos por todo lo que se podía andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de ochocientas personas, y los bergantines tomaron también mucha gente y canoas que andaban pescando, e hicieron en ellas mucho estrago. Y como los capitanes y principales de la ciudad nos vieron andar por ella a hora no acostumbrada, quedaron tan espantados como de la celada pasada, y ninguno osó salir a pelear con nosotros; y así nos volvimos a nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos.»

La penetración de la ciudad sigue avanzando. El día siguiente al de la hazaña contra las mujeres y los mu-

chachos, los españoles logran tomar toda la calzada de Tacuba, y la gente de Cortés puede ya comunicarse con la de Alvarado, y ese mismo día quemaron el palacio de Cuauhtémoc. Para entonces, 24 de julio, los sitiadores son ya dueños de las tres cuartas partes de la ciudad.

Cada día hay una nueva matanza y algún progreso. A fines de julio, la gente de Cortés vio humo que salía de las pirámides de Tlatelolco: eran los soldados de Alvarado que incendiaban los remates de aquellos templos, aunque no lograron tomar el inexpugnable mercado de Tlatelolco. Cortés se encuentra con Alvarado y



El bautismo de Cuauhtémoc (izquierda) simbolizó la capitulación definitiva de los aztecas ante el ejército de Cortés. El sitio había sido terrible para los habitantes de Tenochtitlán. Todos los intentos de sus aliados por restablecer los suministros de la ciudad fracasaron estrepitosamente. Cuando la situación se hizo insostenible, Cuauhtémoc rindió la ciudad, entregándose a los españoles. En un intento por evitar a su pueblo las terribles represalias que se avecinaban, ofreció, como garantía de sus intenciones y testimonio de su docilidad, ser bautizado.

suben a lo alto del templo recién ganado. Calcula entonces que tienen ganadas las siete octavas partes de la ciudad, y le parece inconcebible que tanto número de los defensores subsista en tan breve espacio, en casas sobre el agua.

«Y sobre todo —se conmueve por un momento— la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles, acordé de los dejar de combatir por algún tiempo y moverles algún partido por donde no pereciese tanta multitud de gente; que cierto me ponían en mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacía, y continuamente les hacía acometer con la paz; y ellos decían que en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase había de morir peleando.»

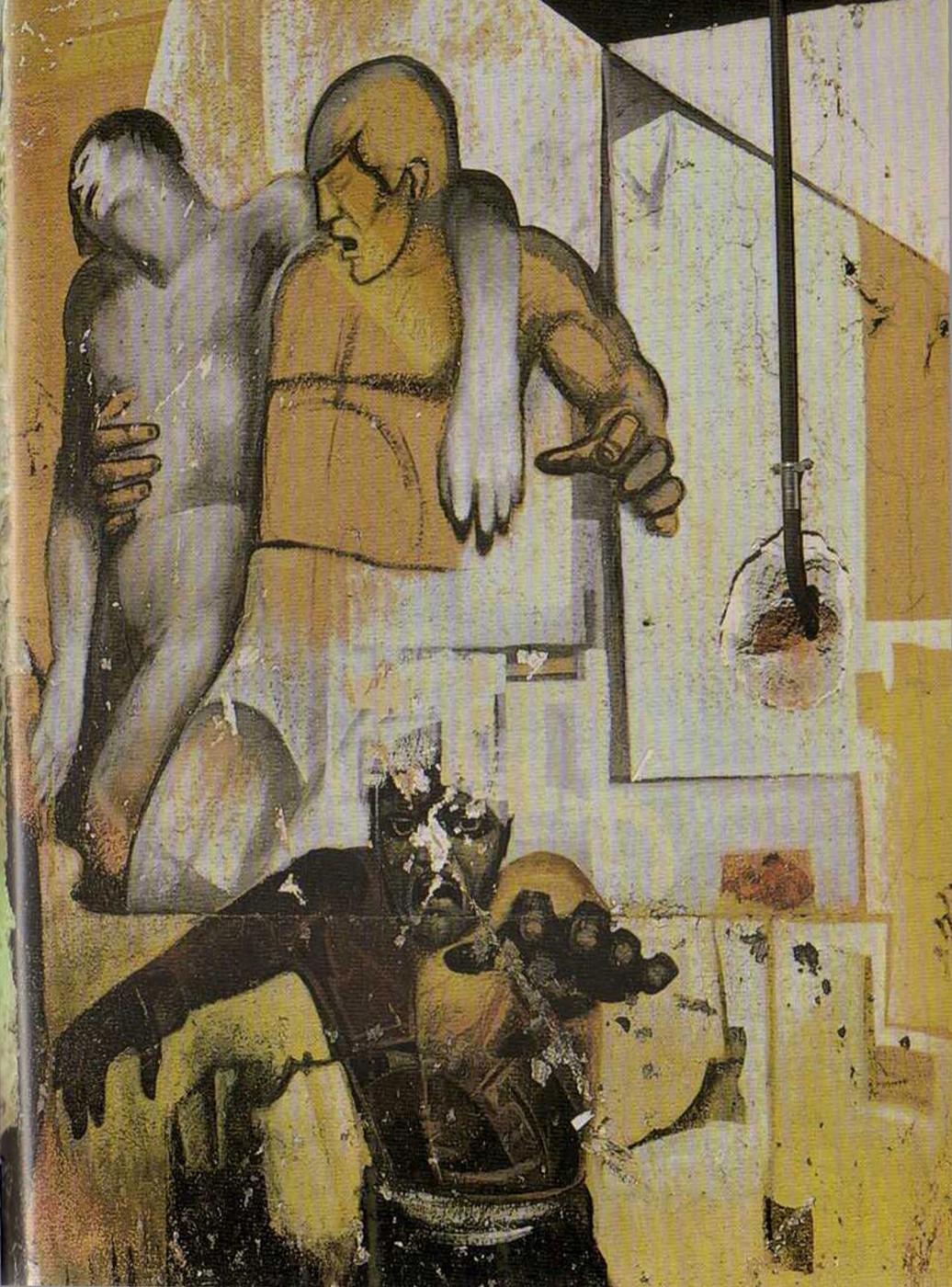
Son las mismas trágicas y heroicas imágenes del hambre y de la matanza de los defensores de su ciudad en este último reducto de Tlatelolco, que conservó el anónimo relator indio del manuscrito de 1528, y se divulgaron en la *Visión de los vencidos*, de Miguel León-Portilla y Angel María Garibay. Cortés volverá a ellas líneas más adelante: «Hallamos las calles por donde íbamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable, que se morían de hambre, y salían traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver». Pero el conquistador andaba ocupado en la fabricación de un «trabuco» o torre de asalto para abatir los reductos aún

existentes, que al fin no funciona, y sigue adelante el avance y matanza de prisioneros.

Inconforme con la diaria carnicería que parecía no tener fin, Cortés dice que intenta una y otra vez persuadir a los indígenas de rendición, y la respuesta que obtiene son burlas y repetirle que «no querían sino morir». Trata también de hablar con Cuauhtémoc, quien no acepta y engaña y burla a Cortés, acaso porque el señor de México temía quebrantar su decisión de defender su ciudad hasta la muerte. Los indios que aún peleaban tenían que andar sobre cadáveres y carecían de armas; los niños y las mujeres eran apresados y matados por millares; la crueldad y ferocidad de los aliados tlaxcaltecas contra los mexicas, para robar sus bienes y comer sus despojos, se había vuelto incontrolable; el hedor de los muertos no se podía sufrir; no había ya casas habitables y se decía «que el señor de la ciudad andaba metido en una canoa con ciertos principales».

Cuando ya no quedaba en tierra reducto para los indios, los bergantines persiguen por el lago las canoas. García Holguín, capitán de un bergantín, logra apresar la piragua en que iban Cuauhtemotzin, Coanacohtzin y Tettlepanquetzaltzin, señores de México, Tezcoco y Tlacopan, y otros señores. Los tres señores vestían mantas de maguey, muy sucias, sin ninguna otra insignia. Junto con su jefe Sandoval, García Holguín los llevó ante Cortés, que se encontraba en

La imagen del sufrimiento y la muerte (derecha) atormentó los ojos de miles de héroes anónimos que lucharon hasta la extenuación durante el cruel asedio.





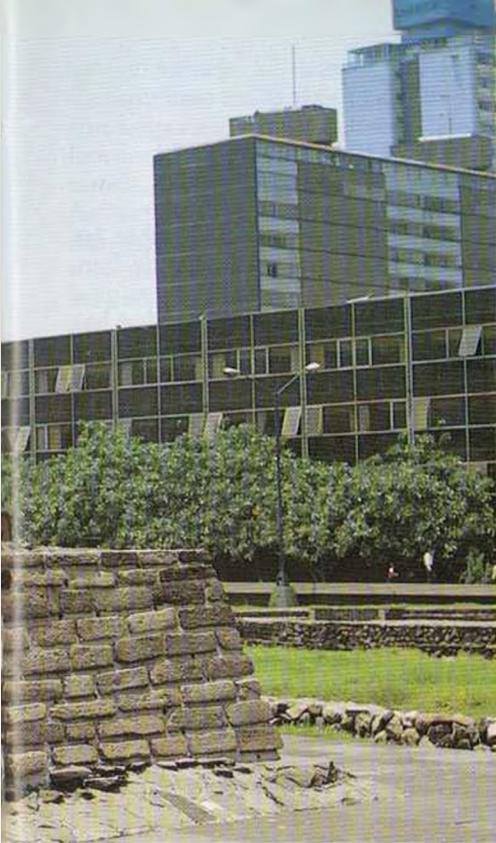
una azotea en el barrio de Amaxac. El breve diálogo que consigna el conquistador es como un medallón de noble patetismo:

«El cual [Cuauhtémoc], como le hice sentar, no mostrándole riguridad ninguna, llegóse a mí y díjome en su lengua que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir en aquel estado, que ahora hiciese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase.»

Entonces cesó por agotamiento la

terrible guerra. El prendimiento de Cuauhtémoc, último señor de México-Tenochtitlán, y el fin del imperio de los culúas o tenochcas o mexicas o aztecas ocurrió la tarde del martes 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito; para los mexicas era el día *ce cóatl*, segundo de la veintena *xocolhuetzi*, del año *yei calli*. El sitio había durado 75 días, según Cortés, pues para él se había iniciado el 30 de mayo. Para Bernal Díaz el sitio duró 93 días.

Cortés no muestra en su tercera carta ninguna emoción especial por



Este sobrio monumento (izquierda) preside la Plaza de las Tres Culturas en la moderna capital de México. El último de los emperadores aztecas se ha convertido en una figura legendaria, el símbolo supremo de las mejores virtudes que adornaban a su pueblo. Fue un guerrero valiente, un gobernante enérgico, un defensor heroico y, sobre todo, un hombre digno, que intentó remontar el curso de la historia y preservar el viejo mundo al que pertenecía de una catástrofe inevitable. Desafió a su destino y preservó su memoria; su nombre y su figura están presentes en centenares de placas y estatuas desperdigadas por todo el país. El recuerdo de Moctezhoma, por el contrario, permanece completamente ausente de la vida mexicana. Cobarde y pusilánime, esclavo del miedo y de la superstición, su entrega incondicional a Cortés evoca la debilidad y la vergüenza que jamás reconocieron los aztecas como suyos.

aquel dramático acontecimiento, y se limita a anotar, como si fuera un incidente más: «Aquel día de la prisión de Guatimucin y toma de la ciudad, después de haber recogido el despojo que se pudo haber, nos fuimos al real dando gracias a Nuestro Señor por tan señalada merced y tan deseada victoria como nos había dado».

Bernal Díaz, en cambio, parece intuir que algo doloroso y terrible había ocurrido; se trataba, sin duda del aniquilamiento de un mundo y el nacimiento de otro, algo que hacía conmover a los cielos: «Llovió y relam-

pagueó y tronó aquella noche y hasta medianoche mucho más agua que otras veces. Y después de que se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañerlas...»

De pronto, la continua gritería de los mexicanos que defendían su ciudad había cesado, y «los malditos atambores y cornetas y atabales dolorosos» dejaron de sonar. Y sólo llovía y relampagueaba y tronaba el cielo.

6. La disputa por el botín y el tormento de Cuauhtémoc

Tomada la ciudad y puesta a saco; vueltos a sus tierras los aliados indígenas, cargados de despojos y con agradecimientos y buenas promesas de honras, llegó el momento del reparto del botín. Cortés refiere al emperador que montó el oro, una vez fundido, más de 130 mil castellanos, del cual se entregó al tesorero el quinto real, que el resto se repartió como correspondía, y que, además, enviaría al monarca otros objetos maravillosos que no se debían dividir. Sin embargo, esta apariencia de actos normales y de un gesto generoso de Cortés, oculta hechos escandalosos y brutales, que se conocen gracias, sobre todo, a Bernal Díaz.

Recogido el oro, plata y joyas acumulados, y quitado el quinto real y el de Cortés, los cuales montaban 46.800 castellanos, los 83.200 castellanos que quedaban para repartir eran muy poco. Si a los 904 hombres que se contaron en el alarde de abril pasado se deducen sólo los 50 muertos que dijo Cortés, habría 854 soldados a los que corresponderían menos de 100 castellanos a cada uno. Pero los capitanes debieron recibir una cuota más alta luego seguían; los de a caballo, después; los ballesteros y escopeteros y por último los sim-

ples peones o rodeleros. Hechas las cuentas, según los recuerdos de Bernal Díaz, dice que «cabían a los de a caballo a ochenta pesos, y a los ballesteros, escopeteros y rodeleros a sesenta o cincuenta pesos, que no se me acuerda bien».

Por otra parte, los soldados tenían muchas deudas, giradas contra lo que esperaban recibir del reparto del botín. Las armas eran caras: las ballestas costaban 50 o 60 pesos, las escopetas 100, las espadas, 50. Y los caballos valían de 800 a 900 pesos. Debían también a los curanderos y a los boticarios, de manera tan sin proporción que Cortés debió disponer que una Santa Clara y un Llerena, «personas de buena conciencia», fijaran los precios y señalaran plazos en que debían hacerse los pagos.

Como el oro disponible era tan poco que no bastaba para cubrir sus necesidades inmediatas y menos los volvía ricos como esperaban, los soldados comenzaron a hacer suposiciones. Unos decían que el botín perdido en la Noche Triste, recuperado por los indios, lo había echado Cuauhtémoc a la laguna; otros, que lo habían robado los tlaxcaltecas y los demás aliados, y otros que los soldados que andaban en los bergantines

En la iconografía mexicana actual aparece una visión maniquea del choque entre españoles y aztecas. La crueldad de los españoles no es una invención, pero la agresividad de los conquistadores es la misma que, a lo largo de la historia, ha caracterizado a todos los vencedores. En el mural de la derecha están claramente representados estos elementos ideológicos al servicio de una estética tan ingenua como simplista.

habían robado su parte. Acusar a Cuauhtémoc era lo más expedito. Según López de Gómara y Bernal Díaz, fueron los oficiales de la Real Hacienda, es decir, el tesorero Julián de Alderete y sus auxiliares, quienes decidieron dar tormento a Cuauhtémoc y al señor de Tacuba, quemándoles los pies con aceite, para que revelaran dónde habían escondido o tirado el tesoro. La frase atribuida a Cuauhtémoc durante el tormento, como dirigida al señor de Tacuba, cuando éste parecía pedirle licencia para hablar y que cesara el tormento, sólo la con-

signa López de Gómara, y es: «¿Estoy yo en algún deleite o baño?». Bernal Díaz comenta que esta acción, movida «por codicia del oro», «mucho le pesó a Cortés y aun a alguno de nosotros». El hecho es que Cortés consintió en el suplicio cuando tenía autoridad suficiente para impedirlo, si lo hubiera querido. Según López de Gómara, Tetlepanquétzal murió en el tormento y «Cortés quitó del tormento a Cuauhtémoc, pareciéndole afrenta o crueldad, o porque dijo cómo echara en la laguna, diez días antes de su prisión, las piezas de



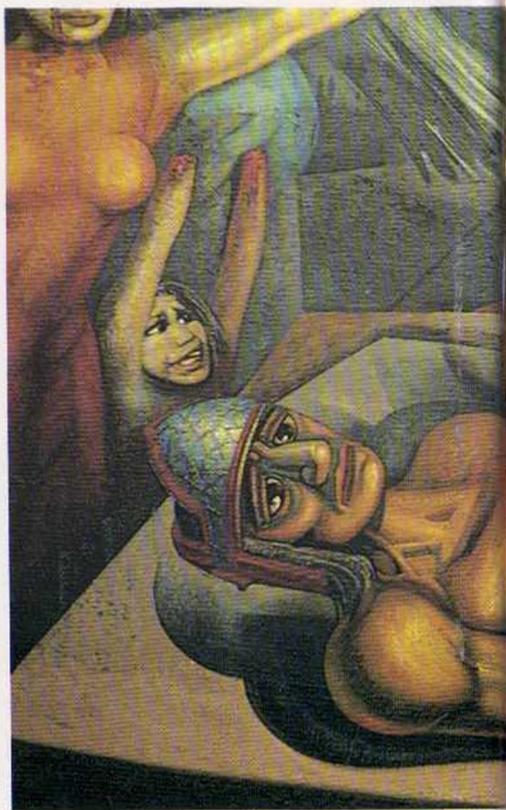
artillería, el oro y la plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenía». La versión de Bernal Díaz confirma esta confesión con variantes menores: Cuauhtémoc señaló un lugar donde había echado los bienes, y de aquella alberca, cercana a las casas de Tlatelolco, «sacamos un sol de oro como el que nos dio Montezuma, y muchas joyas y piezas de poco valor que eran del mismo Guatimuz»; y el señor de Tacuba pidió que lo llevaran a sus casas en este pueblo cercano y, en llegando, dijo «que por morir en el

camino había dicho aquello y que le matasen, que no tenía oro ni joyas ningunas».

La responsabilidad de estas crueldades acabaría por caer sólo sobre Cortés. Así en el juicio de residencia que se inició contra él en 1529, el doctor Cristóbal de Ojeda reveló que Cortés hizo que quemaran a Cuauhtémoc también las manos y que él lo curó de sus lagas:

«Quel dicho don Fernando Cortés dio tormentos y quemaba los pies e las manos del dicho Guatimuza por

El tormento de Cuauhtémoc, mural de David Alfaro Siqueiros (derecha). La victoria no había sido suficiente. El hambre de oro no había sido aplacada y seguía dentro de los españoles. Ellos no habían marchado de casa por descubrir un mundo nuevo, sino porque eran pobres y querían dejar de serlo. Ahora, sin oro, todo aquello, el viaje, la guerra, sus propios sufrimientos, sus propios muertos, resultaba carente de sentido. Lo buscaron como enloquecidos por todo Tenochtitlán, pero no lo encontraron porque no lo había. El fabuloso tesoro de los aztecas era solamente un mito, una fantasía más. Los señores mexicanos les dijeron la verdad, no tenían oro; pero no quisieron creerles y se vengaron en ellos de una manera terrible. La tortura a la que fue sometido Cuauhtémoc fue de las más crueles. Sujeto a una tabla, le quemaron los pies, pero no consiguieron nada; apenas un puñado de joyas de poco valor.



que le dijese de los tesoros y riquezas de la cibdad, e que lo sabe porqueste testigo, como doctor e médico ques, curó muchas veces al dicho Guatimuzza por mandado del dicho don Fernando e sabe este testigo quel dicho don Fernando traía mucha diligencia por saber del dicho tesoro.»

En noviembre de 1521, cuando Cuauhtémoc aún convalecía y era retenido en las casas de Coyoacán, volvió Cristóbal de Olid de Michoacán, trayendo al señor de aquella provincia, el *cazonci*, quien fue llevado a

saludar a Cortés. Refiere la *Relación de Michoacán* que el conquistador le dijo: «—Seas bienvenido, no recibas pena. Anda a ver lo que hizo un hijo de Montezuma: allí lo tenemos preso porque sacrificó muchos de nosotros... Y fue a ver el hijo de Montezuma y tenía quemados los pies y dijéronle: —¿Ya le has visto cómo está por lo que hizo? No seas tú malo como él.»

Al infortunado Zinchicha Tangaxoan, señor de Michoacán, andando el tiempo, le iría aún peor por ser malo con los españoles.



7. La muerte de Cuauhtémoc

Después de su derrota y la toma de la ciudad de México en 1521, Cuauhtémoc es mantenido preso. Pocas noticias existen sobre él en los años siguientes. Utilizando su autoridad sobre los indígenas vencidos, se le pidió que los hiciese volver a tener mercado y se le hizo dirigir la limpieza de la ciudad destruida y la construcción de la nueva ciudad. El 17 o 18 de junio de 1524, Cuauhtémoc aparece en el cortejo que recibe solemnemente al grupo de los doce franciscanos, encabezados por fray Martín de Valencia. Y meses más tarde, el 12 de octubre, Cuauhtémoc es llevado por Cortés —como una medida preventiva, para evitar que durante su ausencia el destronado señor de México pudiera alentar una rebelión—, en la enorme comitiva que lleva a la expedición a las Hibueras u Honduras. El conquistador decide seguir una ruta no practicada, por los grandes ríos y pantanos que la obstaculizaban, y el viaje se vuelve un despenadero de desgracias.

Cuando la expedición llega a la provincia de Acalan, al sur de la laguna de Términos en Campeche, tiene algún reposo después del laberinto fluvial de la región tabasqueña. Allí hay pueblos hermosos y bien abastecidos, como Tizatépetl, Teutiercas e Izancánac, cuyos señores reciben generosamente a los hambrientos, les dan informes sobre el camino que aún les falta por hacer y aun dan a Cortés «cierto oro y mujeres».

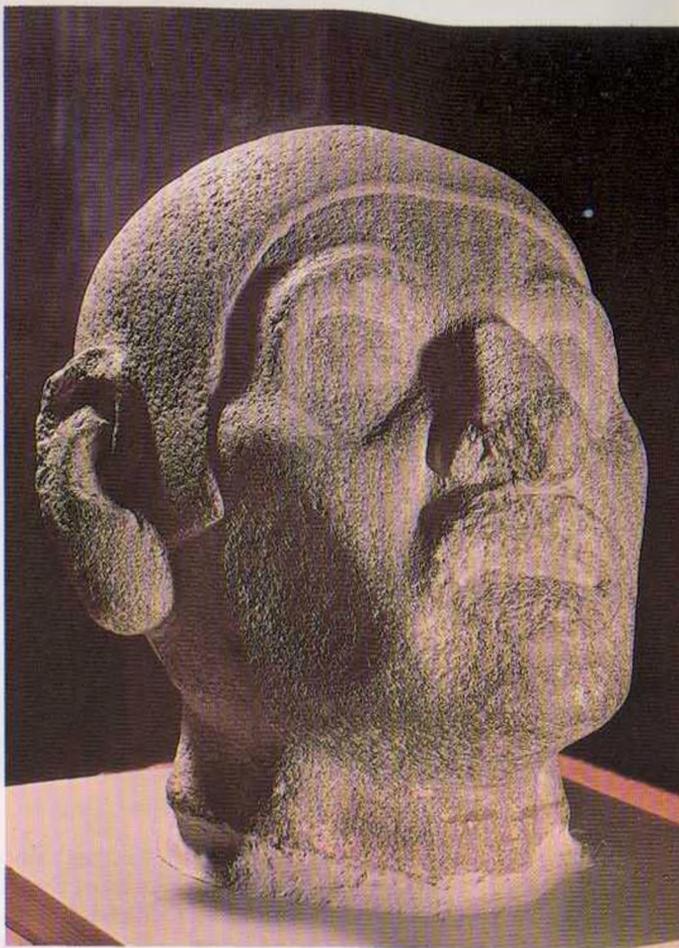
En algún lugar de esta provincia de Acalan, probablemente en Izancá-

nac, según la versión de Cortés, un indígena llamado Mexicalcingo, que adoptó el nombre de Cristóbal después de bautizado, vino secretamente a delatar a Cuauhtémoc y a los otros señores que lo acompañaban, asegurando que estaban tramando matar a Cortés y a los españoles y promover de nuevo la guerra hasta acabar con los invasores. Cortés dice que interrogó por separado a los acusados, quienes confesaron, y que por ello hizo ahorcar a Cuauhtémoc y a Tetlepanquétzal, señor de Tacuba. Orozco y Berra infiere que el día de la ejecución, martes de carnestolendas, fue el 28 de febrero del año 1525.

Además de esta versión del propio Cortés, existen las de tres testigos más: Bernal Díaz; Martín Ecatzin, el tlatelolca presunto autor de parte de los *Anales de Tlatelolco*, manuscrito náhuatl de 1528; y Paxbolonacha, señor de Acalan, según el Manuscrito *Chontal*.

El soldado cronista añade algunas precisiones y variantes, y como es su costumbre, el lado humano del suceso: los denunciadores fueron «caciques mexicanos que se decían Tapia y Juan Velázquez»; los acusados confesaron que, ya que andaban los españoles tan descuidados, descontentos y debilitados, «sería bien que cuando pasásemos algún río o ciénega, dar en nosotros, porque eran los mexicanos sobre tres mil y traían sus armas y lanzas y algunos con espadas. Guatemuz confesó que así era como lo habían dicho los demás; empero, que no salió de él aquel concierto.»

Cabeza de un hombre muerto (derecha). Cuauhtémoc acabó por ser ahorcado. Sobre su asesinato subsisten varias versiones diferentes. Cortés explicó que le mandó ahorcar porque ciertos caciques mexicanos, bautizados y aliados de los españoles, le advirtieron de que preparaba una conspiración para matarlo. Otras crónicas dejan entrever, en cambio, que Cuauhtémoc fue ajusticiado sin más motivo que la nula utilidad que su vida tenía ya para el español. En cualquier caso, su muerte cierra un capítulo de la historia. Con él desapareció el imperio de los aztecas, y después de él comenzó la colonización española de México.



Sin hacer más probanzas, Cortés mandó ahorcar a Cuauhtémoc y al señor de Tacuba, su primo; antes de que los ahorcasen, los franciscanos «los fueron esforzando y encomendando a Dios con la lengua doña Marina»; y dijo Cuauhtémoc:

«¡Oh Malinche: días había que yo tenía entendido que esta muerte me

habrías de dar y había conocido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia! Dios te la demande, pues yo no me la di cuando te me entregaba en mi ciudad de México.»

Y tras referir que él, Bernal Díaz, tuvo «gran lástima de Guatemuz y de su primo, por haberles conocido tan grandes señores», y por recordar que



en el camino ellos le hacían servicios, como darle indios «para traer yerba para mi caballo», el humanísimo Bernal concluye con este juicio: «Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente, y pareció mal a todos los que íbamos».

El pasaje correspondiente de los *Anales de Tlatelolco* ofrece estas precisiones: el delator fue el «mexicatl» Cozte Mexi o Cozóolotic, por intermedio de la Malinche; y los señores Cuauhtémoc, Tetlepanquétzal y Co-huanacoçzin fueron ahorcados en un árbol de pochote, en Hueymollan,

Acallan, sin interrogatorio previo, por órdenes de Cortés y de la Malinche.

Según el *Manuscrito Chontal*, de 1612, Paxbolonacha —al que Cortés llama Apaspolon y López de Gómara y luego Herrera, Apoxpalón—, señor de Acalan, recibió amistosamente a los españoles y les dio alimentos durante veinte días. Cuauhtémoc propuso varias veces a Paxbolonacha que mataran a los españoles. El señor de Acalan, quien había sido bien tratado por ellos, no lo aceptó y denunció a Cuauhtémoc ante Cortés. Tuvieron

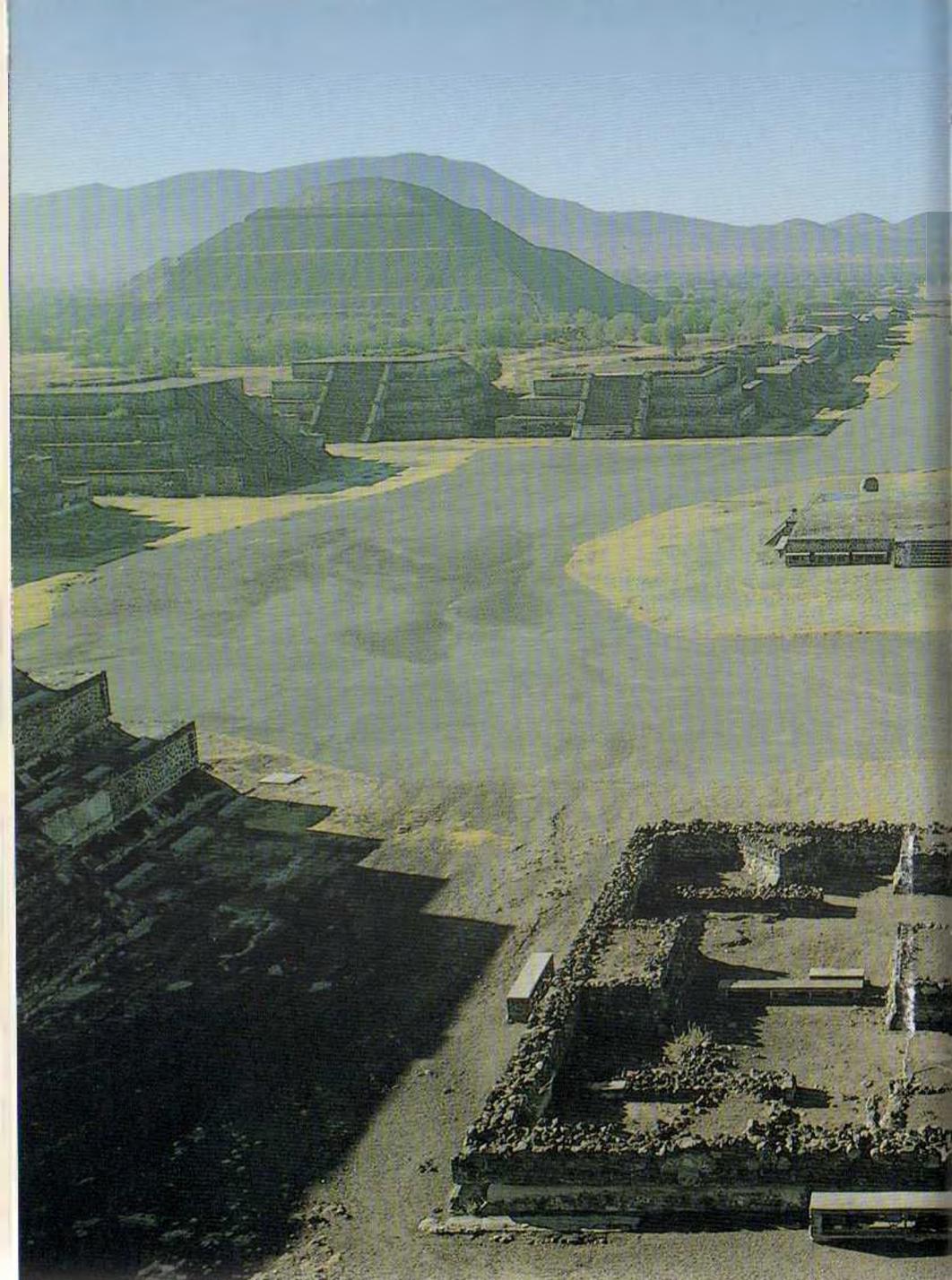


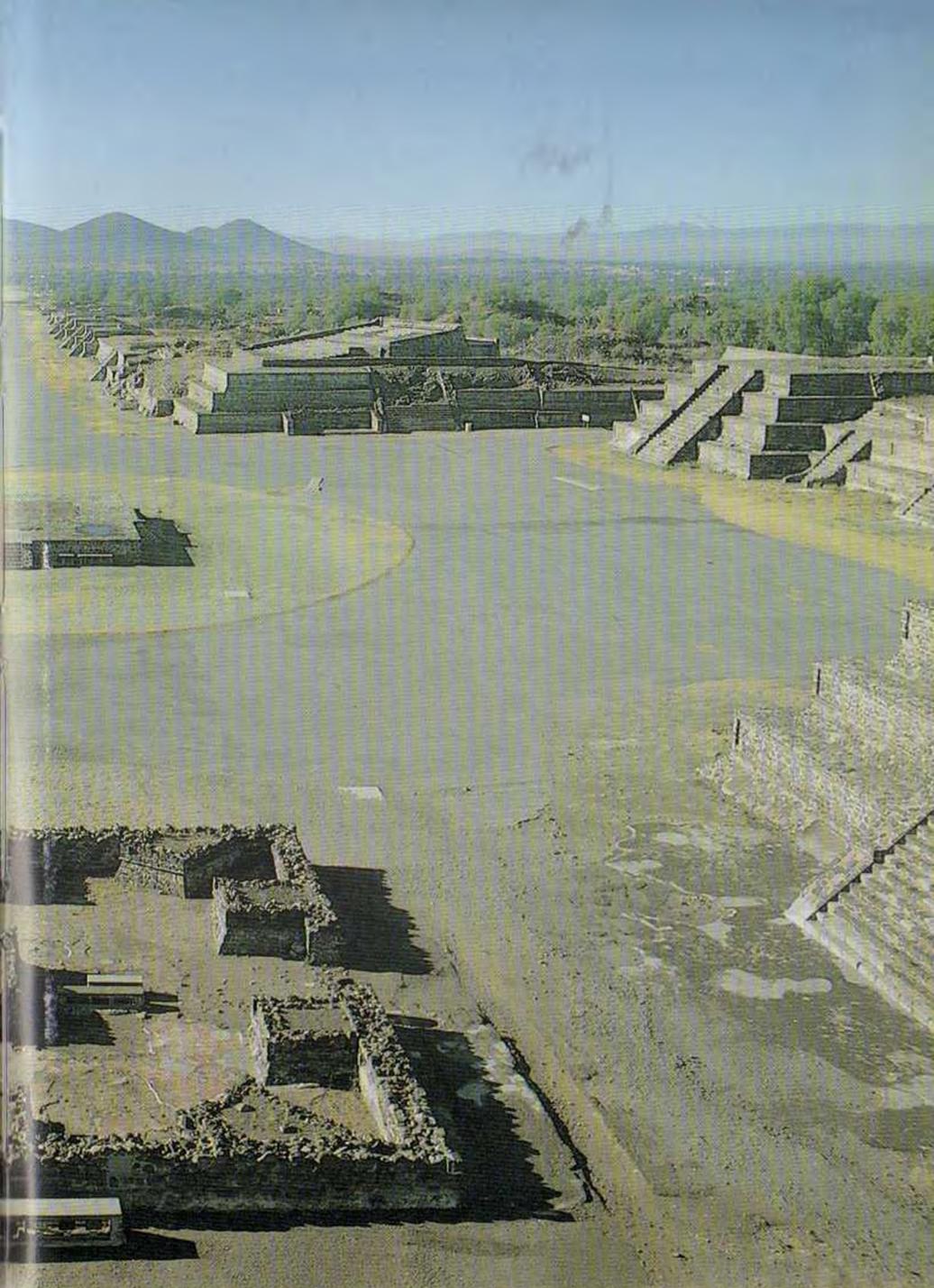
Monumento a Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma de Ciudad de México. La asunción del poder, tras el corto mandato de Cuítláhuac, marcó un camino de resistencia desesperada y heroica. Hoy, siglos después de la integración de todos los mexicanos en la sociedad mestiza, tan sólo las gestas de sus héroes y la monumentalidad de los templos magníficamente conservados (doble página siguiente), nos recuerdan que una vez existió una vigorosa civilización y un poderoso imperio.

preso al señor de México tres días, lo bautizaron como don Juan o don Fernando, y le cortaron la cabeza, que fue clavada en una ceiba frente al templo del pueblo de Yaxzam.

Además de los relatos de estos cuatro testigos, la muerte de Cuauhtémoc la refiere también la mayor parte de los cronistas e historiadores españoles, mestizos e indígenas de los siglos XVI y XVII, con variantes o concordancias respecto a cada una de las circunstancias del hecho, expuestas por un total de 18 fuentes. De ellas, el relato más extenso y pormenoriza-

do, que recoge sin duda tradiciones indígenas, es el de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Según él, Cuauhtémoc y los otros señores indios conversaban en burlas respecto a sus antiguas grandezas y al reparto que harían de los reinos que iban a conquistar; el indio Costemexi «no dijo lo que Cortés decía, que se querían alzar contra él y matarle»; Cortés fingió esta declaración «por quitarse de embarazo y que no quedase señor natural de la tierra»; y el crimen ocurrió «el martes de carnestolendas, año de 1525», en tierras de la provincia de Acalan.





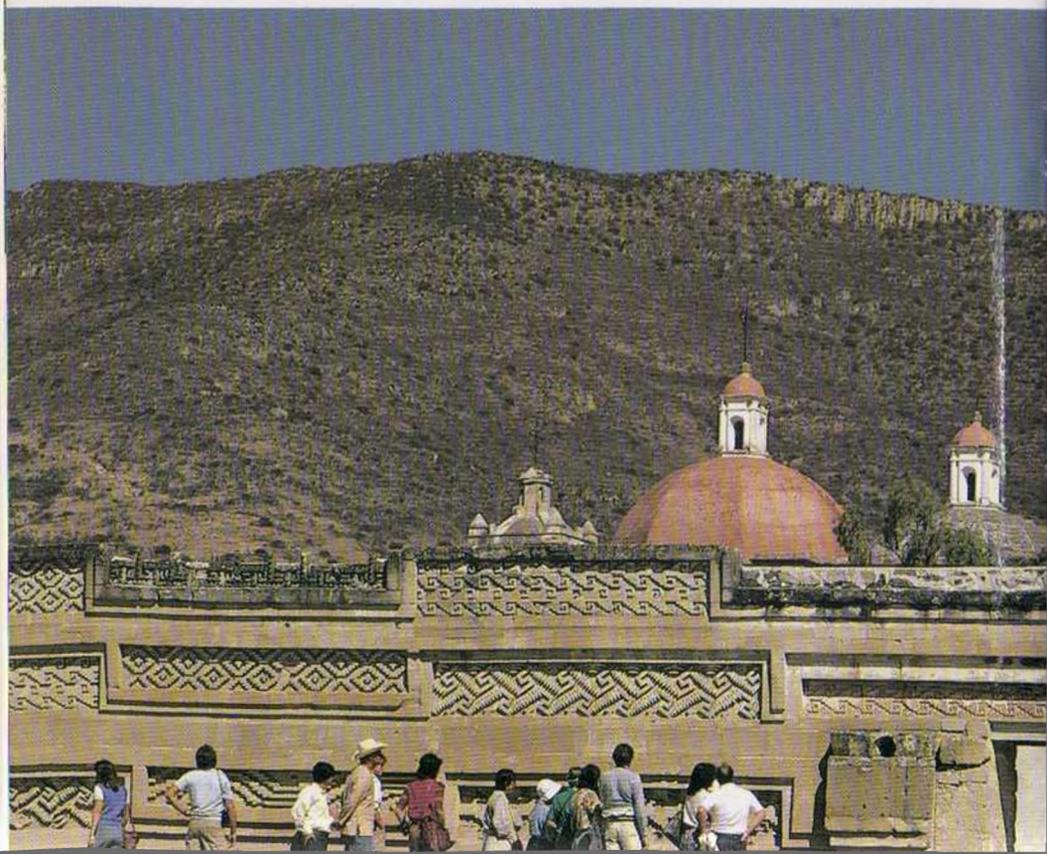
8. La estela de Cuauhtémoc

Así como el caviloso y pusilánime Motecuhzoma se ha vuelto símbolo de la sumisión fatalista o de la traición, ante las fuerzas de lo desconocido, Cuauhtémoc es el héroe que, a pesar de la evidencia de la derrota, encabeza la lucha de su pueblo contra los invasores. La valentía y sufrimientos de los defensores indios de su ciudad sitiada merecerán compararse con los grandes hechos heroicos de la antigüedad. Cuauhtémoc, además, era un muchacho. Cuando acau-

dilló la lucha y fue elegido señor de México tenía alrededor de veinte años, y cerca de veinticinco cuando murió.

Bernal Díaz hizo de él un breve retrato:

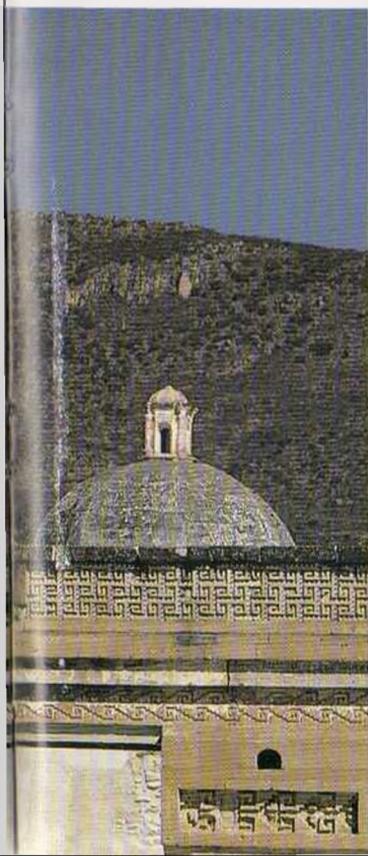
«Era mancebo y muy gentil hombre para ser indio, y de buena disposición y rostro alegre, y aun la color tenía algo más que tiraba a blanco que a matiz de indios, que era de obra de veinticinco o veintiséis años, y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Montezuma, su tío.»



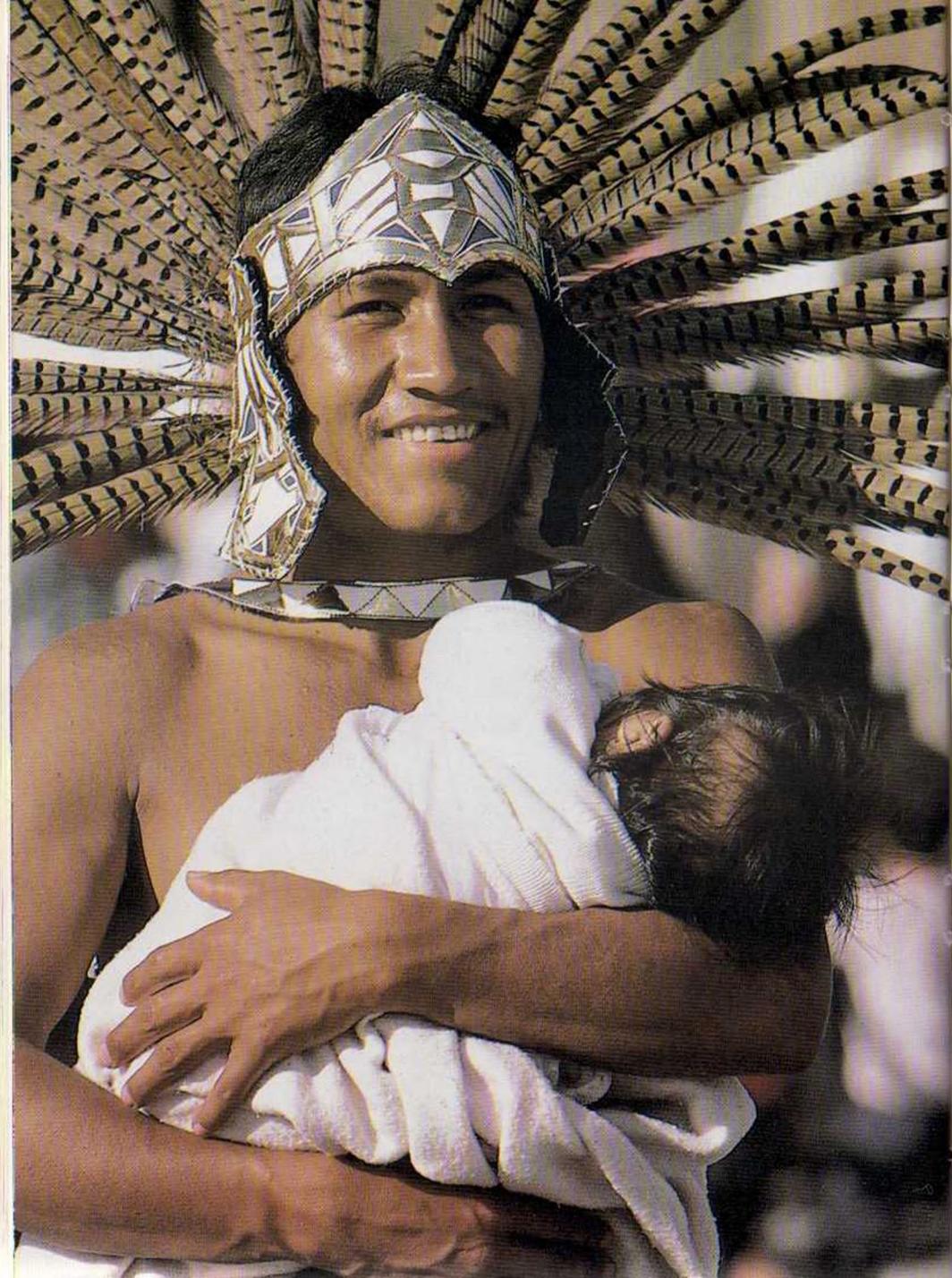
La historia y la literatura no han cesado de exaltar el breve y trágico curso de sus acciones, y así se ha convertido para los mexicanos en el «joven abuelo» y el «único héroe a la altura del arte», como escribió el poeta Ramón López Velarde.

Indigenismo e hispanismo, una discusión sobre los orígenes que no pueden borrarse, han persistido en México y a veces se han enconado, complicados con actitudes políticas. Cuauhtémoc es la bandera de aquéllos, Hernán Cortés la de éstos. El 24 de noviembre de 1946 se descubrieron los restos de Cortés, ocultos du-

rante más de un siglo en la iglesia de Jesús de la ciudad de México. Pocos años después, el 26 de septiembre de 1949, en la iglesia del pueblo de Ichcateopan, Guerrero, se dijo que unos restos humanos allí encontrados eran los de Cuauhtémoc, y se adujeron como prueba documentos e inscripciones sin consistencia científica. Pero los huesos documentados y los indocumentados no pelean de nuevo ni se aniquilan entre sí. En la historia y en la memoria de los hombres, Cuauhtémoc seguirá resistiendo, y Cortés conquistando. Y de su choque surgió un nuevo país y un nuevo pueblo.



En Mitla (izquierda), las ruinas de los viejos templos prehispánicos no impiden vislumbrar el trío de cúpulas que más allá señala inequívocamente la presencia de un santuario católico. La tradición indígena coexiste aquí con la herencia hispánica. Ambas corrientes cimentan por igual la base de la cultura mexicana actual, realidad que sobrevivió para alimentar a un pueblo joven y vital que se enfrenta al futuro (pág. 124).



Cronología

1466/1468 Nace Motecuhzoma Xoxoyotzin, hijo de Axayácatl, probablemente en la ciudad de México-Tenochtitlán.

1485 Nace Hernán Cortés en Medellín (Cáceres, España).

1492 Cristóbal Colón descubre o encuentra América.

1496/1502 Nace Cuauhtémoc, hijo de Ahuítzotl.

1502 Motecuhzoma es elegido noveno señor de México-Tenochtitlán. Sucedió a Ahuítzotl.

1518 Llega a las playas del Golfo de México la expedición de Juan de Grijalva, enviada por Diego Velázquez, de Cuba. Entra en contacto con enviados de Motecuhzoma, quien envía presentes de oro.

1519 Llega a Veracruz-Ulúa la expedición de Hernán Cortés el 21 de abril y, hacia el 24, comienzan a llegar los mensajeros de Motecuhzoma con regalos. La expedición de Cortés sale de Cempoala hacia el interior de México (16 de agosto).

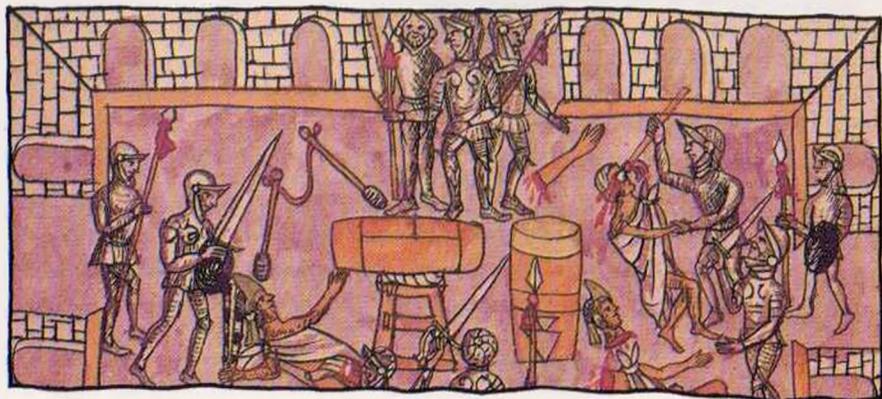
Llega Cortés con su ejército a la ciudad de México. Motecuhzoma los recibe y aloja (8 de noviembre). Prisión de Motecuhzoma (14 de noviembre[?]).

1520 Matanza del Templo Mayor en la ciudad de México (mediados de mayo). Guerra de los mexicas contra los españoles. Muerte de Motecuhzoma (27/28 de junio). Lo sucede Cuitláhuac, décimo señor de México. Derrota en la Noche Triste y salida de los españoles de la ciudad de México (30 de junio). Muere Cuitláhuac de viruelas (25 de noviembre). Lo sucede Cuauhtémoc, undécimo y último señor de México-Tenochtitlán.

1521 Cortés y sus huestes inician el sitio de la ciudad de México (30 de mayo). Captura de Cuauhtémoc y rendición de México-Tenochtitlán (13 de agosto).

1524 Cortés sale a la expedición de Las Hibueras y lleva consigo a Cuauhtémoc y a otros señores indios (12 de octubre).

1525 Cuauhtémoc y Tettlepanquétzal son ahorcados por orden de Cortés en Acalan (28 de febrero).



Bibliografía y fuentes citadas

- AGUILAR, fray Francisco de. *Relación breve de la conquista de la Nueva España*. 1560. Edición de GÓMEZ DE OROZCO, Federico. México, Porrúa, 1954.
- ALCALÁ, fray Jerónimo de. (Intérprete). *La relación de Michoacán*, Fimax Publicistas Editores, 1980.
- ALVA IXTLILXOCHITL, Fernando. *Historia de la nación chichimeca*. Madrid, Cambio 16, 1985.
— *Obras Históricas*.
- ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando. *Crónica mexicana*.
- CARRASCO, Pedro. *La sociedad mexicana antes de la Conquista. Historia general de México*. México, El Colegio de México, 1976.
- CASAS, Fray Bartolomé de las. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid, Cátedra, 1982.
— *Tratados*. México, Fondo de Cultura Económica.
- CASO, Alfonso. *Los calendarios prehispánicos*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967.
— *México y la cultura*. México, Secretaría de Educación Pública, 1946.
- CASTILLO, Cristóbal del. *Fragmentos de la obra general sobre historia de los mexicanos*. Trad. de náhuatl por PASO y TRONCOSO, Francisco del. Florencia, Tipografía de Salvador Landi, 1908.
- CERVANTES DE SALAZAR. *Crónica*.
- CLAVIGERO, Francisco Javier. *Historia antigua de México*.
- CHAVERO, Alfredo. Explicación del *Lienzo de Tlaxcala. Antigüedades Mexicanas*. México, texto, 1892.
- DAVIES, Claude N. B. *Los señoríos independientes del imperio azteca*. INAH, México, 1968.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.
- DURÁN, fray Diego. *Libros de los ritos e Historia de las Indias*.
- GONZÁLEZ APARICIO, Luis. *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlán*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1973.
- GURRÍA LACROIX, Jorge. *Historiografía sobre la muerte de Cuauhtémoc*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976.
- GUZMÁN, Eulalia. *Comentarios a las Relaciones de Cortés*. México, Libros de Anáhuac, 1958.
- HERNÁN CORTÉS. *Cartas de relación*.
- KATZ, Friedrich. *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos xv y xvi*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966.
- KRICKEBERG, Walter. *Las antiguas culturas mexicanas*. 1956. Traducción de GARST, Sita y REUTER, Jasmin. México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel. *Toltecatyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
— *Catálogo de los códices indígenas del México antiguo*. México, Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda, 1957.
— *Tiempo y realidad en el pensamiento maya. Ensayo de acercamiento*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968.

- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco. *Conquista de México*.
- MONTEVERDE, Francisco. *Moctezuma, el de la silla de oro*. México. Imprenta Universitaria, 1945.
— *Moctezuma II, señor de Anáhuac*. México, 1947.
- MORENO, Manuel M. *La organización política y social de los aztecas*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1971.
- MUÑOZ CAMARGO, Diego. *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1891.
— *Historia de Tlaxcala*.
- MUÑOZ CHIMALPAHIN CUAUHTLEHUANITZIN, Francisco de San Antón. *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*. Trad. del náhuatl de RENDÓN, Silvia. México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- OROZCO Y BERRA, Manuel. *Historia antigua y de la conquista del México (1880)*. 2.ª edición, 4 volúmenes. México. Porrúa, 1960.
— *Dominación*.
- PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor. *Cuahtémoc. Vida y muerte de una cultura*. México, Leyenda, 1944.
- PRESCOTT, William H. *Historia de la conquista de México*.
- ROSENBLAT, Ángel. *Población indígena y el mestizaje en América*. Buenos Aires, Nova, 1954.
- VÁZQUEZ DE TAPIA, Andrés de. *Relación de méritos y servicios*. México, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, 1939.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*, Libro XII, «Que trata de la conquista de México».
— *Coloquios y doctrina cristiana con que los doce frailes de San Francisco enviados por el papa Adriano sexto y por el emperador Carlos quinto convirtieron a los indios de la Nueva España, en lengua mexicana y española*. México, Biblioteca Aportación Histórica, Vargas Rea, 1944.
- THOMPSON, J. Eric S. *Grandeza y decadencia de los mayas (1954 y 1956)*. Trad. de ZAVALA, Lauro J. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- TORQUEMADA, fray Juan de. *Monarquía indiana*.
- TOSCANO, Salvador. *Cuahtémoc*. México, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- ZORITA, Alonso de. *Breve y sumaria relación de los señores... en la Nueva España*. Nueva colección de documentos para la Historia de México. México, 1914.
- ANALES DE TLATELOLCO. Documento I, «Lista de los reyes de Tlatelolco». Trad. de BERLIN, Heinrich. México, Robredo, 1948.
- DECLARACIONES DE CRISTÓBAL DE OJEDA, en *Sumario de la resistencia a Hernán Cortés*.
- CÓDICE MATRITENSE, de la Real Academia de la Historia.
- LIBRO DE CHILAM BALAN DE CHUMAYEL. Trad. de MEDIZ BOLIO, Antonio, 1930. México, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, 1941.
- RELACIÓN DEL ORIGEN DE LOS INDIOS QUE HABITAN ESTA NUEVA ESPAÑA SEGÚN SUS HISTORIAS O CÓDICE RAMÍREZ.

Índice

Introducción	5
I El México antiguo	
1. Territorio y población	10
2. Una cultura aislada. Sociedad, economía y tradición	14
3. La guerra	18
4. Creaciones culturales	22
5. Poesía y filosofía	32
6. Los presagios funestos y la profecía de Quetzalcóatl	36
7. La ciudad y la corte	40
8. El testimonio de los vencidos	45
II Motecuhzoma	
1. Motecuhzoma y Xocoyotzin	54
2. La entrada a la ciudad y el encuentro de Cortés y Motecuhzoma	58
3. Prisión de Motecuhzoma. La versión española y la indígena	60
4. Saqueo del tesoro	64
5. Las llaves del reino y los ocios del cautivo	68
6. Matanza del Templo Mayor	74
7. Sublevación indígena y muerte de Motecuhzoma	78
III Cuauhtémoc	
1. Cuitláhuac y Cuauhtémoc encabezan la lucha indígena contra los invasores	84
2. La Noche Triste	86
3. Recursos y preparativos de los mexicas y Taulatelolcas	94
4. El sitio	98
5. Últimas defensas, prisión de Cuauhtémoc y fin de la guerra	106
6. La disputa por el botín y el tormento de Cuauhtémoc	112
7. La muerte de Cuauhtémoc	116
8. La estela de Cuauhtémoc	122
Cronología	125
Bibliografía y fuentes citadas	126